



*Déjame*  
**AHORA**

TRILOGÍA DÉJAME I

DYLAN MARTINS  
JANIS SANDGROUSE

*Déjame*  
**AHORA**

© Déjame ahora  
© Autores: Dylan Martins y Janis Sandgrouse  
© Imagen de portada: Adobe Stock  
© Primera edición en eBook: Noviembre 2020

La novela Cautiva es una obra de ficción. Cualquier parecido con los personajes, lugares que se citan o cualquier otro tipo de coincidencia es fruto de la casualidad. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los autores, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

## Capítulo 1



Miraba desde los ventanales de la terraza los primeros copos de nieve que comenzaban a caer sobre *Manhattan* en este frío mes de noviembre. Taza de café en mano, apenas eran las nueve de la mañana de un sábado cualquiera en *New York*.

Ya comenzaba a entrarme ese mal rollo que me aparecía en aquella época navideña que tan poco me gustaba, pero bueno, a superarlo como otros años y a rezar para que pasara lo antes posible.

Miré el móvil y vi que Luka estaba en línea, así que terminé el café y salí en pijama por la puerta. Él vivía justo en la de al lado, era mi vecino de edificio y planta, mi mejor amigo, un modisto conocido a nivel internacional.

Toqué el timbre dejándome el dedo, como siempre.

—Pasa hija, que eres doña impaciencia —dijo abriendo la puerta, en pijama igual que yo, y entré sonriendo.

Luka era cubano, guapo, sexy, elegante de pelo castaño, ojos marrones, casi metro noventa de estatura y cuerpo atlético. Un bombón que muchas mujeres, y también hombres de *New York*, se morían por probar.

—Échame un café que solo me tomé uno —lo seguí hasta la cocina que era americana con el salón, al igual que el mío, los apartamentos eran dos clones, dos dormitorios con sus baños correspondientes, eso sí, teníamos una gran terraza.

—¿Qué haces tan temprano despierta?

—Ni yo lo sé, debe ser esta época que me pone de lo más inquieta —resoplé cogiéndole un cigarrillo y encendiéndolo.

—Tienes más mala cara hija... —Negaba con semblante de asco.

—Ni que tú estuvieras estupendo recién levantado. Anda, dame un café y te callas un poquito —resoplé.

—¡Eso!, tú ven a mi casa a tocarme las narices, encima me manda a callar. Qué valor tiene, ¡qué valor! —hizo un gesto de indignación con la cabeza. Era muy exagerado.

—El día que deje de venir, ya llorarás —le aseguré.

—¿Trabajas esta noche? —preguntó cambiando de tema como quien no quiere la cosa, que para eso era un experto aquí el amigo, llenándome una taza de café.

—Sí, tengo que acompañar a un ejecutivo a una cena de empresa, es *Paul*, no sé si te suena —me hice la que no sabía, pero vamos que el cubano sabía de sobra de quién le estaba hablando—, el propietario de la marca de coches “Auxa”.

—¿En serio pidió tus servicios *Paul*, dueño de “Auxa”? ¿*Paul*, cabello negro, ojos verdes, mirada penetrante, mi estatura aproximadamente y que los trajes le sientan de muerte? ¿Me estás hablando de ese *Paul*? —No se le descolgó la mandíbula de milagro al preguntar.

—Ajá.

—Ajá... ¿Qué tipo de respuesta es esa? ¡Ajá! Hay que tener valor para contestar con un simple “ajá”, cuando vas a ser la acompañante del hombre soltero, más sexy, elegante y deseado del país. ¡Qué digo del país! Del mundo, del Universo si me apuras. Y tú, chochona con suerte, ¿solo dices, ajá? Mira, porque soy un modisto de éxito, que si no...

—¿Qué si no qué, pichilla loca? —Sí, esos eran nuestros apodos cuando estábamos en petit comité.

—Que me habría hecho putillo como tú, hija, que te he visto con cada monumento que... ¡Ay, Paul! —soltó un suspiro de quinceañera que era para verlo, apoyando los codos en la barra de la cocina— A ese me lo tiraba yo y no le dejaba ni los huesos.

—Cariño, tú te tirarías a todo varón andante —negué riendo.

—¿Y tú qué, te lo vas a tirar?

—Únicamente me contrató como compañía, de todas formas, no me importaría, ya sabes que solo me acuesto con los clientes que me gustan, al resto solo los acompaño, pero bueno, que este por unos buenos dólares...

—Putá, pero selectiva —dijo riendo.

—No soy puta —arqueé la ceja—, soy chica de compañía y sí, muy selectiva, no acompaño a cualquiera.

—Cualquiera tampoco te podría contratar por las cantidades que pides —aseguró frunciendo los morritos.

—Hombre, una lo vale —le saqué la lengua.

—¿Solo te contrató para la cena?

—Tengo que quedarme con él, hasta el lunes —sonreí con ironía.

—¿En serio? —De esta a mi amigo, le daba un infarto

—Ajá.

—¡Otra vez con el “ajá”! Hija, de verdad, ni que no supieras decir otra cosa, pero, a ver, hay algo que no entiendo. Se supone que solo es una cena de empresa, de estas antes de las Navidades y eso, ¿no? Entonces, ¿para qué te necesita tanto tiempo?

—No sé, tendrá más compromisos y no querrá ir solo. Se quedará en el hotel alojado hasta el lunes y me contrató hasta entonces.

—¿Cuánto le has clavado?

—Diez mil dólares —sonreí.

—¡Joder! Por ese dinero, qué menos que se la chupes desde que lleguéis hasta que os vayáis...

—No se la he chupado a un cliente en mi vida, para hacerle eso me tiene que pagar la hipoteca de mi apartamento —reímos a carcajadas.

—Iba a ser la chupada más cara de la historia —negó riendo.

—Eso es lo que hay, como cuando mi madre me decía que tocaba lentejas —me encogí de hombros.

—Sí, sí, que las tomas o las dejas —empezó a reír y yo con él. Me llevaba genial con ese alocado cubano al que quería muchísimo.

Lo bueno era que yo, lo declaraba todo legalmente, ya que tenía una empresa de asesoría empresarial, así es como justificaba mi dinero por los trabajos de acompañante y ellos podían hacerlo también sin que apareciera reflejado, por lo que pagaron realmente.

—¿Te puedes marcar un *Pretty Woman* y que te lleve de tiendas?

—No, no, que esa al final se enamoró y se le acabó el chollo.

—¿El chollo? Se llevó el premio gordo, hija de mi vida, al *Richard Gere* nada menos.

—Quita,quita, no quiero hombres en mi vida, sola vivo muy bien.

—Pues todos los hombres para mí —dijo descarado, con esos gestos exagerados que hacía con las manos y la cara.

—Hijo, naciste pensando en hombres, sexo y moda. Échame otro cafecito, anda —extendí mi taza.

—Te vas a poner nerviosa con tanto café.

—Ya sabes que tengo que empezar el día con buenas dosis de ellos para ser persona.

—¿Persona, tú? —Me miró como si no me conociera de nada, el muy cabrito.

—¿Qué te den! —Le saqué el dedo y me miró negando mientras me preparaba otro.

—Eso, que me den mucho y sin parar —sonrió con ironía.

—¿Y tú, que tal tienes el fin de semana?

—Esta noche he quedado con *Joy*, vamos a ir a la “Latina”, hay *shows* y eso.

—Como buen cubano que eres.

—Más o menos tres cuartos como tú, señora puertorriqueña. Por cierto, ¿cómo están tus padres?

—Bien, ayer hablé con ellos, muy orgullosos de su hija la asesora que vive en *Manhattan* —sonreí.

—Pobres, si supieran la verdad, les daba un infarto.

—Si no les dio a tus padres contigo... —reí.

—¿Conmigo? Quitando que les hubiera gustado que no fuera homosexual, por lo demás bien orgullosos que están. Ya, hasta eso aceptaron, demasiado, con lo mayores que son, pero bueno, que siempre pregonan por toda La Habana quién es su hijo, el gran diseñador Luka Duarte —dijo con un gesto de dedo exagerado.

—Luka Duarte... Valiente puñetero eres, que tus padres muy orgullosos de tu éxito, sí, pero eso de que te acortes el nombre, Luis Carlos Duarte —dije y me miró con tal horror en el rostro, que casi le hago una foto.

—En tu vida, ¿me oyes? Jamás de los jamases, a nadie, le digas mi verdadero nombre. ¿Oído?

—Sí, sí, tranquilo, que “ya tú sabe mi amor” que moriré y me llevaré el secreto a la tumba.

Me tenía que reír, su arte salía a borbotones y era mi mejor amigo, bueno, el único, ya que ni amigas tenía, siempre terminaban muertas de celos y envidia, eso nunca lo entendí, así que puerta. Mejor con mi Luka que con nadie, ya me valía yo por mí misma.

Eso sí, debo de reconocer que yo era un poquito especial, un poquito mucho. Cuando se formaban los grupos yo era muy líder, a mí no me manejaba ni Dios, bonita era para eso, pero quitando esos detalles de nada, me consideraba muy buena persona, muy niña en mi vida personal y muy adulta en la laboral.

—¿Qué te vas a poner esta noche aparte de, “to puta”? —sonrió buscándome la lengua.

—Ya sabes que yo soy muy elegante y cuido mucho mi imagen, así que de “to puta” nada, pichilla loca —le hice una mueca—. Tengo pensado aparecer con un pantalón de pitillo, elástico en negro, unas botas altas del mismo color, una camiseta con un hombro caído y mangas hasta los codos, además de un buen cinturón y encima llevaré mi abrigo blanco hasta las rodillas.

—Ya te veo, irás muy sexy —me hizo un guiño—. Con esa cara y ese cuerpo, que te pareces a la mismísima *Jennifer López*, el *Paul* ese va a estar con el amiguito duro las cuarenta y ocho horas que te tenga cerca.

—No eres más bruto porque te viniste aquí, desde luego hijo... —Negué aguantando la risa.

Luka siempre estaba con lo mismo, que me parecía mucho a la cantante. No llegaba al metro setenta, tenía el pelo castaño con mi melenita que me cuidaba mucho, ojos marrones claros, con curvas donde había que tenerlas y la piel tostadita. A ver, que muchas veces cuando nos veían juntos a Luka y a mí, nos preguntaban si éramos hermanos porque nuestro físico era muy parecido, y él bromeaba diciendo que sí.

Estuve un rato charlando con él y luego me fui a mi casa, tenía que vestirme para ir a la peluquería, donde me iban a dejar la melena perfecta, pues esa noche tenía que estar impecable. Por lo que había pagado ese hombre, no podía descuidar el más mínimo detalle.

Una ducha rápida mientras sonaba J. Lo a todo volumen para que mi querido Luka la escuchara, ropa cómoda pero decente y como decía mi madre, a la calle a que me diera el aire.

Al salir ahí estaba *James*, el portero del edificio, un mulato con unas canitas que era un bombón, y eso que le quedaban solo dos años para entrar en los cincuenta. Lástima que estaba casado y solo tenía ojos para su mujer, esa que, por cierto, era monísima.

—Hola, *James*. ¿Cuánto queda para que te divorcies? —pregunté como siempre, buscándole la lengua.

—Hola, Andrea —rio—. Parece ser que mi mujer aún no se aburriría de mí.

—Yo tampoco me aburriría —le hice un guiño y continué andando hacia fuera con mi contoneo de caderas a sabiendas que me estaba mirando.

Que sí, el mulato de mis desvelos era un hombre fiel y enamorado de su bella esposa, pero que ciego no estaba y si veía una chica guapa la miraba. Pues nada, que se alegrara la vista conmigo un rato que delante de mí, había salido la señora *Johns* con su chihuahua y la pobre mujer ya no era la guapa morena de sus mejores años.

Hacía un frío en la calle de esos que te hielan hasta el alma, menos mal que llevaba mi gorro blanco de lana y un chaquetón que era un nórdico, pero me tuve que poner corriendo los guantes que llevaba en el bolso porque las manos se me congelaron nada más salir por la puerta.

Pasé por delante de una pastelería y me compré un croissant, era sábado y mi cuerpo lo sabía, el resto de semana solía cuidarme bastante, pero los fines de semana eran para darme esos caprichitos que el resto de los días no me daba.

Estaba riquísimo, con esa crema por dentro que era una verdadera explosión de sabor que me hacían gemir con cada bocado, iba disfrutando de aquel dulce mientras caminaba.

Hice un poco de tiempo pues hasta media hora después no tenía mi cita en la peluquería, así que aproveché para entrar en una tienda de maquillaje y comprarme algunas cosas que se me estaban acabando, y yo para eso era muy quisquillosa. Usaba siempre la misma marca y nunca cambiaba los tonos, me había acostumbrado a ellos y me veía genial.

Ya se respiraba por las calles el ambiente navideño y el ir y venir de la gente, con bolsas de regalo para arriba y para abajo, puro consumismo, unas fechas que detestaba porque el ser humano se volvía lo que no era. Querían mostrar sus mejores caras, esas que no lucían el resto del año, ya que acordarse de los familiares o ir a comer o cenar con ellos en Navidad cuando no lo hacías el resto del año, me parecía de lo más patético.

A mis padres, que vivían en Puerto Rico, les enviaba un dinero todos los meses para ayudarlos, ya que con su pensión poco podían hacer, así que aproveché para hacerle el giro en una de esas empresas que se dedicaban a ello. A veces hacerlo era una odisea, porque había mucha gente enviando dinero a sus familias y se podía ir en eso toda la mañana. Menos mal que a la que solía ir ya me conocían y en cuanto me veían entrar, el dueño llamaba a su hija para que me cogiera todo, dinero, datos y la firma en el papel y se lo quedaban ahí para hacerlo cuando acabaran.



¿Una locura fiarme de que les llegara el dinero a mis padres? Puede, pero eran tantos años ya que había confianza con ambos.

Muchas veces había pensado en traerlos conmigo, incluso se lo había mencionado a ellos más de una vez, pero se negaban, decían que habían nacido allí y allí tendría que enterrarlos.

Me negaba a pensar en eso, mis padres tenían que durarme muchos años todavía. Que me falta un año para los treinta y al menos necesitaba a mis padres conmigo hasta que cumpliera otros cuarenta más.

Los echaba de menos y procuraba hablar con ellos al menos dos veces en semana, siempre martes y jueves que era cuando sabía que mi padre estaba por la casa, y es que como ya eran jubilados él solía ir al centro del barrio donde acudían los niños más desfavorecidos y les daba clases de dibujo gratis. Algo con lo que se distraían de su día a día y les encantaba.

Mi padre no es que hubiera sido profesor, ¡qué va! Pero de siempre le había gustado dibujar. En casa había algún que otro cuadro que él había pintado en los fines de semana, era su momento de relax para desestresarse del trabajo en la fábrica.

Mi madre era ama de casa y además había estado trabajando como limpiadora en uno de los mejores hoteles de allí, de modo que en mi casa nunca nos faltó un plato de comida ni ropa para vestirnos y ahora que yo podía ayudarlos, lo hacía gustosamente pues ellos habían hecho mucho por mí durante años.

—Buenos días, cosita linda —me saludó Tina, la dueña de la peluquería.

Cuando entrabas en ese local, era como sentir un chute de energía increíble. Tina era la caña, otra puertorriqueña como yo, de nombre Agustina y que, como Luka, acertó su nombre cuando se hizo hueco en el mundillo del estilismo.

Treinta y cuatro años, de mi estatura, con un precioso cabello natural, así como marrón chocolate, ojos marrones y una alegría en el cuerpo que no se podía aguantar. Tina no era mi mejor amiga, que yo de eso no usaba, pero sí una conocida a quien le tenía mucho aprecio.

—Buenos días, Tina. Ya sabes, toca adecentar a la leona —reí porque, aunque mi pelo era liso y muy domable, me crecía mucho y rara era la vez que no estaba cada dos semanas cortándome las puntas.

—Pues venga, al lavabo que le damos su tratamiento y dejamos a la leona brillante —contestó llevándome a la zona de lavado.

Tenía allí varias chicas y chicos trabajando, pero a mí me atendía ella personalmente, en eso no había quién se opusiera puesto que me dejaba mi buen dinerito cada vez que iba, eso sí, no me admitía ni una sola propina, pero para eso andaba yo lista pues antes de irme, siempre dejaba algo en el bote que luego se repartían sus empleados.

Ella me miraba y protestaba, pero no me iba a cambiar nadie que bien sabía yo lo que costaba empezar de cero en una ciudad como esta, tras haber dejado atrás a toda la familia.

Siempre que iba a esas sesiones me relajaba por completo, y es que Tina tenía la capacidad de hacer que prácticamente me quedara dormida mientras me toqueteaba el pelo, que la muy loca me tenía ahí en el lavabo más tiempo del necesario.

—Se te veía cansadita, hija, así que no me rechistes. Respeta a tus mayores, *mija*.

Solía decirme eso las primeras veces, así que ya no decía ni esta boca es mía, para qué si ella seguiría haciendo lo que quisiera.

Una vez terminó de peinarme, pagué y como siempre, dejé la propina en el bote para después salir corriendo. Cualquiera día me tirarían un cepillo a la cabeza, o un secador, lo que más a mano tuviera en ese momento.

—Qué guapa te han dejado —me dijo *James* cuando llegué al edificio.

—Tú sí que estás guapo, bombón de chocolate. Si no estuvieras casado... Te saboreaba enterito, y más de una vez al día —guiñé el ojo y empezó a reír a carcajadas.

Menos mal que ya me conocía, pero oye, que yo eso lo decía de verdad, ¿eh? Que las ganas de probar ese cuerpo de chocolate con leche... ¡Uf! Hasta calor me entraba y eso que hacía un frío de mil demonios.

—Ven aquí que yo te vea —me dijo *Luka*, cuando escuchó que abría la puerta—. Vale, tienes bien el pelo. Menos mal que *Tina* sabe cómo cuidar de mi chica.

—*Luka*, sabes que, si te gustara yo más que mi próximo cliente ya nos habríamos acostado, ¿verdad? —Lo que me gustaba a mí buscarle la lengua a él también y que se sonrojara. Si es que era más mono mi cubanito...

—¡Ay, calla, chochona! Anda, tira para adentro, ponte más sexy que nunca y, si te tiras a mi *Paul*, me lo cuentas todo por mensaje.

—Que no me lo voy a tirar, pichilla loca. Ese serías tú. Pásalo bien el finde, ¿sí?

—Y tú, disfruta de esa noche, *Cenicienta*.

—¿Ahora soy *Cenicienta*? ¿Ya no soy la *Pretty*? —pregunté riendo entando en casa mientras él sonreía negando.

Adoraba a *Luka*, si no se hubiera cruzado en mi camino hace cinco años cuando ambos nos mudamos al edificio, no sé qué habría sido de mí.

Música, preparar algo de ropa para los días que estaría fuera, un baño relajante y arreglarme para mi próxima jornada de trabajo.

## Capítulo 2



Eran las ocho de la tarde cuando me llegó un mensaje de *Paul* al móvil, ya estaba abajo esperando, así que me miré al espejo, me vi perfecta y bajé para darle el encuentro.

—Estás guapísima —dijo *James* cuando me vio salir del ascensor.

—Pues ya sabes, deja a tu mujer y vente con este bellezón —le hice un guiño y continué hacia fuera, mientras él reía a carcajadas.

Ahí estaba *Paul*, en uno de esos deportivos de su marca. Yo lo conocía por sus redes sociales, lo había buscado cuando contrató mis servicios a través de la página que tenía para las citas y luego lo cotilleé todo lo que pude en esas redes. Era guapísimo, un moreno de esos impecables, con una sonrisa de lo más provocadora. Si en fotos llamaba la atención, así al natural era impresionante.

Y, como decía mi cubanito *Luka*, qué bien le sentaban los trajes, por el amor de Dios. Ya podía ser de *Emidio*, *Hugo* o *Ermenegildo*, que el hombre que tenía delante llevaba el traje como si fuera una segunda piel.

En esa ocasión vestía uno negro de raya diplomática, con camisa blanca y corbata también oscura, pero vamos, apostaba una cena con quien fuera a que ya podía vestirse de verde y con “brilli brilli” en las solapas, que le quedaría de muerte.

—Hola, soy *Paul* —me dio la mano.

—Hola —lo saludé estrechándole la mano—, como sabes yo soy *Andrea*.

—Sí, llevo mucho tiempo siguiéndote por la página y en tus redes personales —dijo abriendo la puerta del coche para que me montara y me quedé alucinada ante esa revelación. Había dicho, ¿mucho tiempo...?

Metió mi equipaje de mano en el maletero, se subió sonriente y arrancó el coche.

—La cena es de la empresa de unos clientes que tienen varios concesionarios de mi franquicia y por eso debo asistir, pero como es un poco aburrida y habrá mucha gente que no conozco, pensé que lo mejor que podía hacer era contratar tu compañía —decía con esa media sonrisa mientras conducía.

—¿Y cómo es que nos quedamos hasta el lunes? —pregunté, porque *Luka* tenía razón, si solo era una cena qué pintaba con él en ese hotel dos días más.

—Es en un hotel rural a las afueras y pensé que sería agradable pasar allí el fin de semana.

—Pues te salió un poco caro —dije sonriendo por lo que me había pagado por ello.

—Pienso que merecerá la pena —me hizo un guiño.

—Si lo crees... —Me encogí de hombros sonriendo.

—Por supuesto, no todos los días cuenta uno con la compañía de una señorita tan agradable como tú.

—Vamos, que no todos los días pagas a una acompañante para ir a cenas de empresa —contesté

y él sonrió, pero no dijo nada.

Durante el camino fuimos escuchando todo el tiempo música clásica, de esa que sin duda va de maravilla para conducir.

—¿Es un violín el instrumento principal? —pregunté.

—No, es un chelo. Esta en concreto es Caruso, interpretada por *Hauser*, un chelista bastante famoso. Antes formada un dúo buenísimo con otro, pero se separaron.

—Me gusta, transmite mucho —dije, y él asintió sonriendo.

Una hora después llegamos al hotel, donde ya se veía que comenzaba a llegar gente y entrar al salón, nosotros fuimos antes a la *suite* a dejar las cosas. Y, ¡vaya *suite*!

El hotel tenía algunos *bungalós* y es donde nos alojábamos nosotros. Era más grande que mi apartamento, y ya era decir. Un amplio salón con chimenea que, por cierto, estaba encendida y la habitación de lo más cálida. Una barra de bar, sofás y una mesa pequeña, otra mesa con sillas donde podríamos comer, cuarto de baño de lo más amplio y completo, con bañera que hacía las veces de jacuzzi y una habitación digna de cualquier persona de la realeza.

La cama era de esas extra grande, vamos que ahí podrían dormir cuatro personas, sin rozarse lo más mínimo.

Paredes de madera, suelos de tarima, muebles en roble envejecido, cortinas blancas y en la habitación, ropa de cama en color beige.

Una pasada, y todo precioso.

—¿Te gusta? —preguntó a mi espalda.

—Sí, es todo precioso.

—Me alegro. Quiero que este fin de semana lo disfrutes.

—Me pagas por hacer de acompañante, no para que disfrute —dije girándome.

—Bueno, si puedes tener una estancia agradable, mucho mejor. ¿Vamos?

Asentí, me quité el abrigo y él me miró con esa media sonrisa, se veía que le gustaba cómo iba vestida. Me ofreció el brazo para que me agarrara a él y salimos de nuestra *suite bungalow*, hacia el salón donde tendría lugar la cena. Nos recibieron con una copa de champán y nos acompañaron a nuestra mesa, una para los dos solos, eso me gustó más, dispondríamos de intimidad y no habría que contestar preguntas incómodas.

Aquello estaba a rebosar de gente que se notaba que eran de un alto nivel económico. Un chico salió al escenario y comenzó a hablar y a agradecer a todos su asistencia. *Paul* escuchaba y me miraba con esa media sonrisa arqueando la ceja, vamos, que se estaba aburriendo un poquitín con el discursito. Yo lo miraba y no podía obviar lo evidente, y es que el hombre que tenía delante era guapísimo. No entendía cómo pagaba por mis servicios cuando cualquier chica lo acompañaría felizmente sin cobrarle un duro, pero bueno, imagino que buscaba eso de no tener que dar luego explicaciones y si te he visto, no me acuerdo.

Mientras hablaban nos ponían unos entrantes que estaban riquísimos, luego cuando acabó nos trajeron los platos principales.

—Pues listo, acabada la charla, se acabó la formalidad —me hizo un guiño.

—Es un tostón escuchar a ese hombre, pero bueno, todo sea por poder probar estos deliciosos manjares —reí.

—¿Tienes veintinueve años como pone en el historial?

—Sí. ¿Parezco mayor? —pregunté.

—No, todo lo contrario, parece que tienes menos.

—¡Vaya!, sabes cómo caer bien —sonreí— ¿Y tú?

—Yo soy un poco más mayor —arqueó la ceja—. Acabo de cumplir cuarenta años.

—Pues también pareces más joven.

—¿Desde cuándo haces este trabajo?

—Desde hace tres años que me salió una cita por casualidad y mira, me lie, me lie y aquí estoy, ganándome la vida de una manera cómoda.

—Pero también te acuestas con tus clientes...

—No con todos, al igual que no acompaño a cualquiera, soy muy selectiva.

—¿Cómo te decantas por aceptar o no a la hora de tener sexo con alguien? —preguntó cogiendo su copa de vino.

—Pues lo primero, porque me tiene que atraer, si no es imposible. Lo segundo, que durante la cita me tiene que parecer una persona con la que sepa que voy a estar cómoda y, lo tercero, en muy pocas ocasiones lo acepto.

—¿Y conmigo lo harías?

—Vaya, no te ha temblado la voz al preguntarlo —reí—. No lo sé, en principio tienes buen perfil, pero creo que me falta más tiempo contigo para que me convenzas —carraspeé aguantando la risa mientras miraba su media sonrisa tan provocadora.

—Seguro que lo hacemos, y encima gratis —murmuró acercándose más a mí, por encima de la mesa.

—Tú eres un poco creído, ¿no? —se me escapó una carcajada, la verdad es que me hizo gracia y hasta me puse nerviosa.

—Para nada —me hizo un guiño.

—A mí no me vengas con esas que a chula no me gana ni mi madre, a ver si te voy a cobrar el doble por intento de chulería —me encogí de hombros.

—No serás capaz...

—Ah, ¿no? ¿Y por qué piensas eso?

—Porque yo no soy como los demás que te contratan —arqueó la ceja.

—¿Y en qué te diferencias? —Di un trago a la copa de vino.

—¿No salta a la vista? —hizo un carraspeo con esa media sonrisa que comenzaba a ponerme nerviosa, ¡nerviosa! A mí, la madre de la tranquilidad en estos casos.

—No, te veo como otro cliente cualquiera —contesté. Pero, ¿en serio lo veía así? Bueno, lo era, pero también reconozco que tenía un, no sé qué.

—Me estás mintiendo —sonreía.

—Para nada, eres tú el que te piensas algo que no es.

—Lo veremos —dijo con total seguridad.

—Lo veremos —acerqué mi copa a la suya que estaba sobre la mesa y las choqué.

—Me gusta tu intento de seguridad.

—Eres muy chulo, aunque digas lo contrario —me llevé un trozo de carne a la boca que, por cierto, estaba deliciosa, con una salsa a la pimienta riquísima.

—Digamos que realista...

—Eso lo pensarás tú, pero de realista no tienes nada.

—Te he dicho que lo veremos, tengo hasta el lunes para ponerte a prueba —comentó mirándome fijamente, con esos ojos de mirada penetrante como decía mi cubanita.

—Soy un bloque de hielo —le asegué.

—Ya lo veremos —ese “ya lo veremos” cada vez me ponía más nerviosa.

Terminamos de cenar y nos fuimos a otro salón a tomar unas copas, era precioso cerrado con una cristalera con vistas a los jardines y con la música latina amenizando la fiesta.

Me presentó a *Jackson*, el chico que había dado el discurso y que no era otro que el anfitrión de la cena y muy simpático, por cierto, aunque con la charla que nos dio, casi me dieron ganas de lanzarle una botella para que se callara.

—No sabía que tuvieras pareja, *Paul* —comento *Jackson*.

—No es mi pareja, es una de mis asesoras, le pedí que me acompañara y aquí estamos.

—¿Entonces esta belleza está soltera?

—Pero no entera —comenté riendo.

—Me caes bien, *Andrea*, y deja que te diga que harías buena pareja con aquí el serrote.

—¿Serrote? —pregunté arqueando la ceja.

—Sí, es raro que venga con alguien a una de mis cenas. Mi mujer ya le da por perdido. El día que siente cabeza...

—Si no he sentido cabeza todavía es porque la mujer adecuada no había aparecido —contestó *Paul* y me quedé pensando, fui a preguntar, pero se nos acercó una mujer embarazadísima llamando a *Jackson*.

—Pero, ¡mira quién tenemos aquí! Si es el mismísimo *Paul*.

—Hola, *Grace* —la saludó él— ¿No quiere ver mundo vuestro hijo todavía?

—Parece que no, debe ser que está ahí de lo más cómoda mi niña.

—¿Es una niña? Vaya, no sé si felicitarte o regalarte con el próximo pedido de coches una licencia de armas, *Jackson* —dijo *Paul*.

—Pues me da que como sea de guapa como su madre, mejor la licencia —comentó, haciendo reír a todos.

—Cariño, ella es *Andrea*, una de las asesoras de *Paul*.

—Encantada, espero que este hombre suelte alguna sonrisa, porque a veces es de un serio... —me dijo ella.

—Alguna he visto, pero pocas —susurré esto último y vi que *Paul* ponía los ojos en blanco.

Charlamos un rato con ellos, y *Grace* me pareció igual de simpática que su marido. Era una preciosa morena de ojos azules y piel tostada, debía tener unos treinta y cinco años, más o menos. *Jackson* era de la edad de *Paul*, un madurito entrado ya en los cuarenta y además bastante guapete.

*Marc Anthony* sonaba de fondo con la canción “No me ames”, en versión salsa. En ese momento *Paul*, me quitó la copa de la mano, la puso sobre una mesa alta y me sacó a bailar. No me lo esperaba para nada que bailara como lo hacía, me eché a reír en su hombro mientras lo seguía. Como buena puertorriqueña se me daba bien la salsa, pero además él, me manejaba a su antojo. Me estaba poniendo de lo más nerviosa tenerlo tan cerca, pero me lo estaba pasando genial con su compañía. Y pensar que él había pagado un pastón por la mía me parecía increíble, a cualquier mujer le habría gustado estar viviendo ese momento en el que yo estaba ahora mismo y con un hombre como él.

La gente que había alrededor nos miraba atentamente, me sentía como si fuéramos una de esas parejas de baile que compiten en un concurso, menos mal que no llevaba faldita porque con los meneítos que me estaba dando *Paul*, habría enseñado la ropa interior pero bien enseñada.

Yo me movía bien, sabía desenvolverse en estos bailes a las mil maravillas, pero como siguiera moviéndome como lo hacía, acabaría por desencajarme algún hueso, y no estaba yo como

para acabar la noche en urgencias, puesta de calmantes hasta las cejas.

En serio, parecía que fuera de goma en las manos de ese hombre.

Tras la canción lo solté y cogí mi copa, le dije que quería ir a la entrada del salón a fumar un cigarrillo y me acompañó, nos lo fumamos los dos muertos de risa, no paraba de provocarme con aquella mirada que me ponía de lo más nerviosa y es que él sabía cómo hacerlo, vamos que tenía tablas el hombre.

Se acercó un poco más y, entre el baile y eso de que se arrimara tanto a mí me estaba poniendo muy, pero que muy atacada.

—Te pongo alterada, por mucho que quieras negarlo —me dijo, y yo traté de disimular como pude.

—Ni un poquito —contesté. Anda que, menuda mentira había soltado por la boquita.

Si mi madre me escuchara... ya me habría mandado a rezar. Bueno, me habría mandado a rezar hacía ya algunos añitos porque no aprobaría lo que hacía en cuestión de trabajo, pero yo estaba soltera y jamás aceptaba hombres casados como clientes, sobre todo, nunca me enamoraría de uno de ellos.

—No seas mentirosa, que no te pega —susurró muy cerca de mi oído.

—Ni siquiera me conoces, así que no me llames mentirosa —me había calado, las cosas como son.

—Ya te conoceré más, ya...

Fruncí el ceño, girándome para mirarlo, pero se había dado la vuelta como para entrar. Así que volvimos al salón a tomarnos otra copa y a bailar. Entre tanto meneío no dejaba de agarrarme para hacerlo, a mí me encantaba, aunque eso sí, le ponía caras en un intento de parecer que lo hacía por obligación, pero él no me creía y se aprovechaba de eso, le gustaba tener el control.

Y cómo bailaba, marcaba los pasos sin exagerar, como una pluma, se movía increíblemente bien y me manejaba a su antojo, jamás había vivido un momento así con un hombre y el nerviosismo se apoderaba de mí por momentos. Al final iba a ser verdad que iba a caer rendida a sus pies como tantas veces me lo llevaba advirtiendo esa noche, pero no, yo iba a hacerme la dura, esa mujer con coraza que se volvía un bloque de hielo ante los clientes.

El alcohol estaba haciendo estragos en mí, cada vez se me acercaba más a la cara y eso aumentaba mi nerviosismo, yo lo echaba hacia atrás riendo y él me ponía cara como de, “tranquila, que ya lo conseguiré” y es que me había advertido que me iba a robar ese primer beso esta noche.

*Paul* tenía todo el potencial del mundo, buen cuerpo, una mandíbula pronunciada, era espectacular y me estaba haciendo sentir de lo más deseada, ese juego que se traía me estaba gustando y mucho, jamás me pasó con ningún cliente y es que aquello parecía más un ligoteo que una cita de compañía. No si al final iba a ser verdad eso que decía él, de que no era igual que los demás.

Ni qué decir tenía que antes de conocerlo jamás pensé que esta cena iba a ser tan especial y es que así la podía calificar a estar alturas.

—¿Cómo es que bailas tan bien? —me atreví a preguntar cuando, por fin, nos sentamos en una mesa a descansar, que ya estaba que no sabía si los pies eran míos o de la rubia que bailaba al lado.

—Secreto de sumario —guiñó un ojo y sonrió, vamos que se me estaba haciendo el interesante encima. Qué descaró, madre mía.

—Has dado clases, eso seguro —yo seguí investigando, a ver si me decía la verdad.

—Te va a costar adivinarlo, yo creo.

—Pues qué bien, tengo toda la noche para jugar a las adivinanzas —contesté haciendo un gesto con la mano como para quitar importancia al asunto.

—No es a las adivinanzas, precisamente, a lo que espero que juguemos esta noche.

Que susurrara aquello cerca de mi cuello, con una voz de lo más sugerente, mientras me pasaba la mano despacio por el brazo, hizo que me estremeciera de pies a cabeza.

Ni una sola vez, en el tiempo que llevaba trabajando en esto, me había pasado algo semejante.

Vi a *Grace*, la mujer del anfitrión y lo sentí como una señal divina, vamos que me puse de pie y salí de allí corriendo como si me hubieran puesto un petardeo en la silla. Mejor no digo que escuché la carcajada de *Paul* porque os lo imagináis, ¿verdad que sí? Pues eso.

Entré en el cuarto de baño donde *Grace* estaba dándose un poco de agua en el cuello, la verdad es que tenía mala carita la pobre.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Pues no sé qué... —se quedó callada y la vi mirar hacia el suelo— ¡Ay, Dios, que acabo de romper aguas!

—¡No me jodas! —grité, nerviosa— Espera, espera aquí que voy a buscar a *Jackson*.

—Sí, que creo que me están empezando a dar contracciones.

Seguro que sí porque la pobre se sujetó la barriga, apoyándose en el lavabo.

Salí corriendo y en cuanto *Paul* me vio, se levantó y vino hacia mí. Llegué a *Jackson* que hablaba con un matrimonio y los interrumpí.

—¿Estás bien, Andrea? —preguntó *Paul* a mi espalda, pero lo ignoré, coño que no tenía tiempo para contestarle a él, que había una mujer sufriendo dolores de parto en el cuarto de baño.

—*Jackson*, es *Grace*, ha roto aguas en el baño.

—¿Qué dices!

—Lo que oyes, ¡qué vas a ser papá, *Jacksoncito*! —me salió del alma, y dentro de lo nervioso que se había puesto, hasta me sonrió.

—¡Que voy a ser padre! —gritó a los cuatro vientos por toda la sala, pero ahí paradito a mi lado, que ni se movía.

—Pero, ¿quieres ir a por tu mujer que está sola en el baño?

—¡Mierda!

Empezó a correr apartando a la gente que se cruzaba en su camino y tanto *Paul* como yo, salimos detrás. *Paul* llamó para pedir una ambulancia y cuando llegamos al cuarto de baño me acerqué a *Grace* y entre *Jackson* y yo, la llevamos a uno de los sofás que había afuera en el pasillo.

Ella resoplaba y *Jackson*, cada vez estaba más nervioso porque la ambulancia no llegaba. *Paul* iba y venía para ver si aparecía y yo le secaba el sudor a la pobre parturienta.

Anda que, si me dicen a mí que después de cobrarle un pastón al de los coches “Auxa” por una cena, me iba a ver en esas, no me lo creería ni loca.



## Capítulo 3



Salimos de allí y nos fuimos hacia el *bungalow*, achispados, yo iba agarrada de su brazo y él, con esa media sonrisa que no podía evitar que tanto me gustara.

—Una cosa —carraspeé aguantando la risa mientras abría la puerta—. Solo hay una cama. ¿Quién duerme en el sofá?

—Podemos dormir donde quieras, pero juntos —me dio una palmada en el culo.

—Oye, eso no entra en el contrato —le reñí aguantando la risa.

—Ni lo bien que te lo has pasado esta noche conmigo —se fue directo a poner dos copas mientras se quitaba la chaqueta, la corbata y hasta la camisa. Debajo llevaba una camiseta interior blanca.

—¿Vamos a seguir bebiendo? —Agarré mis cosas para ir a cambiarme al baño.

—Sí, ponte cómoda, anda.

—Me estás cabreando —reí negando, entrando hacia el baño mientras él me respondía con un guiño de ojo.

Ahora era el dilema, pijama mono de algodón fino en tonos pasteles o camisón de tirantes fino y sensual...

Nada, pijama mono, sin duda, no iba a aparecer pidiendo guerra, así que me lo puse, eso sí, sin sujetador y salí fuera. Vi que él también se había cambiado, llevaba un pantalón de pijama con un cordón en la cintura que le hacía un cuerpo escultural y un culo de infarto, con esa camiseta interior blanca.

—Ven —me extendió la mano.

Se la di, me hizo un giro como bailando y me pegó de espaldas a él.

—Puede que yo sea un cliente, pero jamás uno más —murmuró a mi oído mientras me rodeaba por la cintura y con la otra mano me dio la copa.

—*Paul*, estás jugando a ponerme nerviosa y lo tienes mal —mal no lo tenía porque yo estaba en un estado que hacía mucho que no sentía.

Me giré riendo y dando un trago. Mirarlo, me ponía nerviosa, pero tenía que disimular, aunque él se las sabía todas y estaba jugando a eso, a ponerme por las nubes.

Me cogió por la espalda y nos fuimos al sofá frente a la chimenea, pusimos las copas sobre la mesa y nos sentamos de lado, uno frente al otro, él con su media sonrisa y yo negando, aguantando la risa, no podía con él. ¿Cómo podía ser tan jodidamente sensual?

—Entonces —puso su mano en mi rodilla—, eres muy selectiva —arqueó la ceja cogiendo la copa y moviéndola.

—Sí —miré hacia su mano que estaba en la rodilla y levanté la vista a modo de riña.

—No me dirás que también ejerces de monja —su media sonrisa se estaba convirtiendo en mi debilidad.

—Tienes tablas, ¿eh?

—No, pero me gusta ponerte nerviosa.

—¿A mí? —solté una carcajada.

—¿Lo ves? Esa risa es nerviosa —apretó mi rodilla riendo.

—Lo dirás tú.

—Gírate y échate en mí.

—¡Estás loco! Ni de coña.

—Eso o me tiro encima de ti, elige —se encogió de hombro.

—Saldré corriendo, advertido quedas —no dejaba de reír.

En ese momento se echó hacia delante, agarró mis hombros y tiró hacia él poniéndome sentada de espaldas entre sus piernas, mientras yo intentaba deshacerme de él muerta de risa.

Me rodeó con una de sus manos por la cintura.

—No voy a hacer nada que no quieras, es más, me lo vas a tener que pedir tú —murmuró en mi oído.

Solté una carcajada. ¿Cómo podía ser que aquel hombre me tuviera de esa manera? ¿Desde cuándo había perdido el control?

Su mano estaba sobre mi estómago por debajo de mi camiseta del pijama, en esos momentos recé a todos los santos del cielo que se me vinieron a la cabeza, para no perder el control, era un cliente y me tenía que ceñir al contrato. ¿O no?

Estuvimos un rato en silencio tomando la copa y mirando el crepitar de la chimenea. Él, no dejaba de jugar con la yema de sus dedos en mi estómago y yo no sabía si deseaba que fuera hacia arriba, hacia abajo y en todo caso al centro y hacia dentro, pero sentía una maldita necesidad de que aquello fuera a más.

—Toca irse a dormir —dijo levantándose del sofá con él, al mismo tiempo.

—Yo me quedo aquí —reí.

Me cogió en brazos y me llevó a la cama que estaba al lado, ni caso, él tenía el control absoluto sobre mí y eso me encantaba, a la vez que me seguía poniendo de lo más nerviosa.

Me echó sobre ella, saltó por encima de mí y nos cubrió, yo reía negando, aquella era la situación más surrealista que había vivido con un cliente, siempre supe mantener las distancias, pero con él no podía, increíblemente no podía.

—¿Vives sola? —me preguntó poniéndose de lado para mirarme.

—Sí, vivo sola, mis padres están en Puerto Rico.

—Imagino que no saben a lo que te dedicas —sonrió levantando la ceja.

—No —reí—, creen que soy asesora.

—Podrías ser mi asesora personal, pero tendrías que trabajar exclusivamente para mí.

—¿Es una proposición?

—Indecente...

—Anda, anda —me eché a reír sabiendo que estaba bromeando por el gesto de su cara.

—¿Cuándo me vas a dar el beso?

—Jamás, lo sabes.

—Estas deseando...

—Bueno, eso lo dirás tú —puso su mano en mi cintura, estábamos de frente y comenzó a masajear por encima de mi cadera.

—Esto te lo voy a cobrar, no has pagado porque tengamos contacto.

—No me has descontado la gran noche que estás pasando.

—Serás...

Me pegó contra él y me abrazó, sin anestesia, sin nada, casi notando su miembro entre mis piernas. No sabía si reír, llorar, gemir o pedir a gritos que comenzara la faena.

Estuvimos así un buen rato, acariciaba mi espalda por debajo de la camiseta y podía escuchar el chisporroteo de la chimenea. Si algo tenía claro es que entre el olor tan rico que desprendía y el físico que tenía, yo no me había visto en una mejor, eso sí, debía aparentar ser dura y controlar la situación, sobre todo controlarla, debía ser consciente de que se trataba de un cliente y que aquello solo sería lo que durara el fin de semana.

—¿Sabes? Tienes algo de dulzura en toda esa fachada que quieres hacer ver de control por lo de tu trabajo.

—Soy la niña del Exorcista, nada de dulce —reí.

—Lo eres, solo que quieres aparentar parecer dura —decía a unos centímetros de mi cara.

—No quiero aparentar nada —reí.

—¿Me vas a dar un beso de buenas noches?

—No, no beso a mis clientes —le hice un guiño.

—No me ves como un cliente más y lo sabes.

—Eso lo dices tú, pero yo estoy aquí por dinero.

—Bueno, si te diera la posibilidad de dejarte mañana en tu casa cobrando la misma suma. ¿Te irías?

—No lo haría porque soy una profesional —mentí, pero solo de pensar en esa idea me entraba tristeza.

—No estás siendo sincera.

—¿Quieres que me vaya?

—Yo no, te estoy dando la posibilidad de que lo hagas si no quieres estar aquí.

—Siempre quiero hacer mi trabajo.

—No estás siendo sincera... —me repitió.

—Bueno, piensa lo que quieras.

—¿Y mi beso de buenas noches?

—Ya te he dicho que no beso a mis clientes.

—Tú te lo pierdes —se pegó a mí y me mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Te pegas demasiado —reí.

—Échame hacia atrás si no quieres —me miraba con intensidad y me dejaba sin aliento.

—Si te empujo, sales rodando por el otro lado de la cama.

—No eres capaz...

—¿Que no? —me eché a reír y el muy descarado se pegó mucho más, solo le faltaba traspasarme— Te estás pasando —reí.

—No me estás separando —murmuró besando mi cuello.

Lo empujé hacia atrás, pero sin fuerzas porque tenía en un ataque de risa de esos flojos que entran y no puedes parar, era el reflejo de lo nerviosa que me ponía ese hombre y es que, aunque no lo quisiera admitir ante sus ojos, era toda una debilidad y tentación.

La chimenea era lo único que nos iluminaba, se estaba perfecto ahí, entre la risa me quedé refugiada en sus brazos, con mi cabeza sobre su pecho, en un silencio que apareció de repente y que parece que nos dejó a los dos pensativos y reflexivos, como si no hiciera falta decir nada más. Así me quedé dormida...

## Capítulo 4



Los besos sobre mi frente hicieron despertarme suavemente, no por eso abrí los ojos, quería seguir en ese estado y sentir aquello tan bonito con lo que me había despertado.

Ni qué decir tiene que me gustaba mucho, pero la realidad comenzaría al salir por aquellas puertas al día siguiente, y es que yo era una acompañante de lujo y él tenía su vida.

No sabía ni qué hacía pensando esas cosas, pero bueno, mientras notaba cómo sus brazos me rodeaban sin dejar de acariciarme con una mano las caderas y besaba mi frente, me sentía protegida, deseada. Era una sensación de lo más placentera.

En ese momento me vino un maldito golpe de tos y me tuve que incorporar ¡Con lo bien que yo estaba!

—¿Estás bien, Andrea?

—Sí, ya se me pasa —tenía la mano en el pecho y él alcanzó de la mesita de noche una botellita de agua y me la dio—. Gracias.

—No hay de qué, pero, por favor, no te me mueras aquí que vaya numerito se montaría. Saldríamos en las noticias con el titular, <<*joven de compañía muere en la cama de un hotel, junto al dueño de Auxa*>> —dijo eso y escupí toda el agua que estaba en mi boca— ¡La que has liado! —gritó riendo.

—Por tu culpa —me secaba las lágrimas que me caían a borbotones de la risa.

Estiró la mano, cogió el teléfono aguantando las ganas de reír y pidió que nos trajeran el desayuno.

—Menos mal que es agua, que si llega a ser vino, hubieran quedado guapas las sábanas —reí.

—Sí, menos mal que es agua —reía.

Fui al baño a lavarme los dientes y ducharme, me cambié y me puse un pantalón de licra vaquero con una camiseta de manga corta en color rosa pastel, me recogí el pelo y salí para que él entrara.

—Pareces una niña de veinte años —me hizo un guiño.

Volteé los ojos riendo y cuando él se estaba duchando apareció el chico con el desayuno, lo puso todo sobre la mesa del salón y se marchó.

Me serví un café y me senté en el suelo frente a la chimenea, me gustaba la tranquilidad que daba el crepitar de la leña y me relajaba por completo, cuando él salió hizo lo mismo, eso sí, colocó en el suelo los bollos, mantequillas y pan que nos habían traído.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—En nada, se me queda la mente en blanco.

—No puede ser, no me lo creo.

—¿En qué crees que estaba pensando? —sonreí sin dejar de mirar la chimenea.

—Tu niñez, algún recuerdo, en mí...

—Sí, en ti, claro... —solté una carcajada y lo miré negando.

—¿Sabes?

—Dime —cogí el bollo que él me había preparado con mantequilla y mermelada.

—De pequeño siempre soñaba con tener una chimenea en mi dormitorio, ni siquiera teníamos en casa, mis padres eran unos humildes trabajadores y vivíamos en un piso de un barrio de mala muerte, pero era nuestro hogar.

—Imagino que ahora tendrás la mejor chimenea del mundo.

—Tengo la que quiero —sonrió.

—Y supongo que ahora tus padres se habrán ido del barrio y vivirán desahogadamente.

—No, nunca quisieron, apenas me dejan ayudarlos, es una guerra que he tenido con ellos y que nos ha llevado a grandes enfrentamientos. Ellos dicen que tienen lo que se ganaron y ahora viven con su pensión que está bien para los dos, pero que lo mío, mío es. No hay manera alguna de conseguir que acepten nada, solo puedo estar pendiente de cuando les falla el coche y entonces aparezco con otro, pero claro, uno bien normalito, o cuando se les estropea el frigorífico. En Navidad les mando una cesta llena con todo tipo de productos. Solo cosas así, es increíble.

—Me parece que son unas personas con un amor demasiado fuerte por todo lo que esté por encima de lo material.

—Así es.

—Y su hijo seguro que es un ambicioso que aún espera conseguir mucho más —reí.

—No pensé llegar a tanto y no voy buscando mucho más de lo que ya conseguí, pero bueno, siempre termino sorprendiéndome. Pues bien, lo que te decía, desde pequeño soñé con esa chimenea, es algo que me da ese momento de paz que necesito a lo largo de muchos días, puedo pasarme horas frente a ella.

—A mí también me encanta y también me relaja, es totalmente cierto, el fuego es un elemento vital y como que da mucha energía, siempre que esté controlado, claro.

Me gustaba cuando pasaba de ser bromista a abrir una parte de su vida en canal, con ese tono que le daba. Era un hombre que, aparte de la sensualidad que transmitían y ese control, tenía una vida como cualquier persona con sus problemas y vivencias más personales.

Terminamos de desayunar y nos fuimos al sofá a tomar otro café, me causó gracia porque se puso sentado pegado al respaldo y me hizo sentar de lado con mis piernas sobre las suyas, tenía una mano por detrás de mí apoyada en la cadera, en la zona del glúteo, era un descarado de lo más sensual.

Su mirada era penetrante, hacía que me ruborizara, me tenía con esa sonrisa tonta que no podía quitar de mi cara y es que él lo sabía, era consciente de que me gustaba y jugaba con eso, sabía cómo hacerlo.

Metía la mano por debajo de mi camiseta para acariciarme la espalda mientras me preguntaba por mis padres y mi vida en Puerto Rico, se reía con las cosas que le contaba y no dejaba de decirme que yo ya tenía tablas desde chica y que era una revolucionaria.

—Me estás haciendo cosquillas —dije riendo y en ese momento me tiró hacia atrás, se echó sobre mí y se puso entre mis piernas mirándome a escasos centímetros de mi cara.

—¿Me vas a besar? —Se movió un poco rozando su miembro en mi zona íntima, tuve que aguantarme un gemido, pero se me escapó el aire y él sonrió.

—No te voy a besar —reí mientras volvía a hacer el mismo movimiento.

—¿Segura?

—*Paul*... —dije casi sin respiración.

—Dime.

—Quítate —reí.

—No —decía moviéndose sin dejar de mirarme fijamente.

—Esto no está bien —reí casi sin fuerzas.

—Claro que está bien, aunque podría estar mejor...

Se echó sobre mí y comenzó a besuquear mi cuello. No me lo podía creer, estaba que iba a estallar, claro que quería que pasara, pero, por otro lado, no quería ceder. Algo me decía que no podía hacerlo y ese algo era mucho más fuerte que el dejarme llevar y caer en aquella tentación que me estaba poniendo al límite.

Se levantó de repente, tiró de mí y me sentó sobre él, frente a frente, me estaba poniendo cada vez peor.

—¿Vas a parar quieto? —reí resoplando.

—No lo sé, la verdad es que no lo sé —metió las manos por debajo de mi camiseta, una a cada lado y las fue subiendo, casi noté que me rozó los lados de mis senos, lo miraba de forma asesina mientras él lo hacía de forma penetrante con esa media sonrisa—. Estoy esperando a que me beses...

—*Paul*, esto no es lo acordado —reí y produjo un movimiento que de nuevo lo noté y él sonrió.

—Estás deseando, pero eres muy cabezona.

—Si estuviera deseando ya estaríamos follando —respondí en plan chulesco mientras reía.

Bajó las manos a mis caderas y me movió de manera que de nuevo aquel roce iba elevando mi excitación, así que lo pillé de improviso y me levanté corriendo.

Me puse en la chimenea muerta de risa, él se levantó tan campante sin dejar esa sonrisita y vino hacia mí.

—No me toques —reía a carcajadas.

Se apoyó sobre la mesa de madera, me agarró y tiró hacia él pegándome al máximo.

—No voy a hacer nada que no quieras y tampoco te voy a besar porque eso lo debes de hacer tú...

—No lo voy a hacer —interrumpí riendo.

—Tampoco me hace mucha falta —se agarró a mis nalgas y me tiré en su hombro con esa estúpida risa que no se me iba.

Lo abracé, no sé cómo, pero lo hice y él comenzó a besarme el cuello, sabía sin verlo que estaba sonriendo porque sabía que había conseguido dar un pasito más, pero no iba a ir mucho más lejos de eso. No sabría explicar las razones, pero no quería que en esa cita pasara algo entre nosotros.

Tras el abrazo cogió su móvil y en ese momento me llegó una notificación, cogí el mío y era una solicitud de amistad de él, lo miré riendo mientras me guiñaba el ojo, por supuesto la acepté. Quizás así podría ver cosas que antes no pude, era bueno tenerlo controlado, tal vez en otro momento podríamos quedar fuera de un contrato de compañía, pues así sentía yo ese fin de semana y era lo peor que me hacía sentir, no me dejaba disfrutar como lo hubiera hecho en otro momento si lo hubiese conocido fuera de esto.

Nos servimos un rato más tarde una copa de vino y luego nos trajeron la comida a la habitación. Charlábamos mientras comíamos y me encantaba cuando me contaba cosas de su juventud, eso sí, no era un hombre presumido, me contaba más cosas de cuando su vida era humilde y en aquel barrio con su pandilla de amigos, que, por cierto, seguía conservando la amistad con muchos de ellos.

Toda la tarde la pasamos abrazados frente a la chimenea y charlando, me senté entre sus piernas de espaldas a él y me abrazaba jugando con sus manos en mi barriga mientras me besaba el cuello. La verdad es que aquello era una prueba de fuego e imaginaba que, para él más todavía, eso sí, le gustaba acariciarme y notarme en contacto, así se pasó toda la tarde.

Por la noche nos arreglamos para salir a cenar al salón del hotel. Me puse un vestido de lana negro por las rodillas con unas botas altas, el pelo suelto y un collar largo con una piedra sahariana en medio, los labios en rojo putón, válgame la redundancia.

Durante la cena charlaba conmigo acariciándome la mano por encima de la mesa, parecíamos una pareja en toda regla y a mí me gustaba cómo tomaba la iniciativa en todo momento y cómo llevaba la situación. No me daba tiempo a reaccionar a nada, me pillaba cada cosa por sorpresa y era lo que más me gustaba de *Paul*, esa seguridad que desprendía.

Sus miradas me decían lo que yo sentía y es que irradiaba deseo, yo le gustaba, al menos le ponía como mujer y eso me gustaba, demasiado diría yo, que fantaseaba con una escena de los dos desnudos frente a esa chimenea.

Tras la cena nos comimos un *brownie* de chocolate y nueces con una copa de champán. Me reí un montón porque decía que un día me iba a raptar cuando menos me lo esperara y que además lo organizaría como un secuestro, yo le decía de boca para afuera que estaba loco, por dentro me decía a mí misma que ojalá lo hiciera, pues me iría con él con los ojos cerrados.

Al final terminamos bailando en la sala de al lado tomando unas copas y dejándome llevar por ese hombre que lo tenía todo, hasta ese movimiento de caderas y sensualidad que desprendía bailando. Al final la que lo raptaría sería yo y me lo llevaría secuestrado para toda la vida.

De allí nos fuimos a la habitación y tal como entramos, me dijo algo que no me esperaba.

—Cámbiate delante de mí.

—Estás loco, ni muerta.

—Te pagaré...

—¡No! Ya estamos llegando al final de mi servicio y no se puede añadir nada —reí mientras él sujetaba la puerta del baño para que no entrara y yo estaba con el pijama en la mano—. Déjame pasar...

—Te pagaré lo que quieras —arqueó la ceja.

—No, no lo voy a hacer —le advertí con el dedo riendo.

Se acercó a mí, me cogió en brazos y me sentó en la mesa mientras yo reía a carcajadas diciendo que me dejara.

Metió las manos por cada lado de mi vestido y fue sacándolo de debajo de mi culo mientras yo le decía que no, medio recostada. Noté cómo iba subiendo hasta que al final tiró de mis brazos y lo sacó por arriba.

—El sujetador también te lo quitabas para dormir, ¿verdad? —preguntó arqueando la ceja y mirándome fijamente.

—Eres un descarado y lo sabes.

—Sí, pero soy tu descarado favorito.

Se pegó a mí, se puso entre mis piernas y comenzó a quitarme el sujetador, que puso a un lado de la mesa.

Me miró los pechos y sonrió.

—Eres jodidamente preciosa.

Agarré corriendo la parte de arriba del pijama y me la puse mientras él me ponía el pantalón. Me tenía cardíaca, ese hombre podía conmigo y eso era lo que yo no quería, pero llegó él e hizo

tambalearse todo el control que había tenido en mi vida con los hombres hasta ese momento.

De ahí nos fuimos a la cama, me llevó en brazos sonriente y luego me echó sobre ella, se acostó a un lado y se pegó a mi espalda mientras me agarraba con su mano por la cintura.

Se hizo un silencio y, poco a poco, fuimos quedándonos dormidos en aquella postura. Aquel día había sido increíble para mí, pero sabía que estaba a pocas horas de que todo se desvaneciera y eso me ponía triste.



## Capítulo 5



Desperté notando una caricia en mi espalda. No me molestaba, todo lo contrario, era un simple gesto que no buscaba nada más allá, pero viniendo de *Paul*... me ponía cardíaca.

Y es que se había pasado todo el día anterior con esas muestras de cariño, esos acercamientos, besos en el cuello, en la cara, que si caricias aquí y allí... Me ponía nerviosa, excitada y me buscaba mientras yo lo evitaba porque sí. Me acostaría con este hombre, ya que no solo me había hecho pasar una agradable velada la noche del sábado, sino que me sentía atraída por él. Bastante atraída...

—Buenos días —susurró pegándose más a mi espalda, y de nuevo esos besos en aquella zona sensible de mi anatomía.

Madre mía, menos mal que hoy me dejaba en mi casa, porque de lo contrario, esto acabaría de la manera en la que él dijo.

Sí, con él entre mis piernas.

—Buenos días. ¿Desayunamos? —Me aparté de él, me levanté y tras estirarme como si fuera una gata, me giré.

¡Y en qué hora lo hice! Estaba apoyado con el codo en la almohada mientras sostenía su cabeza con los dedos índice y corazón en la sien y el pulgar en la barbilla, mirándome fijamente con esos ojos verdes cargados de deseo.

Madre mía, esto se me estaba empezando a ir de las manos, ya me ponía nerviosa con una sola mirada. ¡A mí, que nunca me había pasado algo así!

—No vas a evitarme eternamente, Andrea —me dijo poniéndose de pie y ahí sí que me di por jodida.

Y no literalmente, aunque sí, también, le habría dejado que me cogiera en brazos y me empotrara en la pared, o en la mesa, o... ¡Mierda!

Me giré para no ver ese cuerpo desnudo y cincelado como si lo hubiera esculpido el mismísimo Miguel Ángel, cubierto solo por el *bóxer* y con esa V bien marcada en la zona de sus caderas.

Por Dios, ¿cuándo me había fijado yo en esas cosas de un cliente? Nunca, jamás, en mi vida.

Entré al cuarto de baño y me di una ducha mientras él pedía el desayuno. Estaba terminando de aclararme cuando escuché que se abría la puerta y no exagero al decir que me puse nerviosa, me estremecí y me quedé quieta.

Lo veía a través de la mampara de la ducha, era lo único que nos separaba, pues si él quería y la abría, entraba allí conmigo tan ricamente y a mí me daría hasta taquicardia. Coño, estaba en la ducha para quitarme un poco el sofoco que tenía, no necesitaba que me diera más.

Me fijé en sus ojos y vi la determinación en ellos, estaba dispuesto a entrar, lo sabía y lo haría.

Y yo, ¿quería que entrara? Muy gilipollas debía ser para no querer, pero vamos, me había propuesto no acostarme con ese hombre que parecía que lo había enviado Lucifer desde el

infierno para hacer que cualquier mujer se convirtiera en una pecadora, varias veces, al día.

Desvié la mirada, acabé de ducharme y salí de allí, desnuda, sí, pero muy dignamente, cogí la toalla envolviéndome en ella y pasé por su lado como si nada.

Él no hizo ni un solo movimiento, pero me miró, de arriba abajo, además, un buen vistazo, nada de una pasada rápida de ojos, no, no, que se entretuvo bien, como si quisiera aprenderse mi cuerpo de memoria para después querer dibujarlo.

Cerré la puerta del baño, me pegué a ella y solté el aire. Escuché el agua caer y aproveché para vestirme, me sequé el pelo para no salir con él húmedo a la calle, ya que no quería coger una pulmonía. Cuando acabé escuché que llamaban a la puerta, abrí y el chico del hotel pasó a dejarnos el carrito con el desayuno.

—Gracias —sonreí y le entregué una propina que *Paul* había dejado en la mesa. Hombre previsor, sí señor.

Cuando acabé de colocar todo *Paul* salió del cuarto de baño y vino a la mesa, me cogió por la cintura y me sentó en su regazo.

Ni se había vestido, tan solo llevaba una toalla colocada en las caderas, tapando solo la mitad de su cuerpo.

Me retiró el pelo hacia un lado y sentí sus labios besándome el cuello, cerré los ojos y los puños sin que me viera, necesitaba de todo mi autocontrol para no girarme y hacer lo que nunca hacía con un cliente. Besarlo.

Ese límite estaba prohibido. Un beso es una muestra de cariño y afecto hacia la otra persona, es algo tan íntimo de compartir que esos estaban reservados única y exclusivamente para el hombre con quien decidiera tener una relación de pareja, si es que ese hombre llegaba algún día, porque pinta de ello no tenía.

Que tampoco lo estaba buscando, pues como le dije a mi cubanito, sola estoy muy bien, pero es cierto que algún día, dentro de algunos años, pues una querría sentar cabeza, encontrar el amor y formar una familia. Que no quería yo que mis padres se quedaran sin conocer al menos un nieto, vaya.

Intenté levantarme, pero los brazos de *Paul* alrededor de mi cintura me lo impidieron, y él no dejaba de besarme el cuello.

De sobra es sabido por la población humana que esa zona es muy erógena para todo el mundo, así que, ¿por qué narices no paraba de besarlo? Por Dios que me llevaba calentando dos días. ¡Dos!

—Hay que desayunar que tenemos que dejar la *suite* —dije en un nuevo intento de levantarme, pero sin éxito.

—Sí, vamos a desayunar —contestó, dándome un último beso en la mejilla, pero sin dejar que me levantara.

Cogió una tostada a la que puso mantequilla y mermelada, la acercó a mis labios y di un mordisco. Después lo hizo él.

Y así pasamos el desayuno, que salvo la taza de café que la cogí yo, para beber solita, la comida me la dio él, eso sí, tocándome el brazo, la cintura, metiendo la mano por debajo del jersey y acariciándome el vientre, además de desviar, igual que el día anterior, la mano alguna que otra vez a mi entrepierna.

Yo le pedía a Santa Bárbara, como hacía mi madre que para eso llevaba su nombre, que ese hombre no fuera más allá, que no intentara nada porque mandaría a la mierda todas y cada una de las reglas auto impuestas a mi trabajo por él, y solo por él.

Acabamos el desayuno, se vistió, recogimos las cosas y regresamos a *Manhattan*.

De nuevo la música de ese chelista nos acompañó en el viaje, hasta que llegamos a mi edificio.

—Ya me llamarás —me dijo *Paul* tras entregarme mi pequeña maleta.

—No te lo creas tanto, anda, que no te voy a llamar.

—Ya lo veremos —se inclinó, me besó el cuello y susurró—. Sabes que me vas a llamar, así que solo dime cuándo.

Me aparté, lo miré a los ojos y sonreí. Él hizo lo mismo al suponer que le diría que sí, que lo llamaría en esa semana, pero yo tenía otra cosa en mente así que me acerqué, lo cogí por la solapa de su chaqueta, me pegué a él y tras ponerme de puntillas susurré en su oído:

—El día que las ranas vuelen.

Le di un par de golpecitos en el pecho, me aparté y tras girarme caminé hacia la entrada de mi edificio.

—¡Esperaré tu llamada! —le escuché gritar.

—¡Y yo espero que lo hagas sentado! —contesté, sin mirarlo, antes de entrar.

—Hola, Andrea. ¿Qué tal el fin de semana? —me preguntó *James* nada más verme.

—Hola, hombre de mis fantasías —contesté de manera sugerente y acercándome al mostrador donde él estaba sentado.

Miré hacia la calle y allí seguía *Paul*, así que tuve que hacer algo para que viera que no le llamaría, que le quedara claro que no iba a pensar en él.

Me acerqué más al mostrador, cogí a *James* por la corbata y lo atraje hacia mí para darle un beso en la mejilla, de la manera más estratégica posible para que, desde la calle, pareciera que era en los labios.

—Si un día esto lo ve mi mujer, me pide el divorcio, jovencita —me dijo con una pícaro sonrisa.

—Y ese día tendrás la puerta de mi apartamento abierta, y lo que no es la puerta... también —le guiñé un ojo y me aparté.

Eché un vistazo rápido a la calle y ahí estaba *Paul*, con el ceño fruncido. Fue hacia la puerta del coche, entró y cerró con un portazo que, si esa preciosidad fuera mía, le habría dado un buen bofetón.

Salió de allí como si estuviera en un circuito de carreras, menudo acelerón le dio al deportivo.

Me despedí de *James* y subí a mi apartamento, tenía ganas de llegar y desconectar de todo, olvidarme de ese fin de semana que había vivido.

—¡Y al fin llegó la chochona! —escuché gritar a Luka desde su puerta.

—El día que me saludes de una manera normal, llamándome por mi nombre, ese día, de verdad, no sé lo que te hago.

—Anda, trae el culazo ese que tienes para acá y cuéntame todo, que no me has mandado ni un mísero mensaje.

Reí, negué y acabé entrando en casa de mi amigo. Me puso un café y uno de esos bollos que solía tener, yo intenté no comerlo porque era lunes y tocaba cuidarse, pero, ¡qué coño! Necesitaba azúcar.

—Come menos y habla más, que no te he dicho que vengas para que te pongas como una cerda con mis bollos —me pidió después de que me hubiera comido tres.

—Pues no me los pongas, hijo de mi vida.

—¿Mira? La que luego dice que se cuida de lunes a viernes. Hija de...

—De mis padres, dos bellísimas personas que viven en Puerto Rico —le corté antes de que

soltara otra perla.

—Que hables, coño, que me has tenido todo el fin de semana comiéndome las uñas.

—Perdona, guapo, pero tú te habrás comido otra cosa y no han sido las uñas precisamente.

—¡Touché! —me contestó.

Y sí, le conté todo a mi amigo. Lo bien que lo había pasado en la cena, bailando, riendo, que me había puesto más nerviosa que nunca cada vez que se acercaba, las veces que me besó, acarició y tocó, y que él estaba convencido de que lo iba a llamar.

—Y, ¿lo vas a llamar? —preguntó cuando acabé de contarle todo.

—Pues no, ha sido un cliente más y punto.

—Claro... —murmuró, lo miré con una pregunta silenciosa implícita en mis ojos, pero el muy cabrito se giró y empezó a preparar la comida. ¡La comida! — Te quedas a comer, ¿verdad? Porque no creo que tengas ganas de cocinar nada.

—Me quedo, porque necesito otro de esos bollos después de comer, con el café.

—La que se cuida de lunes a viernes... —protestó, aún de espaldas a mí, y solo pude sonreír.

Había sido un fin de semana diferente, de eso no tenía la menor duda. Con otros clientes los términos estaban más que claros.

Los había tenido de todo tipo, pero siempre eran empresarios que solo necesitaban una mujer elegante y con un buen nivel de cultura y educación para hablar de cualquier tema en una mesa con más gente durante una cena, y en ocasiones querían acabar la noche en la cama.

Pero lo de *Paul* había sido diferente porque, cuando ambas partes sabemos que no va a ver sexo de por medio, nunca permito unos tonteos como los que hubo con él. Ni besos en el cuello, ni caricias, ni mucho menos que me toquen y exciten.

Un fin de semana de mierda, eso había sido. No, no, ¿a quién quería engañar? Había sido un buen fin de semana, pero... ¡Joder! ¿Qué coño quería el señor *Paul* de coches “Auxa” de mí? Porque no lo entendía, por más que quisiera pensar y llegar a algo, no lo entendía.

Pasé el día entero en casa de Luka, charlando, viendo pelis y comiendo como si no hubiera un mañana, pero claro que lo había, el martes llegaría en solo unas horas y me arrepentiría de la cantidad de calorías y azúcar que me había metido en el cuerpo.

Me despedí de él y fui a mi apartamento. Nada más entrar saqué toda la ropa para ponerla a lavar y secar, me puse el pijama y me metí en la cama.

El martes sería otro día, esperaba que con él y tras un sueño reparador, “*Paul*, mirada penetrante”, quedara en el olvido.

## Capítulo 6



Martes y lloviendo. Pues empezaba bien el día y, para colmo, con dolor de cabeza.

Una ducha calentita, de esas que no quieres que acaben, y lista para afrontar la mañana.

Necesitaba café, como siempre, porque si no me tomaba una taza nada más empezar la mañana, ni era persona ni lo sería en, al menos, tres horas.

Cogí la taza, el móvil y el palo selfi que Luka me había regalado y, tras sentarme junto al ventanal, me hice una foto con la lluvia golpeando los cristales.

La subí a mi *Facebook* y, ya que estaba ahí...

Me quedé loca al ver una imagen de *Paul* en su perfil. Era una foto desde el interior de su coche, lo sabía porque me había fijado perfectamente en todos los detalles.

Se veía el volante y, a través del cristal, la ciudad llena de vida. Lo que me sorprendió fue la frase que la acompañaba.

«*Después de un fin de semana de relax, toca volver a la realidad*»

Un fin de semana de relax, nada de negocios, relax.

Me terminé el café y fui a ver a Luka, necesitaba de su alegría para este día gris y lluvioso.

Me gustaba la lluvia, verla y escucharla a través de los cristales y, de vez en cuando, quedarme en la calle mojándome un poco, pero no mucho.

—Buenos días. ¿Cómo ha dormido la mujer más afortunada del planeta? —preguntó mi cubanito cuando abrió la puerta.

—Buenos días, yo he dormido como una bebé, esa a la que nombras, no tengo ni la más remota idea.

—¿Serás pánfila? —protestó negando— Hija, que cualquier mujer habría dado cualquier cosa por pasar un par de días con *Paul*, y a ti te ha pagado él, por disfrutar del privilegio de su compañía.

—Te recuerdo, Luis Carlos —me miró con horror, pero yo pasé de él y seguí a lo mío—, que me pagó por hacer mi trabajo, que viene siendo cenar, sonreír, ser amable y educada con los anfitriones y demás seres humanos que asistieron a la cena y acompañarlo hasta el lunes por la mañana.

—Y te viniste con unas ganas de que te pusiera mirando al *Empire State*... que lo sé yo.

—Tú es que, si hubieras nacido un año antes, no serías más bruto, ¿verdad? —dije, arqueando la ceja.

—Ahora me dirás que no te lo habrías follado. ¡Eso no te lo crees ni tú, maja!

—Sí, me habría acostado con él, pero solo si hubiese entrado en la cláusula del contrato.

Luka me miró como si no me creyera, pero es que la primera que no sabía si creerme era yo. ¿Le habría cobrado por eso? No quería ni pensarlo.

Nos tomamos el café y me dijo que lo acompañara a una de las sesiones de fotos que tenía esa

mañana, y como no tenía nada mejor que hacer, pues eso hice.

—Y aquí está el bombón de chocolate con leche más sabroso de todo el edificio —dije nada más ver a *James*, que en cuanto me escuchó empezó a reír y negar.

—Y que lo digas, hija, que este bombón lo probaba hasta yo —soltó Luka.

—Buenos días, chicos. ¿A pasear bajo la lluvia? —nos preguntó *James* y ambos nos encogimos de hombros.

—Cariño, un diseñador no para ni los días de lluvia. Claro, que, si nos dices que te vas a tomar un descanso para el café —Luka entrecomilló esas dos últimas palabras, comiéndose a *James* con los ojos— y nos acompañas a casa... aquí la diosa y este humilde Adonis, haríamos realidad tus más oscuras fantasías.

—Luka, para tomarme ese “café” necesitaría horas, y estoy trabajando —respondió *James* con una sonrisa.

—Pues nada, te buscamos un suplente para esta tarde y te merendamos —casi me ahogo de la risa hasta que el muy loco rectificó—. Quiero decir, que te invitamos a tomar ese “café”.

—Anda, vámonos que al final llegarás tarde a tu propio trabajo —dije cogiendo del brazo a mi amigo, pero antes de llegar a la puerta, me giré y le hablé a *James*, a quien pillé mordiéndose el labio mientras me miraba el culo—. Tú sabes que lo de las fantasías va en serio, así que... ahí lo dejo —le guiñé el ojo y salimos mientras nuestro portero reía a carcajadas.

Paramos un taxi y fuimos hasta el hotel donde habían citado a Luka para hacer las fotos. Ya le había pedido a uno de sus ayudantes que llevara todos los vestidos y trajes que usarían para la pareja, y es que por lo visto la sesión era para la colección de Navidad.

Mira que me gustaban poco a mí esas fechas...

En cuanto llegamos me ofrecí a ayudar en lo que pudiera, así que allí me tuvo Luka toda la mañana organizando los cambios de ropa de la modelo. Después me invitó a comer y nos volvimos a casa.

En cuanto entramos al edificio, *James* empezó a reír y nos enseñó un termo con café, cosa que hizo que tanto Luka como yo, estalláramos en carcajadas.

Desde luego, el mulato nos tenía tontos a los dos, pero dentro de que nos llamara la atención y pensáramos en llevarlo a la cama... Ese hombre era un amor, súper amable y cariñoso con nosotros y nos seguía todas las bromas.

Al fin y al cabo, ¿qué sería de la vida sin unas buenas risas?

Dejé a Luka en la puerta de su apartamento y me metí en el mío, me puse uno de esos pijamas cómodos y calentitos para estar en casa y me preparé una sopa para la cena. Apenas tenía hambre así que un caldito entraría bien.

Vi la televisión un rato y antes de acostarme, cotilleé en las redes sociales, subí una foto que me había hecho Luka con uno de sus diseños y quise dar un poco de vidilla a la noche.

*«Martes lluvioso, pero lista para una cena en buena compañía»*

Que no me iba con nadie, pero vamos, que la noche en pijama de unicornios y en casa para mí se quedaba.

Luka no tardó en mandarme un mensaje y decirme que estaba loca, pero bien que se reía. Si hasta me puso un comentario en la foto esa pichilla loca mía.

*«No se puede estar más guapa, con un diseño de MOI, Luka Duarte, que te pone guapa para que el acompañante te ayude a desnudarte»*

Me reí, porque con ese hombre no podía hacer otra cosa. Era algo así como mi otra mitad. Yo era descarada y demás, pero él, se llevaba la palma. Creo que toda mujer debería tener un Luka en

su vida. Me acosté con una sonrisa, esa que mi pichilla loca sabía bien cómo conseguir que me saliera, y dormí igual de bien que la noche anterior.

El miércoles amaneció nevadito, y seguía nevando también, así que mi día iba a ser mucho peor que el anterior.

La nieve estaba bien, pero que nevara en época navideña me mataba.

Ducha calentita, vaqueros, jersey, una coleta y a prepararme el café.

No pude evitarlo, me senté en el ventanal y, como la mañana anterior, me hice una foto que subí a *Facebook*.

*«Navidad... una época que me pone sensible y no me gusta. ¿Cuándo empieza enero?»*

Nada más subir la foto tuve reacciones de varios tipos, desde quienes me animaban a pasarlas lo mejor posible, hasta quienes compartían conmigo el que no les gustara.

Dejé el móvil a un lado, cogí el portátil para ver la página de trabajo y vi que tenía un nuevo cliente que quería contratar mis servicios.

Era una cena de empresa, de estas navideñas, para el sábado por la noche. Especificaba que solo quería que le acompañara a la cena, nada de sexo. La verdad es que era atractivo y se le veía sexy. Pelo castaño, ojos azules, alto, elegante. El tipo de hombre que me atraería en caso de tener que aceptar acostarme con él, pero no requería de ese tipo de servicios, así que le dije el precio y aceptó. Me recogería el sábado a las ocho.

Miré mi *Facebook* y vi que *Paul* había subido una foto desde el que imaginaba era el ventanal de su despacho, se le veía de medio perfil contemplando la nieve que caía en la ciudad y con una frase que desde luego no había que ser muy lista para saber que iba dirigida a mí.

*«Navidad, unas fechas para aquellos que sienten el amor y quieren vivirlo»*

Pasé del móvil, llamé a Luka, pero estaba trabajando fuera, así que me quedé en casa todo el día, pues no me apetecía andar por la nieve.

Las pullitas por parte de *Paul* a las fotos que yo subía, se sucedieron durante toda la tarde, así que le dije a Luka que me trajera un vestido apropiado para la cena del sábado, que el jueves por la mañana iba a tener sorpresa el “señor, pullitas”.

Y por supuesto que la tuvo.

Con el café recién tomado, el vestido puesto, un poquito de maquillaje, la nieve de fondo en el ventanal de mi terraza y foto para el *Facebook*.

*«Mi acompañante del sábado, ¿quedará impresionado al verme con este pedazo de vestido de mi gran amigo Luka Duarte? Espero que sí, porque el diseño lo vale»*

Me puse cómoda, que había narices que me hubiera vestido de gala para una noche y ya, pero *Paul* se lo había buscado.

Cuando miré, Luka había reaccionado a la foto, pero *Paul* no, como siempre, cosa que yo tampoco lo hacía con las suyas.

Fui a cotillear tu perfil.

*«Pocas cosas puedo decir que son bellas, así como pocas que me dejen impresionado»*

Es que... era para matarlo. Mira, igual se pensaba que lo iba a llamar para que me invitara a cenar el sábado. Pues nada, nada, que esperara sentado.

Luka vino a casa y traía comida italiana, desde luego que ese cabrito sabía cómo hacerme pecar.

Después de comer decidimos salir a dar un pequeño paseo, había dejado de nevar así que me parecía buena idea.

—Seguimos esperándote para el café, bomboncito —le dijo Luka a *James*, que reía negando y con los ojos en blanco.

—Ya vendrás a que te invitemos, ya... —Le señalé— Y, a lo mejor ese día no podemos. Salimos del edificio y tuve que confesarme con mi amigo. No me quedaba otra.

—Luka, llevo pensando en *Paul* toda la semana.

—Y estás más caliente que la plancha de los mixtos que hace Mariela. Si lo sé yo...

—Qué bruto eres hijo mío, pero sí, me acuerdo de sus caricias y sus tonteos y... Mira, si es que, hasta me dan ganas de aliviarme contigo. Fíjate lo que te digo.

—¡Anda la otra! Y luego el bruto soy yo. Alíviate tú solita, chochona.

—No es lo mismo.

—¡Coño, claro que no! A ver si te crees que es lo mismo que yo me haga una... a que me ponga mi *Joy* todo contento. Hija, de verdad... Ahora mismo vamos a por un juguetito para la niña.

—¡No, no! ¿Te has vuelto loco? —empecé a reír y es que me veía entrando en la tienda a la que solía ir él y saliendo de allí, no con un juguetito, sino con varios.

Vamos, que cuando mi cubanito se ponía en ese plan, más me valía haberme callado.

Si es que... no podía una abrir la boca, que al final pues pasaba lo que pasaba, que me daban un zasca y tenía que callarme.



## Capítulo 7



Me levanté ese viernes sin ganas de nada, pero tenía que ponerme en marcha.

El vestido para la noche siguiente lo tenía, así que hoy me tocaba un día de esos, en los que las chicas del salón donde me relajaba, me dejaban como nueva.

Me tomé el café y subí una foto a mi *Facebook*, con la mirada perdida contemplando la ciudad.

«*Un nuevo día que nos regala la vida*»

Me preparé y salí del apartamento, llamé al de Luka por si quería acompañarme, pero no me abrió, así que, o se había ido temprano o anoche después de dejarme el vestido se fue con su *Joy*.

—Buenos días, Andrea —me saludó *James*, cuando salí del ascensor.

—Buenos días, bombón. ¿Sigues casado? Mira que te haría el hombre más feliz...

Empezó a reírse y yo me encogí de hombros. Le dije adiós agitando los dedos y salí a la calle. ¡Joder qué frío hacía, madre mía! Menos mal que no salía de casa sin mi gorro y los guantes.

Paré a comprar un café y un *donut*, hoy se me había antojado uno de chocolate, y eso que no era fin de semana, pero bueno, ya compensaría el lunes.

Llegué al salón y *Kim* me recibió como siempre, con ese afectuoso abrazo y un par de besos al aire.

Me llevó al cuarto que me tenían preparado y ahí empezó mi mañana de relax.

Masaje con aceites esenciales que me dejaban la piel suave, además de una buena manicura y pedicura. Eso no me faltaba los viernes, era el ritual antes de un trabajo de sábado por la noche. Igual que ir a ver a Tina para que me arreglara el pelo por la mañana.

Una tenía que estar guapa, y yo mañana además iba a lucir modelazo, así que.

Salí de allí con el cuerpo de un relajado, que hasta decidí hacer algo de compra, ya que tenía la nevera tiritando, y una por mucho que se cuidara, pues como que con un yogur y un poco de lechuga no sobrevivía.

Me abastecí bien, tanto, que tuve que pedirle al chico del súper que llevaran la compra a casa en una hora, el tiempo que tardaría en hacer un nuevo envío de dinero a mis padres y llegar a casa.

—Dígame usted, caballero, ¿qué necesita? —pregunté tras descolgar el teléfono pues me había llamado Luka.

—Unas vacaciones, chochona, eso necesito. ¡Qué estrés!

—Serás... ¿Por qué te quejas ahora? A ver, que te estoy viendo venir y miedo me das.

—Que se me ha ido la inspiración, amor, eso me pasa.

Lo que me faltaba, que Luka se agobiara porque, según él, se le había ido la inspiración, pero el problema real era que los viernes le solía llegar el momento *Drama Queen*, porque por la mañana hablaba con sus padres y se ponía un poquito sensiblero.

—Anda, vente para casa a comer que me traen la compra en un rato y voy a prepararte un buen mofongo —le dije para levantarle el ánimo.

—¿Me vas a hacer plátano frito relleno de carne? —preguntó.

—Y de pollo, con unas tostas de pan. ¿Qué te parece?

—Que estoy en tu casa en media hora, chochona mía.

—Allí te espero, pichilla loca.

Colgué y aproveché que me quedaba un poquito aún hasta llegar a casa para llamar a mi madre.

Esta semana no los había llamado y me regañé por ello, pero es que había tenido la cabeza loca desde el lunes por la mañana.

—Hola hija, ¿cómo estás?

—Hola, mamá, muy bien, ¿y vosotros?

—Bien, pero pensando que otro año que no vas a venir a casa para pasar las Navidades, ¿verdad?

—Mamá...

—Sí, ya sé que no te gustan estas fechas, pero nos harías muy felices, cariño.

Lo sabía, para ellos no habría mejor regalo que ese, pero es que no me gustaba nada esa época del año.

Yo prefería ir en enero, cuando las fiestas acababan, y me pasaba allí con ellos una semana, eran mis primeras mini vacaciones de cada año, después volvía en verano para tomar el sol puertorriqueño y volver a la ciudad con energías renovadas.

Me despedí de ella y le mandé besos para mi padre. Llegué a mi edificio, y justo vi al chico del súper, así que lo subimos todo entre los dos.

No había hecho más que empezar a preparar la comida cuando sonó el timbre, abrí y ahí estaba mi cubanito, tristón a más no poder.

—Luka, de verdad, cada vez que hablas con tus padres es lo mismo —le dije abrazándolo.

—Lo sé, amor, lo sé, pero, ¿qué le hago? Los echo de menos. Verlos dos veces al año es una mierda.

—Para mí también, pero es lo que hay. Ya sabes que los tuyos son como los míos.

—Sí hija, sí. Que allí nacieron y allí los entierro. Es que me pongo malo cuando me dicen que no se vienen, de verdad, con lo bien que estarían aquí conmigo en el apartamento, que lo cogí con dos habitaciones por ellos.

—Y yo, pero no van a cambiar de idea. Anda, vete a por un vino de esos tuyos, ya sabes que como yo no entiendo mucho, no compro.

—Ahora mismo, vuelvo enseguida —me dio un beso en la frente y salió camino de su apartamento, dejando el mío abierto.

Total, solo había dos viviendas por planta así que no corría peligro de que alguno de los vecinos se me colara sin permiso.

Volvió poco después, abrió la botella y sirvió dos copas mientras yo seguía preparando la comida.

Pusimos una mesa de lo más chula, nos sentamos e hicimos una foto que subí al *Facebook* etiquetando a Luka.

*«Por esos momentos con tu “alguien especial”, no importa si es una comida casera o una cena de gala. Siempre está, y siempre estará. Te quiero, mi cubanito bello»*

Nada más acabar, Luka preparó café mientras yo recogía la mesa, nos sentamos en el sofá a tomarlo y cotilleé en las redes, desde luego que me había vuelto una viejecilla de pueblo.

Y ahí estaba una notificación de *Paul*, que había publicado una foto nueva. Fui a verla y... Porque estaba sentada que, si no, me habría caído de culo.

*Paul*, con una chica más o menos de mi edad, muy juntos comiendo en un restaurante.  
«No es el lugar en el que estás, sino la persona especial que te acompaña la que hace que el momento sea único»

—Otra más —murmuré dejando el móvil en la mesa.

Luka me miró arqueando la ceja, pero le hice un gesto con la mano, quitándole importancia al asunto. No iba a amargarme la tarde, no señor.

¿Por qué se empeñaba en contraatacar mis fotos con una suya que iba dirigida a mí? Vamos, que tonta no era.

Luka puso una película, cogió la manta que tenía siempre en el respaldo del sofá y después de taparnos a los dos con ella, me pasó el brazo por los hombros para que me acurrucara.

Así lo hice, dejar de pensar en todo y pasar una tarde noche de viernes tranquila con mi pichilla loca.

Llegó el sábado, y tras el café de la mañana que no podía faltar, me fui a ver a Tina para que me pusiera guapa.

En cuanto me vio me regaló una de sus sonrisas y allá que fuimos las dos a la zona de lavado.

De verdad, esa mujer hacía maravillas con las manos, era impresionante lo relajada que te dejaba con un simple lavado de pelo.

Peinadita y bien mona que iba yo de camino a casa, pero antes me paré a tomar un café y uno de esos bollitos de crema que solía comprar Luka, en la pastelería de la esquina de nuestra calle.

Eso era un pecado para las caderas, de verdad de la buena, pero es que estaban deliciosos.

Foto de mi café y mi bollo para el *Facebook*.

Y no tardó en llegar el contraataque de *Paul*.

Llamé a Luka y me dijo que me esperaba en su casa para comer, que me iba a preparar un buen plato de ropa vieja, esa comida cubana que su madre le había enseñado a cocinar.

Pasé por una bodega y compré un vino que le fuera bien a la carne, aunque yo de eso sabía menos que de coser, porque para ambas cosas el experto era mi amigo, y la verdad sea dicha, no quería aparecer con las manos vacías a su apartamento.

Nada más abrir me recibió ese rico olor a comida y se me hizo la boca agua. Le di la botella de vino, la abrió y sirvió dos copas.

—Chochona, pero, ¡qué rico está! —me dijo sorprendido.

—La próxima vez que pase por la bodega se lo diré al chico que me la ha dado.

—Ya decía yo que era raro que tú la hubieras elegido sola. Anda, vamos a poner la mesa que esto ya está.

Comimos charlando de su nueva colección, la verdad es que era una pasada y estaba teniendo muy buena acogida.

Muchas de las *celebritys* ya habían picado y comprado esos vestidos para las cenas navideñas.

Yo esta noche luciría uno, ese que, tal y como me dijo, había en mí cuando lo diseñó y se alegró de que pudiera lucirlo hoy.

Era un vestido tan exclusivo, que no lo había incluido en la colección porque no quería que nadie más lo llevara.

Desde luego, como para no querer a mi cubanito.

Me despedí de él después de tomarnos el café, volví a mi apartamento y me preparé a conciencia para estar espectacular esa noche. Por lo que había visto de mi cliente, era un empresario dedicado al vino, importaba los mejores de toda España y Francia aquí, a Estados Unidos, y tenía varias bodegas.

Me di un baño mientras escuchaba música y me relajé antes de empezar a arreglarme.  
Como dije cuando subí la foto con el vestido, esperaba que mi acompañante se quedara impresionado al verme.

## Capítulo 8



Estaba poniéndome los zapatos cuando me sonó el teléfono, era un mensaje de mi cliente diciéndome que su chófer estaba abajo. No dijo que él estuviera abajo, sino su chófer, así que deduje que él estaría esperando en el hotel.

Guardé el móvil en el bolso, las llaves de casa y me di un último vistazo en el espejo antes de salir. Perfecta e impecable.

Salí del apartamento cerrando la puerta y di dos golpecitos en la de Luka, diciéndole que me iba.

—¡Disfruta! —gritó desde dentro.

—Buenas noches, Andrea. Menuda suerte tiene el que te acompañe esta noche, estás preciosa —*James* sonrió y yo me sonrojé. Que sí, que le lanzaba muchas indirectas a nuestro portero, pero luego me miraba de ese modo y me decía lo guapa que iba y me volvía de gelatina.

El vestido que me había diseñado Luka era largo, de muselina negra, manga larga y una insinuante apertura lateral que iba desde el final del vestido hasta la mitad del muslo derecho. Tenía la espalda al aire y como hacía bastante frío, dada la época en la que estábamos, lo acompañaba de un precioso abrigo de pelo sintético, también negro.

—Muchas gracias, *James*. Buenas noches.

—Diviértete, bonita —dijo guiñándome el ojo.

Salí a la calle y vi un BMW negro, donde un hombre con un elegante traje azul marino me esperaba para abrirme la puerta.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches. Puedes llamarme Andrea, lo prefiero —le dije, y él, tras una amable sonrisa, asintió.

Subí, el chófer puso el coche en marcha y salimos en dirección al hotel en el que tendría lugar la cena.

El camino fue tranquilo y amenizado por una suave melodía.

Una vez llegamos, me ayudó a bajar y me indicó dónde estaba su jefe, que al verme sonrió y supe que había acertado eligiendo un modelo de Luka para esta noche.

—Bienvenida, Andrea. Soy *Michael*.

Sin duda este hombre ganaba mucho más en persona que en las fotos. Era muy atractivo. Sus ojos azules eran de lo más expresivos, y esa sonrisa que no había visto en ninguna de las imágenes, era sin duda su punto fuerte. Tal como había visto, era alto y tenía un cuerpo bien definido.

El traje negro que llevaba le quedaba perfecto. Se notaba que era hecho a medida.

—Buenas noches, *Michael* —sonreí cuando me cogió la mano para dejarme un beso. Me sorprendió ese gesto, sin duda era todo un caballero—. Creí que me recogerías tú.

—E iba a hacerlo, pero surgió un imprevisto y por eso te envié a mi chófer.

—Bien, no pasa nada. ¿Entramos?

—Claro, aquí fuera hace frío.

Me ofreció el brazo para que me agarrara a él y entramos en el hotel, donde *Michael* entregó la invitación para asistir a la cena.

Nos dieron la bienvenida y cuando atravesamos las puertas del salón en el que tendría lugar la celebración, nos ofrecieron una copa de champán que cogimos y con la que *Michael* brindó.

—Por una agradable velada en tan buena compañía.

—Lo mismo digo —contesté antes de dar un sorbo.

Me quité el abrigo, una chica del servicio me lo cogió y, tras decirle *Michael* su nombre, ella asintió y lo llevó a la silla en la que yo me sentaría.

Estuvimos charlando mientras esperaban a que llegaran todos los asistentes y *Michael* me dijo que el vino que se serviría en la cena era el suyo.

—Este es un buen cliente, y al igual que él, otros muchos, me han invitado a sus cenas navideñas. Tal vez requiera de tus servicios si tienes bien la agenda de trabajo.

—Claro, lo podemos ir viendo, pero, dime, ¿cómo es que un hombre joven y guapo como tú tiene que recurrir a una chica de compañía para asistir a una cena? —pregunté antes de dar un trago a mi copa.

—Esa misma pregunta la harían mis padres si vivieran.

—Vaya, lo lamento...

—Tranquila, los perdí cuando apenas era un crío de dieciocho años. Creo que la respuesta que le daría a mi madre si me preguntara, sería que no he encontrado a esa mujer que me haga dejarlo todo como hizo mi padre.

—No te entiendo...

—Mi padre era el heredero de la cadena hotelera más importante de Italia, se enamoró de una humilde profesora de ballet y lo dejó todo por ella —contestó.

—Así que, si algún día encuentras a esa mujer, ¿serías capaz de dejar tu negocio de vinos?

—No —empezó a reír—. Esa es mi pasión, me viene de mi padre, la verdad. A él los hoteles no le interesaban, pero sí los vinos. Yo tengo esa misma afición y quise hacer eso que mi padre tanto habría disfrutado.

—Los echas de menos —afirmé, pues se notaba por cómo hablaba de ellos.

—Cada día que pasa. Es como si no hubieran pasado veinte años desde entonces.

—Seguro que están orgullosos de ti, allá donde estén saben que estás cumpliendo tu sueño, además del de tu padre.

En ese momento miré hacia la entrada y vi al último hombre que pensaba que me encontraría esta noche aquí.

*Paul* acababa de llegar junto a dos hombres, por la cara que tenía no estaba especialmente contento de verme allí, y mucho menos con el acompañante que iba a disfrutar del vestido que había enseñado en *Facebook*.

Sus ojos iban de mi acompañante a mí a cada poco tiempo, estaba de lo más enfadado y si le tuviera más cerca sería capaz de escuchar cómo le chirriaban los dientes, porque tenía la mandíbula completamente apretada.

Nos llevaron hasta la mesa, ya que iban a empezar a servir la cena y vi que *Paul* estaba a solo un par de mesas de mí.

Genial, más controlada me iba a tener.

*Michael* era de lo más atento, simpático y me hacía reír, al punto de conseguir olvidarme de quien me observaba cada vez que tenía ocasión.

Me estaba poniendo nerviosa y necesitaba despejarme, así que, en cuanto acabamos con el postre, me disculpé con mi acompañante y la otra pareja con quienes nos habían sentado y fui al cuarto de baño.

Entré, me apoyé en el lavabo cerrando los ojos y cogí aire, ese que me faltaba desde que había visto llegar a *Paul*. Escuché que se abría la puerta y poco después un *click*. Me giré y...

—¿Qué haces aquí? —pregunté al ver a *Paul* apoyado en la puerta.

—Eso quiero saber yo, ¿qué haces en esta cena?

—Me han invitado —contesté, puesto que para mí era primordial que nadie supiera para quién hacía un servicio. La privacidad de mis clientes estaba por encima de cualquier otra cosa.

—No me lo puedo creer, toda la puta semana esperando que me llames y no recibo ni un mensaje. Eso sí, fotos has subido todas las del mundo. Creí que ese vestido, que esta noche, sería para acompañarme a mí, pero veo que no.

—*Paul*, hice mi trabajo, de sábado noche a lunes por la mañana. Se acabó, no había más días en ese contrato.

—¿Quién es tu cubanito bello? —preguntó, apartándose de la puerta y dando un paso hacia mí.

—¿Qué te importa?

—Mucho, me importa mucho. Te lo dije, soy un cliente, pero jamás uno más.

—Sí, eres uno más, *Paul*. Eres un empresario más que me contrata a través de una página *web*, que requiere mis servicios para una cena y que, no sé por qué, en el contrato pide que pase todo el fin de semana con él, pero no me pide que follemos, como harían otros clientes.

—Porque no quería follar contigo por dinero, pero si ese es el caso y se trata de eso, pon un precio, que te llevaré esta noche a la mejor *suite* del hotel.

—Ya tuviste tu momento, si quieres que te vuelva a acompañar a una cena, no tienes más que contratarme de nuevo. Ahora, si me disculpas...

Intenté salir del cuarto de baño, pero no me dejó. Me cogió por la cintura, pegándome a la pared y dejándome entre esta y su cuerpo. Cerré los ojos mirando hacia un lado, no quería mirarlo a la cara.

El calor que emanaba de él era como si me fuera a quemar a mí. Quería separarme, que se alejara, joder lo necesitaba.

Noté que su mano entraba por la apertura del vestido y me acariciaba el muslo.

—Me mata verte con otro hombre, no puedo ni quiero verlo —murmuró cerca de mi cuello—. Si es un cliente... Saber que esta noche puede poner las manos sobre ti, que va a besar tu cuello —dijo antes de besarlo él—, que gemirás en su oído mientras te penetra, que le entregarás esos orgasmos que quiero para mí —seguía susurrando mientras subía la mano y entonces, lo noté—. Pensar que sea otro quien te toque de esta forma, que te contemple desnuda en la cama y te haga suya, eso me está matando. Me ha quitado el sueño desde hace mucho tiempo, pero más aún, desde que te tuve entre mis brazos durante aquel fin de semana.

No quería gemir, no quería respirar, pero con *Paul* tocándome el clítoris tan despacio, y penetrándome alguna que otra vez con el dedo, estaba poniéndome atacada y, al final, acabé dejando escapar un jadeo.

—Mírame, Andrea. Mírame a los ojos, y bésame —me pidió, con ese tono de voz entrecortada, susurrante y sensual que me excitaba aún más, mientras seguía jugando con los dedos entre mis pliegues—. Andrea, mírame.

Tragué saliva, me armé de valor y lo miré a los ojos. Esos ojos que no había olvidado en toda la semana, unos ojos verdes en los que se veían el deseo y las ganas de besarme.

*Paul* se inclinó, acercando poco a poco su rostro al mío, sabía que quería conseguirlo, que quería besarme, que yo lo besara, pero no podía.

Giré la cara cuando estaba apenas a unos milímetros y no me dio el beso.

—¡Pues sí que eres una puta! —dijo sin dejar de tocarme, consiguiendo que me excitara aún más con los dedos—. Nunca besan en la boca, ¿verdad? Solo follan, y por dinero. Pues te vas a correr, *Andrea*, te vas a correr como nunca antes lo has hecho, y va a ser así, mientras te follo con la mano en el baño de un hotel.

Y lo hizo, el muy cabrón siguió tocándome y llevando su dedo rápidamente dentro y fuera, hasta que me corrí.

Intenté no hacer el más mínimo sonido, pero fracasé, porque no había sido brusco, lo había hecho tranquilamente y mientras me besaba el cuello, hasta que me hizo estallar.

—Voy a reservar una *suite*. Pagaré lo que me pidas y solo querré una noche, solo una noche.

—No voy a ir —dije tratando de aguantar las lágrimas, puesto que no sabía por qué me estaba doliendo tanto que me dijera que solo quería una noche. En el fondo era como todos, un polvo y ya está.

—¿Qué clase de mujer de compañía eres que no acepta dinero por una noche de sexo? Cualquier puta, de lujo o no, estaría deseando mandar la cena a la mierda para irse a cobrar un dinerito por un polvo.

—No soy la clase de puta que crees, ya te lo dije.

—Sí, eres muy selectiva. Debe ser que para follar no te valgo, como tu cubanito bello, o como el que está en la mesa esperándote, pero para hacer que te corras y te derritas en mi mano como mantequilla, sí he sabido hacerlo.

—*Paul*, no sigas... —le pedí, porque no sabía por qué estaba siendo así.

—Solo digo la verdad, *Andrea*.

—¿Quieres la verdad? —pregunté mirándolo y dándole un empujón con ambas manos que no esperaba e hizo que se apartara—. El cubanito bello es mi amante, ¿contento? Sí, me lo follo cada noche, o cada tarde, siempre que puedo o que él me busca. ¿Y el hombre que me espera en la mesa? No te importa una mierda quién es o deja de ser, pero sí, me lo voy a follar esta noche, una, dos, tres o las veces que sean porque, ¿sabes qué? Me atrae, me gusta, me ha hecho pasar una gran cena y me ha dicho que la noche no acaba aquí, que me va a llevar a su apartamento, no a una maldita *suite* de un hotel de cinco estrellas o un hotel rural, no. ¡A su apartamento!, para follarme en la cocina, en la cama, el sofá, incluso en la terraza climatizada que tiene. Porque no soy una puta más, para nadie soy solo una puta más.

Vi la rabia en sus ojos, la furia, el momento exacto en el que le cambió la cara y cómo apretaba la mandíbula. Estaba enfadado y mucho.

No dijo nada, simplemente salió del cuarto de baño como si el solo hecho de estar ahí le quemara.

Una vez sola, grité, lancé todo lo que había en el lavabo al suelo y lloré como una idiota, hasta que me centré en dónde y con quién estaba. Me recompuse, me adecenté y salí disimulando como si no hubiera pasado nada, regresando de nuevo al salón donde *Michael*, me recibió con una sonrisa y un beso en la mejilla.

Miré hacia la mesa de *Paul*, en la que estaba con esos dos hombres con los que había llegado, y me miraba con esa misma rabia que tenía en el cuarto de baño.



Así se pasó *Paul* el resto de la noche, con esa rabia en los ojos mientras bebía una copa tras otra, sin dejar de mirarme, hasta que llegó la hora de marcharnos.

*Michael* me ayudó a ponerme el abrigo, me ofreció su brazo y salimos de allí ante la atenta mirada de *Paul*, que no me quitaba ojo.

El chófer nos esperaba fuera, subimos al coche y me llevaron de vuelta a mi apartamento.

—Ha sido una velada muy agradable, muchas gracias, *Michael* —dije, acercándome a él, para darle un beso en la mejilla, puesto que me había visto distinta a la vuelta del cuarto de baño y procuró hacerme sonreír.

—Soy yo quien te lo debería agradecer, has hecho que la cena fuera un poco menos tediosa que de costumbre.

—Es mi trabajo —contesté encogiéndome de hombros.

—Volveré a ponerme en contacto contigo, me gustaría que me acompañaras al resto de cenas, siempre que puedas, claro está.

—Dime cuándo y dónde son, y lo miro. Buenas noches *Michael*.

—Buenas noches, Andrea.

Salí del coche y caminé hasta mi edificio llorando, y es que era idiota. ¿Qué me pasaba con *Paul*? No me entendía a mí, pero mucho menos a él.

—¿Todo bien, Andrea? —preguntó *James*.

—Sí, solo es cansancio. Buenas noches.

—Buenas noches.

Entré en mi apartamento, me desnudé y me metí en la cama únicamente con el tanga.

Ni siquiera tenía ganas de ponerme el pijama, solo quería llorar y llorar.

El domingo amaneció, pero yo no tenía ánimos para nada, nada en absoluto. Sonó el timbre y me costó la misma vida levantarme. Seguía desnuda, apenas con el tanga de la noche anterior, así que me puse una bata y fui a ver quién era.

—Pero, ¿y esa cara de muerta viviente que me llevas? —preguntó *Luka*, entrando en mi apartamento, y como hice la noche anterior, lloré de nuevo— Andrea, ¿qué te pasa? En la vida te he visto así, despeinada, con los churretes de rímel por la cara, los ojos rojos y con estos lagrimones.

—Me muero.

—¿Qué dices?! —gritó apartándome de él y mirándome con los ojos más desencajados que nunca— ¡Ay, por Dios! No, no, ¡no! No me digas eso, chochona, ¡no me digas eso! ¿Cómo te vas a morir tú? —*Luka* empezó a llorar de tal manera, pegándome de nuevo a él y estrechándome entre sus brazos, con una fuerza que creí que me partía las costillas— ¡Ay, mi Andrea!

—*Luka* —murmuré, buscando aire para respirar, pero no me soltaba, él seguía apretando bien los brazos, qué fuerza tenía el condenado.

—Mi niña, no me puedes dejar, ¿eh? ¡Es que no te lo consiento! —y venga llorar que estaba el pobre.

—*Luka*, ¡suelta y deja que me explique!

—Sí —dijo apartándome y sorbiendo por la nariz—. Sí, vamos al sofá, cariño.

Me secó las mejillas, me cogió en brazos como si fuera una niña pequeña y, tras sentarse él, me colocó en su regazo.

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha dicho el médico? ¿Cuándo has ido qué no me has contando nada?

—*Luka*, tranquilo que estoy bien.

—No, bien no estás, que dices que te mueres.

—Pero no por nada malo, es que anoche...

Le conté lo ocurrido con *Paul* en el cuarto de baño, lo que nos dijimos, el daño que me hicieron sus palabras, que le utilicé a él fingiendo que era mi amante y que por eso me moría, por la pena que tenía.

—¿Por qué no le besé, si era lo que en realidad quería? —pregunté entre lágrimas.

—Porque a veces eres tonta —contestó y le miré con una cara de cabreo, que le habría achicharrado si me saliera fuego por los ojos—. No, no me mires así que sabes que es verdad. Anda, voy a hacer café que ni te lo has tomado. ¿Verdad que no?

—No.

—Si lo sabía yo...

Luka me dio un beso en la frente, fue a la cocina y me quedé ahí en el sofá hecha un ovillo.

Seguía sin ganas de nada, solo quería llorar y revolcarme en la pena, me sentía miserable. ¿Por qué le mentí de ese modo? Con lo fácil que habría sido besarlo y ya está.

Luka volvió poco después con dos cafés y una bandejita con bollos, había salido a por ella a su casa porque yo en la mía no solía tener. Me senté y nos lo tomamos.

De vez en cuando él me abrazaba, no decía nada, solo estaba ahí para mí, como siempre. Hasta que se marchó porque había quedado para comer con *Joy*, me dijo que vendría para cenar conmigo y se lo agradecí.

Fui a la habitación, me tumbé en la cama y cogí el móvil, no debería, lo sé, pero necesitaba ver su perfil, y en qué mala hora lo miré.

*Paul* había subido una foto suya en la que se le veía acostado en la cama, con la ventana y la ciudad de fondo. Había visto esa habitación antes, era la del hotel en el que cenamos la noche anterior.

La frase, no pudo hacerme más daño.

*«Cuando intentas darlo todo, pero la otra parte no lo acepta. Cuando quieres ser más de lo que eres, pero la otra parte no te deja. Te das cuenta que no se puede buscar donde no quieren que encuentres»*

Lancé el móvil sobre la cama, me dejé caer en ella y lloré abrazada a la almohada.

Me levanté para darme una ducha, me puse el pijama y me hice una ensalada rápida para comer. No tenía demasiada hambre.

Vi una película, comedia ponía, pero me pasé las dos horas llorando.

Revisé el móvil y ahí había una nueva imagen de *Paul*. Una taza de café sobre una mesa baja, junto a un CD de música.

*«Caruso tocado por este chelista, era mi favorita. Empiezo a odiarla por lo que significa»*

Claro, y lo que significaba era que la habíamos escuchado juntos en su coche y dije que te hacía sentir cosas. ¿Ahora la odiaba porque me gustaba a mí? ¿Eso quería decir, que me iba a odiar?

No subí ni una foto mía, no tenía ganas ni para eso, pero él sí subió, claro que lo hizo.

Soltaba cada perlita por esa boca dirigida a mí, que me tenía en un estado de nervios constante.

No me nombraba, no mencionaba mi nombre, pero cuando en la última que vi antes de que llegara Luka leí lo que había puesto, terminó de romperme el alma.

*«Te muestras fría, dura y con una coraza alrededor de eso que llamas corazón, y que no dejas que nadie traspase. Y lo eres, has demostrado que lo eres»*

Luka llegó cuando toda yo, era un mar de lágrimas, me abrazó y consoló hasta que me calmé. Le enseñé todo lo que había ido subiendo *Paul* y se quedó sorprendido, tanto o más que yo.

—Venga, vamos a preparar una buena cena y a olvidarnos del día, ¿sí?

Me besó en la frente y me llevó de la mano hasta la cocina, iba a coger el móvil y me lo prohibió, así que durante el resto de la noche no miré nada.

Vimos una peli, me dejó en la cama y se marchó a su apartamento.

Y, como había estado haciendo todo el día, volví a llorar una vez más.

## Capítulo 9



Morir directamente, yo me quería morir, me costaba levantar el cuerpo de la cama y solo quería seguir llorando, como me acosté la noche anterior y es que no entendía cómo me podía estar pasando eso.

Me levanté y fui al baño, cuando me miré en el espejo vi el dolor reflejado en él, unas bolsas en los ojos que hacía mucho que no tenía.

Llené la bañera y me metí en ella con un cigarro y un café, mi cabeza iba a mil y lo peor de todo, es que sentía una presión en el pecho que jamás había sentido.

Salí, me puse unas mallas y una camiseta y me fui a casa de Luka, cuando abrió se puso las manos en la boca al ver mis bolsas en los ojos y la cara que llevaba.

—¿Aún sigues así? —dijo con tristeza, arropándome en sus brazos.

—No puedo te juro que no puedo, me siento tonta, idiota y aún no me atrevo ni a mirar el *Facebook*. Sé que cualquier cosa que vea me va a afectar mucho más.

—Ayer él, se pasó un poco, se notaba la rabia que lleva dentro, pero no tenía derecho a ello. Joder te contrató para el fin de semana, ¿qué pensaba, salir casado de allí? Tiene una vida que estoy seguro de que solo busca el placer y como no se lo has dado está como un toro de Miura.

—Me piro, no tengo ganas de nada, me voy a mi sofá.

—¿No quieres un café?

—No, me lo tomo allí.

—En un rato voy a verte.

—Vale.

Me fui directa a hacerme otro café, sabía que aquello no ayudaba, pero bueno, tampoco es que me importara ahora mismo nada.

Me senté con la taza en el sofá y la puse sobre la mesita, quería ver si había puesto algo de nuevo en el *Facebook*, y claro que lo puso.

Salía una imagen de una taza de café en el ventanal de una cafetería y los copos de nieve cayendo.

*«Hay corazones tan vacíos, que por eso no son capaces de endulzarse con estos emotivos días que van llevándonos hasta la Navidad»*

Dios mío, no paraba de hacer daño, de machacarme. ¿Qué quería de mí? Vale, no le di el beso, le jodió verme con el cliente, pero eso no le daba derecho a machacarme de esa manera tan cruel.

Me tiré un selfi, sin filtros, sin nada, con las bolsas de los ojos que se notaban a leguas y con el rostro de dolor que no se podía disimular, la subí con un texto.

*«Así me querían ver, pues así estoy, felicidades. No solo tienes poder, dinero y todo lo que te propones, también tienes el don de hacer un daño innecesario»*

No tardaron en comenzar a aparecer comentarios tipo de que la gente era muy mala, que no

estuviera así por nadie, me preguntaban qué me pasaba y otros ponían directamente verde al causante de aquel dolor que transmitía.

Después me arrepentí de subirlo, pero no lo quité, lo había puesto porque lo sentía y ahí se iba a quedar.

Un rato después apareció Luka por mi casa, me volví a tirar en el sofá, él preparó dos tazas de té y se sentó a mi lado.

—No deberías haber puesto eso en el *Facebook* —me dijo con tristeza.

—Lo sé, pero me cogió con rabia y mal, y ya está hecho.

—Vais a empezar una guerra sin que haya nada entre vosotros, no deberías de entrar a sus provocaciones —me agarró la mano y la apretó.

—No entiendo nada, no sé qué quiere de mí, solo me contrató.

—Lo viviste como si de un cuento de princesas se tratara.

—Solo me faltó para ser la *Pretty Woman*, me llevara de *shopping* y que ahora apareciera por la puerta a lo *Richard Gere* con un ramo de flores.

—Lo veo más a lo oeste con dos escopetas y disparando para todas partes, mira lo que puso ahora el susodicho —me enseñó un post de *Paul*.

—No me lo puedo creer... —Me puse la mano en el pecho. Una imagen de él en medio de dos chicas, modelos, que le besaban un lado de la cara cada una— ¡Será tonto! Y dice que no puede estar mejor rodeado, qué rabia tengo, no lo entiendo y encima el sábado coge y me hace tener un orgasmo en el baño. ¡Desgraciado!

—Bueno, ya no miramos más su *Facebook*, que le den, que se vaya a jugar con otra.

—Y me llamó puta —dije con tristeza.

—Bueno, el hombre no te iba a llamar doctora —me causó un ataque de risa.

En ese momento me llegó un correo con una cita para el fin de semana.

—Es un cliente que hace tiempo que no me solicita, lo tengo desde hace dos años. *Matthew*, este va a por sexo directamente, me pide pasar una hora con él, tenerme a su disposición, vamos que me va a poner fina —negué riendo—. Y la suma que paga no es para pensarlo, es muy guapo y quiere que nos veamos esta noche.

—Pues dale una alegría para el cuerpo —dijo mientras seguía leyendo.

—Quiere que sea en el *Club* “Las delicias” —lo miré carraspeando.

—Ese que te preparan y te pasan a una habitación, ¿dónde te puedes ver involucrada en un trío u orgía?

—Sí —reí incrédula—, pero solo me contrató para él.

—¿Vas a ir?

—Sí, es mucho dinero y es un cliente *VIP*, que me manda grandes clientes. No puedo negarme, además, ya estuve en el *club* con él una vez y aunque terminé agotada, fue muy excitante.

—Pues listo, dale alegría al cuerpo.

Ese día me lo pasé ya sin mirar el *Facebook*, no quería llorar, no quería estar demacrada para esa noche, así que me puse a cocinar, a distraerme con cosas y por la noche me preparé para la cita.

## Capítulo 10



Cogí un taxi y me dirigí al club, rápidamente me hicieron pasar al salón donde *Matthew* vino hacia mí, copa en mano, a saludarme felizmente.

Me besó la mejilla, agarró mi mano y me llevó a la barra a tomar una copa de vino.

El ambiente allí era exclusivo, todo en tonos oscuros con una leve luz, había chicas tomando algo con dos o tres hombres con los que luego pasarían a una sala donde comenzarían los juegos eróticos.

—Pensé que no podrías al decírtelo tan precipitadamente.

—Hay días entre semana que no suelo trabajar —sonreí.

—Estupendo, genial —chocó su copa con la mía.

Estuvimos un poco charlando y tomando el vino, bueno, yo me bebí dos, porque quería entrar un poco entonada.

Un poco después una chica vino y me pidió que la acompañara, yo ya conocía cómo iba aquello, aunque por lo que me había contado *Matthew*, pero sabía que ella iba a tratarme bien y me prepararía a gusto del cliente.

*Matthew* me hizo un guiño y le apreté la mano en señal de que en un momento nos veríamos.

En ese *club* había unas normas de limpieza tanto vaginal como anal, esa chica era la encargada de que se cumplieran, así que fuimos a un baño privado donde se quedarían mis cosas y donde me desnudaba y salía nuevamente aseada y solo con una bata de seda para la habitación que tuvieran reservada.

La chica era muy simpática, me pidió que me quitara la ropa y luego me apoyó boca abajo sobre el lavabo, metió una cánula fina por mi culo para soltar el líquido, me hizo esperar un poco y luego lo expulsé en el váter, me sequé, me hizo levantar y lo limpió con cuidado por fuera con unas toallas especiales.

Luego se puso un gel en los guantes de látex y metió un dedo en mi vagina para esparcirlo y dejarlo a punto.

—Listo —sonrió dándome la bata.

Me la puse y la seguí hacia la sala que estaba oscura, solo con la luz de dos velas, me hizo quitar la bata y me puso un antifaz sobre los ojos.

—No tardará en llegar —dijo antes de salir por la puerta.

Y no tardó en llegar...

Lo sentí entrar y me dio un apretón en el culo, yo estaba de pie en medio de la sala, luego lo escuché poner cosas sobre la mesa, a pesar de esa música que sonaba de forma bajita, sabía que se estaba poniendo cómodo.

En ese momento me vino *Paul* a la mente, quería hacerlo como si de él se tratara, sentir que era el que me tocaba. Era idiota, pero necesitaba creerlo para dejarme llevar por aquella situación,

estaba tocada y hundida, estaba arrepentida de haber ido a esa cita.

Sus manos comenzaron desde atrás a acariciar mi entrepierna, intenté relajarme, ya que estaba notando que me estaba dando un poco de ansiedad, y es que no podía, no podía, mi mundo había cambiado por culpa de ese hombre que no tenía derecho a nada.

Toco mi zona apretándola entre sus manos y se apartó, luego me ayudo a ponerme mirando a una especie de tabla tipo repisa, para que apoyara mis manos, con un gesto de estas, me indicó que las abriera.

Cogió una silla y se sentó tras de mí, cogí aire porque no sabía qué hacía ahí, pero ya solo me quedaba dejar que pasara esa hora lo antes posible e irme, quizás por ahora sería el último contacto sexual que tendría con alguien.

Me levantó las caderas y echó mi espalda hacia abajo, dejé la cabeza caer entre mis manos y me apoyé sobre ellas. ¿Era lo que quería? ¿De verdad tenía necesidad de eso? Estaba rayándome en ese momento y solo quería que pasara esa puta hora.

Apretó mis nalgas con los dedos pulgares por dentro de estas, solté el aire, me dije mil veces que me relajara y disfrutara, ya estaba ahí y tenía que hacerlo.

Uno de sus dedos apretó un poco en la entrada de mi culo, resoplé con fuerzas, no estaba yo para mucho jaleo, pero ya era demasiado tarde.

Dejaba que jugaran ciertos clientes por ahí, pero jamás que me penetraran, nunca lo había hecho y no lo iba a permitir, no es que me negara a ello, pero no estaba entre mis opciones, solo un poco de jugueteo con sus dedos y ya.

Dos de sus dedos de la otra mano fueron directos a mi vagina, los metió directamente y tiró hacia él, volví a soltar el aire mientras por el otro lado seguía jugueteando con su mano.

Luego me hizo girar y apoyarme sobre la barra, cogió mi mano y la puso en mi clítoris, con eso me estaba ordenando que me tocara para él.

Lo hice, pero juro por mi vida que debajo de aquel antifaz se me estaban escapando algunas lágrimas. Su boca se puso entre mis piernas a la vez que me tocaba, su lengua me lamía el sexo y metía los dedos de forma directa, sin tregua, me excitaba, pero a la vez sentía rechazo, me sentía mal, asquerosa. Jamás había tenido aquella sensación tan fea que ahora me estaba machando.

Llegué a un orgasmo mientras pellizcaba mis pezones y jugueteaba con mi zona baja, se levantó y me echó sobre él para que me repusiera. Aquel olor me era conocido, una sensación extraña me recorrió el cuerpo, levanté la cabeza sin pensarlo y me quité el antifaz sin previo permiso de su parte y sin importarme nada, tenía una corazonada y no iba a quedarme quieta.

Y se hizo real eso que pensé, ahí estaba *Paul* y no el cliente. No me lo podía creer, lo miré con odio, con asco y sin mediar palabra le di una hostia a mano abierta, ni me puse la bata, corrí al servicio donde estaba mi ropa, me vestí llorando y salí de allí pitando sin decir adiós a nadie y ante todos los ojos que me miraban.

Me subí en uno de los taxis que había en la puerta y *Paul* apareció intentando frenarme, pero le dije al taxista que arrancara, no quería hablar con él. Aquello había sido lo más asqueroso que me podía haber hecho, engañarme de esa manera y el otro cliente, ese estaría vetado para siempre por habérmela jugado...

Llegué a casa llorando, me senté en el sofá incrédula, me daba asco a mí misma, sentía que me habían clavado puñales por la espalda y me daba rabia que *Paul* hiciera eso, y encima el cliente... En fin, lloré desconsoladamente hasta que me quedé dormida.

Por la mañana cuando me miré al espejo daba pena, todo el maquillaje que no me quité la noche anterior esparcido por la cara, las bolsas de los ojos hinchadas, me duché y me fui para casa de

Luka a buscar consuelo.

Se puso las manos en la boca al verme entrar y me abrazó, me senté con él a tomar un café y le conté lo sucedido. Estaba alucinando, no daba crédito a lo que yo le estaba contando y en su cara se reflejaba ese asombro.

Estuve con Luka toda la mañana y me juré que no miraría de nuevo el *Face* de *Paul*, es más, él me cogió el móvil y desactivó para que no me llegaran notificaciones, además cerré la sesión y me prometí a mí misma que no entraría en una temporada.

Tras comer con él me fui a descansar un rato, me tumbé en el sofá y me dije a mí misma que aquello era una locura, que solo era un cliente, uno que sin derecho me jodía la vida aprovechando que desde que lo vi, se convirtió en mi debilidad.

Dormí, estaba tan agotada mentalmente, que caí en un profundo sueño y me levanté a las ocho de la tarde.

Llovía a cantaros, me tomé un caldo mirando por la ventana, luego me tumbé a leer un libro, era la primera vez en mi vida que lo hacía en cuatro horas, pero esa novela me enganchó de una forma brutal y me lo devoré sin parar.



## Capítulo 11



Estaba lavándome la cara para ir a casa de Luka a desayunar, cuando llamaron al timbre, eso era telepatía y lo demás eran tonterías.

Fui a abrirle con esa cara de alma en pena que me llegaba al suelo y cuando levanté la cara...

No me lo podía creer, era *Paul* y yo no sabía ni qué decir, si cerrar la puerta de un portazo, si dejarle pasar, si reír, llorar, estaba en *shock* y no salía de mi asombro.

El caso es que él me miraba y tampoco reaccionaba, iba con un chaquetón polar precioso en color azul marino, unos vaqueros ajustados y unas botas de montaña, encima el desgraciado estaba guapo con todo lo que se ponía.

—¿Me invitas a un café? —dijo con tono pacífico.

—No —murmuré sin gesticular, sin salir del asombro y sin reaccionar.

—Déjame pasar, por favor.

—No — mismo tono, mismo *shock*, hasta él se estaba dando cuenta y es que yo todo lo veía a cámara lenta, no podía ni moverme.

—¿Estás bien? —preguntó agarrando con delicadeza mi hombro.

—No —comenzaron a caer lágrimas por mis mejillas y no era capaz ni de levantar el brazo para secármelas.

—Andrea —dijo preocupado agachando su cara frente a la mía—, vamos a pasar por favor.

Me agarró con cuidado por los dos hombros y me metió hacia dentro, a la barra que separaba la cocina del salón.

Sabía lo que me estaba pasando, no me volvió a pasar desde hacía muchos años, pero de pequeña cuando me saturaba, o estresaba y no podía más, entraba en *shock* y me bloqueaba por momentos durante un buen rato y luego reventaba a llorar, quería reaccionar, pero no podía.

—Andrea —se apoyó en el taburete y me puso mirando hacia él, mientras secaba mis lágrimas, yo seguía con la mirada ida—. Me estoy preocupando, ¿has tomado algo que no debías?

Mis lágrimas caían más a borbotones, él las secaba con los dedos y me abrazó fuerte, yo seguía inmóvil, sin reaccionar y...

No recordaba nada más, solo que abrí los ojos un rato después y estaba con dos doctores en lo que parecía ser un hospital.

—Andrea, hola —dijo uno de ellos y lo miré sin entender nada.

A mi mente vino la crisis que me había entrado en casa, comencé a recordar que *Paul* estaba ahí...

—Sufriste un desmayo, hemos sacado tu historial y creemos que has tenido un cuadro de estrés. No te preocupes que estás en buenas manos, solo dime si entiendes lo que te estoy diciendo.

—Sí —contesté casi sin fuerzas.

—Tenemos que dejarte aquí unas horas en observación, solo quiero que nos diga si el *shock* que

nos cuentan que entraste fue por alguna coacción, amenaza, agresión o algo en lo que podamos ayudarte.

—No —eso me salió más fuerte y por mi cara sabían que estaba diciendo la verdad.

—Vale, tienes que estar tranquila, pasaremos en un rato, ahora haremos pasar a tu acompañante.

No dije nada, mi acompañante ¿Luka, *Paul*? Mi cabeza seguía lenta.

Entró *Paul* mientras le daba las gracias a los doctores que se iban, se acercó a mí con esos ojos de preocupación, se quitó el chaquetón que colgó sobre la silla, se sentó al borde de mi cama, frente a mí, y cogió mi mano.

—Me has dado un susto de muerte —dijo con gesto bromista arqueando la ceja.

Lo miré y de nuevo mis lágrimas, esta vez estaba mejor, pero sentía un dolor en mi alma increíble.

—No llores bonita, no llores, perdona si te hice daño, si esto es por mi culpa no me lo voy a perdonar jamás. Te juro que todo lo que hice fue sin pensar, desde la rabia, pero espero no ser yo el culpable pues me destrozaría la vida, jamás me perdonaría haber causado un daño así.

No me salían las palabras, no era capaz de decirle todo aquello que se me pasaba por la cabeza, me daba hasta pena verlo pedir perdón así, pero el daño ya estaba hecho y me había tratado como una puta, ni yo me sentí eso jamás a pesar de haber prestado servicios.

Acariciaba mi mano con mucho cariño, me miraba y luego perdía su mirada tras la ventana de la habitación, no me sonaba ese hospital y me di cuenta de que era uno de los suyos, privado, cuando entró un médico que venía a saludarlo especialmente a él, luego me saludó y sonreí tras esa tristeza.

—Es amigo mío, de pediatría, este es un buen hospital, te quise poner en buenas manos —dijo cuando el médico se marchó.

Yo miraba por los cristales y no le contestaba, así estuve bastante tiempo, luego volvieron los médicos y él salió.

Ya podía contestar a todo lo que me decían y me senté y todo, estaba mucho mejor, me dijeron de quedarme hasta el día siguiente, pero me negaba, sabía lo que me había pasado y ahora estaba más relajada.

Me dieron el alta, pero con la condición de que tenía que ir al día siguiente a que me vieran, acepté y salimos hacia fuera, nos montamos en un taxi en silencio y fuimos a mi casa. *James* me miró al verme con esa cara, lo saludé con una triste sonrisa que lo dejó un poco preocupado, lo sabía.

—Coge ropa para unos días que te vienes conmigo hasta el domingo.

—No —dije mirándolo sin entender nada.

—Te lo pido por favor, vente conmigo, deja que te cuide y que conozcas al hombre que aún no conociste, dame la oportunidad.

—No hace falta, de verdad.

—Quiero cuidarte estos días, no te voy a dejar sola.

—No me apetece salir, de verdad.

—Nos quedaremos en mi casa, con la chimenea, tranquilos, prometo no tocarte, no agobiarte, pero dame una oportunidad —imploró agarrando mis manos y con los ojos brillosos—. Te juro que, si en algún momento te sientes mal y te quieres volver, yo te traigo.

En ese momento llamaron a la puerta y sabía que era Luka, fui a abrir y del tirón...

—¿Dónde has estado que te llevo llamando toda la mañana y ahora me enteré de que te habían sacado en...? —Miró a *Paul* y se cayó.

—*Paul* él es Luka, Luka ni que decirte tiene...

—Vengo en otro momento, chochona —me besó la mejilla y se giró haciéndole un gesto con la mano, salió dando un portazo a la vez que se persignaba.

—No era tu amante ni te acostabas con él, no hay que ser muy listo para saber que es un amigo y no le gustan precisamente las mujeres —dijo ahora él, en *shock*. Lo miré y me encogí de hombros —. No te merecías el que yo me portara así contigo, no te lo merecías —decía a punto de lagrimear poniendo una mano sobre su brazo y este con la mano frotándose la cabeza—. Por favor, haz una pequeña maleta y vente conmigo, vamos a comenzar de cero, a conocernos como personas normales, sin cita, sin trabajos, sin nada, no comenzamos con buen pie.

—No creo que sea buena idea.

—Pídeme lo que quieras a cambio, prometo hacer lo que me digas —me agarró de los hombros, implorando.

—Estoy cansada y no me siento bien.

—Por eso, vente conmigo, por favor, déjame cuidarte.

—No tengo la cabeza para pensar ahora mismo.

—Vamos —me agarró la mano y me llevó a mi dormitorio, era fácil de averiguar cuál era, ya que estaba la cama sin hacer—. Mañana quiero ser yo quién te lleve a la revisión.

Y sí, quería irme con él y comenzar de cero, sentía algo fuerte que no sabía ponerle nombre y no quería estar en una guerra que me estaba haciendo tanto daño. Nos debíamos una conversación desde la tranquilidad, así que accedí sin decir nada y preparé una maleta de mano con ropa para unos días, sobre todo, cómoda para estar por casa y alguna por si salíamos a comer o algo. No sabía los días que iba a estar allí, lo mismo al día siguiente me venía porque nos estábamos matando, pero me iba, quería pasar esos días como decía él, dándonos la oportunidad de conocernos desde otra perspectiva.

Preparé todo y me vestí, al hospital fui en pijama, lo bueno es que *Paul* estuvo listo y me cogió para la salida un abrigo largo.

Salimos y le dije que esperara un momento, llamé a la puerta de Luka que se asomó y comprobó que estaba con *Paul* y se metió para dentro un poco poniendo cara de terror, le dije que me iba unos días con él, y que ya lo llamaría.

Me ponía caritas graciosas y negué sonriendo, le di un beso, se asomó y le dijo adiós con la mano, el pobre se quedaría todo intrigado, luego le escribiría poniéndolo al día de todo.

## Capítulo 12



Fuimos a la 5ª Avenida en su coche, lo metió en el garaje de un edificio de lo más lujoso en pleno *Manhattan*.

Cogió mi maleta y entramos directos al ascensor que nos llevó a la planta número treinta, vamos que vivía bien alto.

—Este es mi apartamento, también tengo una casa a las afuera de la ciudad donde podemos ir a pasar el fin de semana.

—Tranquilo, yo estoy bien en cualquier sitio — por fin pronunciaba varias palabras seguidas.

—Ven —llevó mis cosas a su habitación y abrió el armario donde había varios huecos para que pudiera colocarlo todo ahí.

A ver, para que os hagáis una idea, no es que fuera un apartamento como el mío, es que el suyo era cuatro veces el mío, su habitación tenía una pared gigante donde todo era un armario empotrado en blanco, por supuesto un enorme baño en su habitación, dos más en cada habitación que tenía y un salón impresionante, chimenea en este y en su dormitorio. Increíble es poco y si hablo de la cocina, aquello era como una isleta en el centro y todo el alrededor barra, los muebles por debajo, nada de colgando.

Un apartamento de esos a los que pocos pueden acceder.

Coloqué mis cosas y salí al salón, estaba comenzando a oscurecer ya que había pasado algunas horas en el hospital, me dijo que me duchara relajadamente y me pusiera cómoda, él iba a cambiarse y a preparar la cena.

En la ducha rompí a llorar, estaba como bipolar, ahora sentía culpabilidad de haberme venido con él, pero por otro lado era donde deseaba estar en esos momentos, era como el que me hacía llorar y la vez calmaba mi dolor.

Acabé y me puse un pijama fino de algodón de manga corta, hacía calor en la casa con la chimenea, él estaba en la cocina también con un pantalón de chándal y una camiseta blanca.

—¿Mejor?

—Bueno, ahí voy —respondí mientras se acercaba y me daba un abrazo.

—¿Me vas a perdonar?

—Sí, tranquilo, espero que enterremos el hacha de guerra —puse cara de tristeza mientras me apretaba contra él y besaba mi frente.

—Lo de ayer sé que fue una canallada por mi parte, aunque prefería ser yo el que te tocara.

—No quiero hablar de eso —se me hacía un nudo en la garganta.

—Está bien —volvió a besarme con fuerza.

Estiré las manos y lo rodeé por la cintura, necesitaba estrujarlo contra mí, apretarlo tan fuerte que lo traspasara, esa maldita sensación de sentirme bien solo a su lado.

Estuvimos abrazados un buen tiempo hasta que se tuvo que poner a mover la sopa sonriendo,

eso sí, sin soltarme, no dejaba de besar mi frente.

Nos sentamos a cenar en la cocina, desde ahí se veía también la chimenea, esa que daba una paz increíble, él estaba súper atento, detallista, con mucho tacto, sin quererme agobiar.

La cena estaba deliciosa, cocinaba muy bien, la sopa llevaba huevo duro y verduritas además de arroz, encima unos crujientes de queso que estaban riquísimos.

Tras esta nos fuimos al sofá, era grande, espacioso, en color blanco, como la manta que echó sobre nosotros, además trajo una almohada grande, me pegó a él de espaldas, me tenía abrazada mientras mirábamos al fuego y me acariciaba la barriga.

Se hizo un rato el silencio entre nosotros, mirando al fuego, entre esas caricias que para mí suponían mucho más de lo que creía que él podía llegar a imaginar, así fue como nos quedamos dormidos, en un silencio donde las palabras sobraban.

Por la mañana lo noté levantarse y sonrió al ver que yo hacía lo mismo.

—Buenos días, preciosa, ahora mismo te preparo el desayuno.

—Buenos días, *Paul* —estiró la mano y yo la agarré para levantarme, me acercó a él, que me cogió en brazos besando mi cuello y me llevó hasta la cocina para sentarme sobre una parte de la barra.

—No te muevas de aquí que te vigilo —decía mientras cogía de todo para prepararlo.

—¿A qué hora es la cita?

—Cuando desayunamos vamos, no dijeron hora, solo por la mañana.

—Yo me encuentro bien, ¿y si llamamos?

—No —arqueó la ceja mirándome—, iremos un momento que no vamos a tardar nada.

—Vale —dije conformándome, pero no tenía ganas de ir.

Desayunamos en la cocina entre sonrisas y miradas, parecía que había armonía entre nosotros, por fin esa maldita normalidad después de habernos tirado los trastos y putearnos de mil maneras.

Me vestí de espaldas a él, a pesar de ya conocer mi cuerpo, pero me daba tanto pudor que me viese, que no podía con eso, tenía demasiados sentimientos encontrados con él.

Bajamos al aparcamiento en el ascensor y nos montamos en el coche, durante el trayecto íbamos en silencio y él acariciaba mi mano.

Nos atendieron enseguida, el médico me hizo unas preguntas y me tomaron la tensión, en nada salimos de allí y me recetó unas pastillas por si me volvía a dar ese ataque de ansiedad que me bloqueaba, esperaba que no las tuviera que usar jamás.

Salimos de allí y nos fuimos a un centro comercial a comer, a un restaurante de carnes a la brasa que era muy bonito, no lo conocía. Nos tomamos un vino y estuvimos charlando más amigablemente, no dejaba de pedirme perdón por todo, yo le dije que me mató que me tocara de esa manera, sin mi permiso, llegando a un acuerdo con alguien.

—No quiero que nadie te ponga una mano encima jamás, yo te pagaré lo que pierdas ese día, pero no quiero por nada del mundo que nadie lo haga —dijo con un tono casi de súplica.

—No me tienes que pagar nada, pero no lo haré jamás, esto me dio un zarandeo que me hizo recapacitar sobre muchas cosas, no volveré a tener sexo por dinero —respondí con tristeza.

—Me alegro, pero hablaremos de esto tranquilos, ahora debes de ponerte bien y no pensar, no te quiero volver a ver en la vida así, me he llevado un susto que jamás había tenido de ese calibre —acariciaba mi mano por encima de la mesa—. Ahora vamos a ir a mi apartamento, recogemos las cosas y nos vamos a mi casa de las afueras, verás qué bien se está allí.

—Vale.

Eso hicimos, recogimos las cosas para trasladarnos a su casa, aquella que estaba apartada del

bullicio.

Antes paramos en un super para comprar bastantes provisiones y no tener que salir esos días, estaba viendo a un *Paul* más humano, más sentimental, más relajado y eso me daba una tranquilidad bastante grande.

## Capítulo 13



Cuando llegamos a la casa me quedé alucinada. Era preciosa, de ladrillo blanco y todo el alrededor de la casa con grandes piedras negras, igual que el tejado.

Era de una sola planta, pero realmente grande. Vamos, que, si de su apartamento sacaban cuatro mío, de aquí...

De esta casa salían dos apartamentos como el de *Paul*.

Cruzamos la puerta de entrada y fuimos por un camino de piedras, cubierto por la nieve, hasta una zona que tenía habilitada como garaje, donde cabrían unos cinco coches. Supongo que aquí debía de dar unas buenas cenas con amigos, porque sitio tenía más que de sobra.

—Bienvenida —dijo cuando paró el coche.

Salió y tras abrirme la puerta cogió nuestras cosas y fuimos hacia la casa.

Me encantaba el exterior que nos rodeaba, todo nevado, árboles, arbustos y algunos parterres de flores bordeando la casa y el camino desde la puerta de entrada.

Estaba embobada mirando.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó cogiéndome la mano para llevarme hacia la puerta.

—Sí, es muy bonito, y con esta nieve, mucho más.

—Entonces espera a ver el interior.

Nada más entrar nos recibía un *hall* amplio con algunos cuadros, jarrones y figuras. Caminamos un poco y vi tres puertas, la de la izquierda resultó ser la cocina, que por sus dimensiones parecía más la de un restaurante que la de una casa.

—Me gusta cocinar, me relaja, y si es con bastante espacio, mejor —dijo a mi espalda.

Azulejos blancos y azul claro en las paredes, baldosas blancas, electrodomésticos de acero y muebles en madera lacados en un gris muy clarito. Una enorme isla en el centro que además de ser donde estaba la vitrocerámica, la parte de enfrente hacía las veces de barra para el desayuno o comer.

Además, tenía un ventanal que regalaba las maravillosas vistas del jardín. Preciosa, esa era la palabra.

Me llevó de la mano hasta la puerta de enfrente, que no era otra cosa que el salón. Bueno, salón no, el pedazo de salón, que allí se podría hasta patinar si querías.

Paredes forradas con paneles de madera, suelo de tarima, muebles de madera de roble, un par de ventanales desde el suelo hasta el techo con cortinas blancas, una gran mesa con diez sillas en la zona de comedor y, lo que más me gustó de todo, una gran chimenea de esas que se ven en los castillos o casas antiguas de las películas, en las que cabe una persona de pie, vaya.

Me acababa de enamorar de esa chimenea. Lo que daría por pasar los fines de semana tumbada frente a ella, bajo unas cuantas mantas.

*Paul* continuó la visita guiada por la casa llevándome por la tercera puerta que daba a un

pasillo en el que había tres habitaciones, todas grandes, como de matrimonio, bien equipadas con armario empotrado y cuarto de baño propio. Otra habitación, un poco más pequeña, que resultó ser un despacho con algunas estanterías llenas de libros, y una última puerta que no era otra que la habitación principal.

Cama extra grande, como la del hotel rural donde pasamos ese primer fin de semana juntos, un vestidor completo, con un par de sofás en el interior donde sentarte para poder ponerte los zapatos cómodamente, cuarto de baño con ducha e hidromasaje y una chimenea más pequeña, como la que tenía en el apartamento.

Todos los muebles en madera de roble, como el resto de la casa, y al igual que en el salón. En el resto de habitaciones, altos ventanales desde donde se contemplaba el exterior.

—Puedes poner tus cosas en el vestidor —me dijo llevándome hasta él.

Asentí y entré a colocar lo que había cogido para pasar esos días, mientras él hacía lo mismo con sus cosas en el otro lado del vestidor.

Madre mía, si era del tamaño del dormitorio que yo tenía en casa. Si Luka viera esto...

Sonreí, saqué el móvil y desde la puerta hice una foto cuando *Paul*, salió de él, me miró por encima del hombro y al ver que se la mandaba a Luka, lo escuché reír.

—Tu amante —dijo, le miré y empezó a negar con la cabeza—. Creo que tu cubanito bello preferiría meterme a mí en su cama antes que a ti.

—No vas mal desencaminado, porque cuando le dije que me habías contratado... Es diseñador de moda, el mejor, súper famoso. Pues, ¿te puedes creer que me dijo que debería haberse hecho putillo para ver si le contrataban clientes como tú?

—Soy hombre, pero reconozco que atractivo es. Debe tener a media humanidad suspirando por él.

—Pues sí, tanto mujeres como hombres. Es un rompe corazones.

—Venga, vamos a preparar algo de comida.

Le envié la foto a Luka y no tardó ni dos minutos en llamarme.

—¿Te has ido de tiendas sin mí, pedazo de bruja? —ese fue su saludo cuando descolgué.

—No, bobo, estoy en casa de *Paul*.

—¡Hija de mi vida! ¿Ese pedazo de vestidor tiene en el apartamento?, pero, ¿dónde vive? Si es del tamaño de mi dormitorio, bueno, y del tuyo.

—No, no estamos en su apartamento —contesté riendo.

—¿Te has ido de la ciudad? Es que no me cuentas las cosas, de verdad...

—Calla, que no me dejas hablar.

—¡¡Pero si eres tú la que no habla!!

Empecé a reír porque cuando mi cubanito se ponía en plan madre del alma, me sacaba la mejor de mis sonrisas.

—Me ha traído a la casa que tiene en las afueras. Por tamaño, sacamos ocho apartamentos, así que...

—¡Santa María Madre de Dios! Mira que yo quiero mucho a mi *Joy*, pero chica... ¿Ese hombre no es gay? ¿O Bisexual? Que tú puedes casar con él, que no voy a ser celoso si me tiene de amante.

—¡Luka! —grité entre risas.

—¡Nada, todo para ella! Chochona con suerte y encima avariciosa. Si no te quisiera tanto... Anda, disfruta cariño, que así me gusta escucharte, con esa risa que me encanta.

Colgué y noté que *Paul* me abrazaba por detrás y me besaba el cuello mientras me acariciaba la



barriga.

Cerré los ojos y dejé que me meciera como si estuviéramos escuchando una canción.

—Me muero por besarte, Andrea, te juro que necesito hacerlo —susurró con ese tono de voz que me hacía estremecer—. Vamos a ponernos cómodos y a preparar la comida.

Y eso hicimos, me puse mi pijama de algodón, pantalón largo y camiseta de manga corta, en color rosa y con lunares blancos.

La niña del pijama me llamaba Luka muchas veces, pero a ver, así estaba yo la mar de cómoda.

Él se puso un pantalón de pijama en color gris jaspeado y una camiseta blanca.

La casa tenía calefacción por suelo radiante así que ni me lo pensé, fui descalza igual que él.

Colocamos la compra y *Paul* empezó a preparar la comida, estaba a su lado y mientras él hacía palitos de zanahoria, yo iba cogiendo y comiendo. Me mirara chistándome, fruncía el ceño y yo me encogía de hombros.

Al final le ayudé a preparar las verduras mientras él limpiaba el pescado.

Cuando acabó lo puso a hornear y sirvió una copa de vino para cada uno, fuimos al salón y encendió la chimenea.

Nos quedamos en el sofá tomando el vino hasta que la comida estuvo lista, *Paul* me pidió que me quedara en la cocina mientras él preparaba la mesa y yo resoplé.

Cuando volvió a recogerme, me cogió de la mano y me llevó a una parte que no me había enseñado.

Era una terraza acristalada, a modo de porche, desde la que se contemplaba toda la parte trasera del jardín.

Nos sentamos allí a comer, que, por cierto, el pescado le había salido riquísimo. Disfrutamos comiendo y viendo nevar, ya que había empezado hacía poco.

*Paul* no hacía más que cogerme la mano, acercarse a mí y besarme el cuello, ponerme nerviosa y hacer que deseara aún más, si es que era posible, que me llevara a la cama.

—Esto es precioso —dije cuando él llegó con el café.

—Sí que lo es, por eso la compré. Me gusta venir aquí a desconectar y perderme.

—Este se ha convertido en mi rincón favorito, la terraza, digo... Debe ser una maravilla salir a tomar un chocolate caliente con un libro en la mano.

—Sí, yo suelo salir con una copa de vino y mirar hacia el horizonte.

Se hizo el silencio, pero no era para nada incómodo, ambos estábamos con nuestra taza de café en la mano, contemplando como caía la nieve en el exterior de ese acogedor rincón, donde me podría pasar horas sentada sin hacer nada.

Un rato después nos acabamos el café y recogimos la mesa. No tenía la menor idea de lo que *Paul* tenía pensado hacer ahora, así que me limité a hacer caso a Luka. Iba a disfrutar del momento, y nada más.

Tras la comida nos fuimos al salón, a sentarnos frente a la chimenea...

En ese momento me vino el recuerdo de todo lo que había pasado desde que nos conocimos, pero intenté quitarme aquello de la cabeza, no quería volver a sentirme mal, quería que nos diéramos la oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva.

Con él me volvía pequeña, pero no por sentirme inferior, sino de quererme sentir protegida y arropada, algo que fue todo lo contrario a lo que pasó desde que nos conocimos, pues la rabia de él, pudo con todo.

Notó que mis pensamientos estaban entristeciendo mi rostro, se colocó tras de mí, dejándome en medio de sus piernas y me abrazó, besó mi cuello y me acunó entre sus brazos.

—No quiero verte mal, Andrea, no puedo permitir que vuelva a suceder lo que nos pasó —murmuró en mi oído mientras me besaba.

—Bueno, ya pasó, no pensemos en nada y, sobre todo, no quiero verte con ese sentido de culpabilidad —dije con tristeza mirando hacia el fuego.

En ese momento me echó hacia atrás y a un lado, nos acostamos uno frente al otro y rodeó con su mano mi cintura.

Su cara estaba a escasos milímetros y sonreía.

—No seré yo quién te dé el beso —dije riendo nerviosa.

—Serás tú y lo sabes.

—No, no, eso sí que no —me reía a carcajadas de los nervios. Y recordé algo que me produjeron todavía más y es que no nos habíamos besado, pero sí, me había hecho otras cosas.

—Mi beso...

—No —lo miraba entre risas nerviosas.

—No comencemos con los noes —volteó los ojos recordando el momento cuando llegó a mi casa y me dio el bloqueo.

Se acercó un poco más, estaba a milímetros de mí y al estar pegada al respaldo no podía echarme más hacia atrás, estaba acorralada a milímetros de su boca.

Y lo besé, le di un beso corto y me tiré en su hombro riendo.

—Ya lo has conseguido —murmuré sonriendo nerviosa.

—No, a mí me lo das bien, eso fue un roce de nada —hizo un carraspeo y me subió encima de él.

—De nada... —reí negando, me acerqué a sus labios y lo besé, dejándolo pegado y besándolo continuamente.

Al final intensificamos el beso, ese que nos dejó perdidos en nuestros labios un buen rato. De vez en cuando nos quedábamos mirándonos fijamente, con una media sonrisa, no hacían falta las palabras.

Me tumbó y se colocó encima de mí, entre mis piernas, esta vez sabía que nada lo frenaría, ni siquiera lo frenó la noche en la que fui a la cena con mi cliente y vino al baño, ahora lo pensaba y hasta me hacía gracia. Parecía que estaba volviendo bipolar.

Levantó un poco mi camiseta y comenzó a besar mi barriga, delicadamente, mientras sus manos iban tirando de mi pantalón hasta que lo quitó por completo y me dejó con la braguita ante él.

—Tienes la piel más bonita que he podido tocar jamás —mordisqueó mi entrepierna haciéndome cosquillas.

—Me da vergüenza —me puse las manos en la cara, porque era verdad que me daba mucha vergüenza, con él todo era diferente, perdía mi control y sentía cosas que con otros jamás había sentido.

—¿Mucha? —Metió su mano por debajo de mi camiseta y comenzó a jugar con mi pecho y mi pezón.

—Muchísima, te lo juro —no podía ni mirarlo, seguía con las manos en la cara.

—¿Confías en mí?

—Bueno... —reí a carcajadas mientras noté otro pellizco en el pezón, que me hizo jadear.

—Eso es un, ¿no?

—Algo, pero aún te lo tienes que currar —lo miré riendo.

—Cierra los ojos y relájate —seguía con la mano en mi pecho.

—Difícil me lo pones.

—Hazlo —murmuró sonriendo y cerré los ojos riendo.

Deslizó la mano hacia abajo y me subió la camiseta para quitármela, me incorporé para ayudarlo y cuando me eché hacia atrás volví a cerrar los ojos.

Me quitó las braguitas, él estaba a un lado de mi costado y se puso entre mis piernas, comenzó a lamer mis pezones y a mordisquearlos, la excitación apareció de golpe y comencé a contraerme al notar que iba hacia abajo con su boca y me echó un poco para abajo. Él, quitó del sofá y me puso en el borde, me abrió las piernas y noté que estaba de rodillas en el suelo.

Comenzó a besar mi entrepierna y me eché hacia atrás retorciéndome por el placer que me estaba proporcionando, sus labios fueron subiendo hasta ponerse en mi zona íntima, esa que comenzó a besar causándome una mayor excitación.

Su lengua jugó de forma viperina con mi clítoris, a la vez que con los dedos me penetraba lentamente para luego ir intensificando. Con la otra mano me sujetaba por las caderas, que daban respingones descontroladas por el placer.

Manejaba sus dedos y lengua como nadie lo había hecho conmigo y no pude aguantar mucho, me fui encendiendo de tal manera, que terminé corriéndome y cayendo casi a plomo.

Subió hacia mí y me abrazó, comenzó a besarme el cuello mientras yo me reía sin fuerza mirándolo, besó mis labios y se levantó para coger un preservativo, vino con él puesto.

Entró lentamente y una vez dentro me agarró y subió encima de él, que se había sentado sobre sus piernas, me manejó desde ahí moviéndome las caderas tomando todo el control de esas estocadas, mientras mordisqueaba mi hombro.

Y ahí estábamos, siendo solo uno por unos momentos, haciendo eso que tanto habíamos evitado, pero que deseábamos a partes iguales. Algo me decía que era así y que aquello no solo era cosa mía, era de los dos, de ese hombre que había irrumpido en mi vida sin previo aviso y poniendo mi mundo patas arriba.

Cuando llegó al orgasmo me abrazó con todas sus fuerzas y comenzó a darme besos en los labios, mirándome con una intensidad que traspasaba mi alma, solo le faltó darme las gracias. Había tanto mensaje en su mirada, que me llenó por completo todo el vacío que había sentido esos días.

Nos quedamos un rato abrazados, luego fue un momento al baño y apareció con su *bóxer*, yo me había puesto la braguita, sin ella me sentía desprotegida, era una manía mía.

Me dio un beso y me hizo un gesto de que me esperara, lo escuché desde la cocina haciendo palomitas, ese ruido era inconfundible para mí, tantos domingos en casa con Luka comiéndolas, mientras veíamos una comedia de amor y llorábamos como niños chicos.

Apareció con un bol de palomitas y dos latas de refresco, en eso era como yo, me encantaba beberla fresquita y en la propia lata.

Se puso detrás de mí y acomodándome entre sus piernas con el bol en las manos y los refrescos sobre la mesa.

—Si tuvieras que poner el título de una película a este momento, ¿cuál le pondrías? —preguntó en mi oído mientras cogía palomitas del bol que yo sujetaba.

—No sé —reí.

—Piensa, no te pongas nerviosa.

—Pues no sé, aquí frente a la chimenea, yo entre tus piernas mientras coges palomitas... ¡Ghost! Cuando él la tenía así con la arcilla —lo escuché reír.

—No está mal, no está mal.

—A ver, listo... ¿Cuál le pondrías tú? —Me metí una palomita en la boca— Y no vale decir

*Pretty Woman* que eso ya no me haría gracia —le provoqué una carcajada.

—No, para nada, además ese era tu pasado.

—¿Mi pasado? ¿He perdido mi empleo?

—Ajá.

—Te he dicho que jamás volvería a aceptar sexo con nadie, pero sí que iré de acompañante, este cuerpo tiene que pagar facturas, comer y mandar dinero a sus padres —reí negando.

—Lo hablaremos...

—Eso ha sonado como a...

—Nada —me irrumpió y cambió el tema— ¿Cuál es tu película favorita?

—¡Ah no!, me cambias el tema y no me contestas tú a qué película asignarías este momento, no contesto hasta que tú no lo hagas.

—No, no, esto no era un juego, aquí estoy interrogando yo, luego en otro momento que a ti te apetezca seré el interrogado, pero ahora soy yo el curioso.

—Pues mi película favorita es *Leyendas de Pasión*.

—Buena película, sí señor, la vi unas cuantas veces.

—No te he preguntado si la viste —bromeé.

—Tienes razón. ¿Y un libro?

—Tengo muchos, leo a muchos autores y desde pequeña siempre leo uno a la semana.

—¿En serio?

—Bueno, algunos me duran dos días —reí.

—¿Qué tipo de género?

—Suspense y romántica, esos dos son mis preferidos.

—Yo leía también mucho, pero de una época para acá lo tengo apartado, tendré que volver a retomarlo, a mí me gustan las novelas negras, también leo mucho sobre historia, yo creo que nació con un libro en las manos.

—Mañana vamos a salir de paseo por la mañana y vamos a ir a una librería, nos compraremos dos libros para leerlos aquí en la cabaña, yo escojo uno y tu otro.

—¿Y te leerás lo que yo escoja? —reí.

—Sí, pero tú también lo harás con el mío.

—De acuerdo —dije riendo.

Terminamos de comernos las palomitas y me levantó del sofá en volandas.

*Paul* llenó la bañera, se sentó y me cogió la mano para ayudarme a entrar, acogiéndome entre sus brazos y pegándome a él.

Me besó el cuello mientras me acariciaba los brazos y me dejé caer con la cabeza sobre su hombro.

Lo habíamos hecho, sí, nos habíamos acostado. ¿Me había vuelto loca? Puede que sí, pero no iba a pensar en ello ahora mismo, se estaba muy bien así, con el agua caliente y él como compañía.

Cogió un bote de gel con aroma de chocolate y empezó a enjabonarme despacio, el cuello, los hombros, la espalda, con una delicadeza que me encantaba en él.

Siguió cubriéndome entera con ese gel y al pensar que iba a acabar pareciendo un bombón, solté una pequeña risa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Que con el olor a chocolate que voy a tener después, me van a dar ganas de comerme —contesté.

—Bueno, yo puedo tomarte de postre después de la cena —susurró, dándome un mordisquito en el hombro después de enjuagarme con agua.

—No, otra vez no —le dije entre risas.

*Paul* me abrazó, apoyando su barbilla en mi hombro y lo escuché suspirar.

Le acaricié la mano y nos quedamos en silencio unos minutos, tan solo oyendo la respiración de cada uno.

—Siento lo que dije, lo que hice, todo.

—*Paul*, no quiero hablar de eso ahora, por favor —le pedí.

—Pero en algún momento tendremos que hablar *Andrea*. Necesito hacerlo.

—Lo sé, y yo quiero saber algunas cosas, pero... hoy no, ¿de acuerdo? —Me giré entre sus brazos, le acaricié la mejilla y le di un corto y rápido beso en los labios.

Él asintió y me estrechó aún más fuerte, dejándome besos en la cabeza a cada rato.

Estábamos tan bien así, que no queríamos salir por nada del mundo, pero al final lo hicimos porque el agua empezó a enfriarse.

Salió él primero, se colocó una toalla en la cintura y me envolvió a mí en otra para secarme. Me miró fijamente a los ojos, dejó un beso en mi frente y me abrazó.

Me sentí tan bien en ese momento, que no quería estar en otro lugar.

Jamás querría estar en otro sitio que no fuera ahí, entre sus brazos.

Nos pusimos el pijama de nuevo y fuimos a preparar la cena.

—Venga, dime qué hago y te ayudo —le pedí mientras él sacaba lo necesario para hacer unas empanadillas.

—¿Qué haces, dices?

—Sí.

—Pues... puedes ponerte justo aquí —contestó, cogiéndome por la cintura y colocándose delante de él.

Se pegó bien a mí, tanto, que notaba su miembro en la parte baja de mi espalda, rozándose, y con sus brazos a mi alrededor mientras troceaba los pimientos.

—No estoy haciendo nada —protesté aguantando la risa y girando la cara para mirarlo.

—Claro que sí, me haces compañía —contestó y me besó el cuello.

—Pero eso no es ayudarte, al contrario, te distraigo.

—No me distraes, porque me encanta tenerte así de cerca, y como hueles a chocolate, me abres más el apetito —me dio un mordisquito en la oreja y susurró—. Y si no te como de postre, mañana te desayuno.

Nerviosa, así me ponía ese hombre cada vez que hablaba de ese modo. Por el amor de Dios, que ya tenía una edad y me sentía como una adolescente de dieciocho años cada vez que el novio le decía una tontería.

Si me viera mi madre...

Peor, si me viera *Luka*, estaría riéndose de mí todo el tiempo. ¡Pero si me notaba arder hasta las mejillas! No me veía, pero en este momento debían tener el mismo color que los tomates que empezaba a trocear *Paul*.

Cuando tenía todo listo metió las empanadillas en el horno, sirvió una copa de vino para cada uno y me sentó en la isla, colocándose entre mis piernas.

Di un trago a mi copa y él a la suya con los ojos fijos en los míos, me estaba poniendo más nerviosa todavía, así que volví a beber y él se acabó su copa de un trago.

La dejó a un lado, quitándose la mía después, y me besó.

Uno de esos besos que empiezan lentos, con pequeños mordisquitos en el labio y acaban con un baile de lenguas en el que ambas recorren cada pequeño rincón de la boca del otro.

Las manos de *Paul* no tardaron en adentrarse por debajo de mi camiseta, acariciándome la piel y haciendo que me estremeciera. Lo hacía tan despacio, que era como si no quisiera acabar de tocarme nunca.

Llegó a ambos lados de mis pechos, los acarició sutilmente, di un leve respingo y me escuché gemir, lo que hizo que él sonriera mientras me besaba.

Con ambos pulgares jugó toqueteándome los pezones, solté aire y entrelacé los brazos alrededor de su cuello.

Bajó las manos, cogiéndome de las caderas y deslizándose por la isla hasta el borde, pegándose a mi entrepierna y rozando mi sexo con su miembro.

Volvió a mis pechos, pellizcándolos mientras movía las caderas produciendo esa fricción que hacía que me excitara.

Sentí que su miembro empezaba a crecer y palpitar, me estaba encendiendo de una manera increíble.

Y en ese momento sonó el horno. *Paul* se rio, pegó la frente a la mía y mirándome a los ojos me dijo:

—Salvada por la campana.

Me dio un corto beso en los labios y me dejó ahí, sentada, excitada, jadeante y frustrada.

Me bebí la copa de vino de un trago y me bajé para poner la mesa.

Cenamos en el salón, frente a la chimenea, entre miradas, tanteos y caricias.

Cuando acabamos de recogerlo todo, *Paul* me cogió en brazos para llevarme a la cama. Me recostó en ella, se tumbó a mi lado y tras taparnos, me pasó el brazo por los hombros, llevándome hasta su pecho donde apoyé la mejilla y una mano.

—Buenas noches, descansa, preciosa —dijo antes de darme un beso en la frente.

Pensé que acabaríamos lo que empezó en la cocina antes de la cena, pero parecía que no tenía esa intención.

Le di un beso en el pecho, me abracé a él y cerré los ojos, escuchando el latido de su corazón hasta que me quedé dormida.

## Capítulo 14



Me escuché jadear. ¿Estaba teniendo un sueño erótico? ¡No me fastidies!  
Empecé a notar que me tocaban por los costados mientras me besaban, poco a poco el pecho, bajando, bajando, bajando...

¡Por Dios! Menudo sueño, madre mía, que me acababan de plantar un mordisco en todo el clítoris, que para mí se quedaba. Joder, y ahora la lengua. ¡Santa Madre de Dios!

Volví a jadear y noté una risa en mi entrepierna, mientras me comían, pero bien comida. Vamos, que el tío de mi sueño se estaba poniendo las botas. ¿Quién era?

Cuando esa lengua empezó a ir más rápido, llevé ambas manos a mi entrepierna y...

—¡Paul! —grité al abrir los ojos y encontrarlo ahí, con el rostro sobre mi sexo mirándome fijamente a los ojos sin dejar de torturar ese botón.

Entrelacé los dedos en su pelo, tirando de él, cada vez que me mordisqueaba el clítoris. Sentí que me penetrada con dos dedos y aquello fue la gota que colmaba el vaso. Me estremecí, un escalofrió me recorrió la espalda y estallé.

Alcancé un orgasmo mientras gritaba como jamás en mi vida. Joder, menudo despertar para un jueves.

*Paul* me miró con esa sonrisa en los labios, se bajó el *bóxer* y tras colocarse un preservativo llevó mis piernas sobre sus hombros y me penetró.

¡Madre del amor hermoso! En mi vida me había sentido tan llena como en ese instante. Movía las caderas entrando y saliendo rápidamente. Yo me agarraba a las sábanas, jadeaba, chillaba, gemía y gritaba mientras él, me miraba a los ojos fijamente sin perder el ritmo.

Hasta que ambos llegamos a la vez al clímax y tras dejar mis piernas a cada lado de su cuerpo, *Paul* se recostó sobre mí, me besó con un ansia que no había visto antes en él, y tras rodearme por la cintura rodó por la cama conmigo en brazos y me colocó sobre su pecho.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días. No tendrás hambre, ¿no? —pregunté arqueando la ceja.

—Pues sí, así que a la ducha y a desayunar.

Se levantó llevándome en brazos, se quitó el preservativo en el baño y una vez abrió el agua de la ducha, nos metimos cuando alcanzó la temperatura adecuada para los dos.

Me enjabonó con cuidado, me lavó el pelo y se duchó él, cuando acabamos nos envolvió a ambos en la misma toalla y salimos a vestirnos.

—Ropa cómoda, preciosa, que nos vamos de paseo —me dijo dándome un cachete en el culo que me hizo saltar.

Pues sí, ropa cómoda como si me fuera a ir a la nieve me puse, y en tonos pastel, que yo trabajaba de putilla, como diría Luka, pero era muy princesita.

Pantalón rosa y chaqueta rosa, camiseta interior, jersey, botas malvas y un gorro blanco.

Iba divina y lista para salir a la nieve.

*Paul* se había vestido de azul y blanco, estaba monísimo, lejos del empresario trajeado que siempre mostraba.

Fuimos a la cocina y mientras él preparaba café con tostadas hizo que me sentara en uno de los taburetes de la isla, no me dejaba hacer nada.

Sirvió el desayuno, lo tomamos entre miradas y caricias y al terminar salimos de la casa.

Cogimos el coche y fuimos de vuelta a la ciudad, pero solo para pasar el día, porque, si fuese para dejarme en mi casa, me habría pedido que hiciera el equipaje, pero no era el caso.

El primer sitio donde estuvimos fue en la librería, pues como habíamos hablado, cada uno eligió un libro para el otro. Yo escogí una comedia romántica que tenía ganas de leer, y él hizo lo mismo con una de suspense.

En cuanto salimos de allí con nuestra próxima lectura, nos metimos en una cafetería a tomar un buen café caliente, el cuerpo lo pedía.

Tras eso me llevó de tiendas. La primera parada fue una joyería, yo pensé que iba a comprar algo para su madre, pero me sorprendió al pedirle al chico que nos atendía, una pulsera de oro con dos circonitas rosas y mi nombre. ¡Mi nombre! Me quedé mirándolo y él, solo me guiñó un ojo.

El chico, muy amable, entró en la parte trasera y poco después salió con ella.

Me la puso en la muñeca derecha, la miré y sentí que me caía una lágrima, rápidamente la aparté y *Paul* me besó en la frente.

—No tenías porqué comprarme esto —dije levantando la mano con la pulsera.

—Pero quería hacerlo. Ahora, vamos, que hay otro sitio al que ir.

Entramos en una tienda de antigüedades y fue directo a por un reloj de cuco pequeño. Lo miré y no pude evitar llorar.

Sabía que lo había visto en mi casa, el que tenía había sido de mis abuelos, me lo regalaron cuando dejé mi casa y ahora lo guardaba con mucho cariño pues ellos habían fallecido años atrás.

—No puedes comprarlo —le dije, y él sonrió, se encogió de hombros y de nuevo me besó en la frente.

La siguiente tienda me dejó de lo más alucinada.

—¿En serio me has traído a una tienda de complementos para el invierno? —pregunté muerta de risa.

—Andrea, eres doña gorritos de lana —contestó dándome un golpecito en la nariz—. Así que, vamos a surtirte bien de ese precioso complemento y de algunos guantes.

Y eso hice, coger varios gorros en color, rosa, azul, amarillo, verde, salmón, malva... Con flores, con copos nieve, con pompón arriba y sin él. Vamos, que elegí varios de modo que podría llevar uno cada día de la semana, diez días por lo menos. Y lo mismo en el caso de los guantes.

Salí de allí más contenta que si me acabara de comprar unos *Stiletto*s, esos preciosos, sexys y elegantes zapatos de tacón que alguna que otra vez me había comprado.

Fuimos a comer a un restaurante de lo más romántico, decorado en modo rústico, con una chimenea que calentaba todo el salón. Pedimos una tabla de quesos y una ensalada para compartir, como plato principal él optó por carne y yo pedí pescado.

—Andrea, quiero que dejes tu trabajo y trabajes para mí desde tu casa. Me gustaría que te encargaras del *marketing* de mi empresa, al menos una parte. Que movieras por las redes las novedades y esas cosas. Te pagaré un buen sueldo mensual, de verdad, no tendrás que preocuparte de nada.



—No puedo, *Paul*. Yo... soy lo que soy y tienes que aceptarlo —dije, agachando la cabeza para no mirarlo.

—Preciosa, si confías en mí, deberías dejar que todo fluya.

—Puedo confiar en ti, pero mi trabajo es el que es. Me conociste así, *Paul*.

—Sí, pero sabes que no quiero que otros hombres te pidan sexo.

—*Paul*, yo...

—Andrea, no permitas que haya cosas que estropeen esto tan bonito que está empezando a surgir entre nosotros, por favor —me pidió cogiéndome la mano por encima de la mesa.

Lo miré a los ojos y vi verdad, además lo notaba preocupado, parecía que realmente quería aquello, así que...

—Tengo que pensarlo, *Paul*. Por el momento no cogeré más citas, ya que tengo bastante dinero ahorrado, me puedo coger unas vacaciones. Lo de trabajar para ti, lo vamos viendo.

—Gracias, cariño —dijo llevándose mi mano a los labios para besarla—. De verdad, muchas gracias. Esto significa mucho para mí.

Terminamos de comer y fuimos a coger el coche para volver a la casa.

Nos pusimos el pijama, *Paul* encendió la chimenea y ya sentados en el sofá, juntos y tapados con una manta, intercambiamos los libros para empezar a leerlos.

Entre capítulo y capítulo, hubo algún que otro beso, caricias y miradas. Me sentía bien allí con él, podría acostumbrarme a ese estilo de vida.

Tranquilidad, paz, buena compañía...

A la hora de cenar dejamos los libros sobre la mesa y fuimos a preparar algo rápido.

Mientras, él me iba preguntando qué me estaba pareciendo el libro.

—Me gusta mucho, me tiene realmente enganchada, pero no pienso hacerte *spoiler* que después lo tienes que leer tú.

—Vale, tranquila —dijo levantando las manos en señal de rendición cuando me vio señalarlo con el cuchillo.

—¿Y tú? ¿Qué opinas de ese romance? Mira que le tengo ganas, la historia me llamó la atención cuando leí la sinopsis.

—¿Quieres la verdad?

—Hombre, por supuesto.

—Que para ser la primera comedia romántica que leo, me tiene con una sonrisa tonta todo el rato. No me he reído a carcajadas en algún que otro momento por vergüenza. Te lo juro.

—¡Mira, que al final te aficionas a ese género! —dije entre risas.

—Como se suele decir, torres más altas han caído —me guiñó un ojo y me besó antes de servir la cena.

Tomamos un poco de sopa y pollo a la plancha con una copa de vino y en cuanto recogimos la mesa, nos fuimos a la cama.

La verdad es que estaba agotada, pero encantada de disfrutar como lo había hecho con *Paul*.

Como la noche anterior, me recostó sobre su pecho, me besó en la frente y me deseó buenas noches.

Y yo... sonreí como una niña pequeña, abrazada a él, cerrando los ojos y esperando que el sueño me llegara escuchando su corazón. Así, así es como quería dormir todas las noches, durante el resto de mi vida.

## Capítulo 15



Era viernes, me desperté sola en la cama y salí de la habitación a buscarlo. En pijama, despeinada, con cara de dormida y frotándome los ojos.

Fui a la cocina pensando que estaría allí preparando el desayuno, con eso de que quería cocinar él siempre, pero no estaba.

Cuando llegué a la puerta del salón, me quedé de piedra. ¿Yo había dicho que odio la Navidad? ¡Menuda tenía liada el señorito allí!

Flores de Pascua, todo el salón lleno de Flores de Pascua. Casi me da un pequeño infarto, de verdad, pero tenía que reconocer que estaba aguantando la risa.

Cuando *Paul* se dio cuenta de mi presencia, sonrió como un niño travieso y extendió los brazos señalando todas esas flores. Sí, fue ahí cuando empecé a reír porque era verlo, y no poder parar. Estaba emocionada, de verdad que sí.

—Buenos días, dormilona —me saludó rodeándome por la cintura y dándome un beso en los labios.

—¿Dormilona? Si me he levantado a una hora normal.

—Sí, pero más tarde que yo.

—¿A qué viene tanta flor? Sabes que no me gusta la Navidad.

—Bueno, eso tendrá que cambiar alguna vez, ¿no te parece?

—De la noche a la mañana desde luego que no, pero bueno...

Me encogí de hombros y él sonrió volviendo a darme un corto beso. Fuimos a la cocina y mientras preparaba el desayuno yo escribí a Luka, que estaba deseando que le contara cosas.

Y eso hice, contarle al detalle lo que había pasado el día anterior, con cada regalo que le dije me puso una carita de esas sorprendida, y llegamos a la sorpresa de las flores. ¡Un gif desmayándose me envió! Era un loco al que adoraba.

Me despedí de mi pichilla loca cuando *Paul* me puso el café delante con unas tortitas con nata, sirope de fresa y unos arándanos.

Nada más tomar el primer bocado, gemí, ¡estaba riquísimo!

Di un sorbo al café y *Paul* se sentó a mi lado dándome un beso en la sien.

—Quiero que pases la Nochebuena conmigo, en casa de mis padres —dijo cogiendo su taza de café.

—¿Qué dices! ¿Te has vuelto loco? No, no, ¡qué vergüenza!

—¿Vergüenza? Anda, si les vas a caer genial.

—Que no, de verdad, yo en mi casa con Luka y tú con tu familia. Además, para nosotros dos, es una noche como otra cualquiera, de verdad. No hacemos nada especial. Si hasta la cena es precocinada... —contesté encogiéndome de hombros.

—Este es un buen año para que cambien tus rutinas, ¿no te parece? Podríamos pasar esas fechas

juntos, el veinticuatro cenamos con mis padres y después nos venimos aquí a celebrar fin de año juntos. El dos de enero volvemos cada uno a nuestra casa, y ya empiezas a trabajar para mí —dijo guiñando un ojo, por si colaba la propuesta de trabajo.

Reí mientras negaba con la cabeza de un lado a otro, y es que ese hombre era capaz de hacer cualquier cosa, con tal de conseguir lo que se proponía.

Pensé un instante en la cena con sus padres, no me veía yo muy convencida porque esas fechas, por mucho que el espíritu navideño de todo ser viviente aflorara, el mío debía estar más dormido que el del resto. Vamos, que si me descuidaba un poquito me pondrían comparar con el *Grinch*, el monstruito ese verde de las películas.

Pero que tan mala no era, de verdad, es solo que la Navidad para mí... no era una buena época.

—Vale, acepto cenar con tus padres, pero solo ese día. No me hagas pasar por más cenas navideñas con tus amigos, que no es mi fuerte —dije mirándole con la ceja arqueada.

—Prometido —me abrazó y me dio un beso de esos que sabes que llevan una buena parte de amor, y me sentí feliz. Qué locura, ¿eh?

—El lunes tengo que volar a Europa por trabajo, pero estaré aquí justo para la cena del veinticuatro. Tengo que avisar a mi madre con tiempo para que lo prepare todo, le hará ilusión conocerte, ya lo verás.

—Bueno, solo falta saber cómo vas a presentarme ante ellos —carraspee cogiendo mi taza de café.

—Lo pensaré de aquí al veinticuatro —me guiñó el ojo.

—Pues mira qué bien, me enteraré a la vez que ellos —protesté.

Me había dado un mazazo con eso de que se iba a marchar fuera. ¿Tenía que ser justo ahora que empezábamos a conocernos más?

—Este fin de semana está siendo una despedida —dije eso en voz alta, creyendo que solo lo estaba pensando.

Eso es lo que me pasaba cuando estaba con *Paul*, que me olvidaba de todo y corría el riesgo de meter la pata, como había sido el caso.

—No lo es, Andrea. Solo serán unos días, es trabajo y ya estaba todo planeado, no puedo cambiarlo.

Asentí y seguimos desayunando, pero sentía una tristeza tan grande en el pecho, que me hacía temer lo que pudiera pasar en esos días. Intentaba mantener la calma y que no me notara triste, pero parecía ser que yo, no era muy buena disimulando.

—Preciosa, no estés triste, por favor —me pidió acariciándome la mejilla.

—No lo estoy —mentí, sí, como una bellaca.

—Voy a estar lejos, pero no dejaré de pensar en ti ni un minuto, te lo aseguro.

—Eso dices, pero no lo harás —contesté, poniéndome de pie.

Fui a la habitación, preparé un chándal cómodo para ponerme y me encerré en el cuarto de baño.

Abrí el agua caliente y me metí directamente, graduando la temperatura según caía, ni esperé siquiera porque *Paul* ya estaba llamando a la puerta y no quería abrirle.

¿Qué me pasaba? ¿Por qué estaba así? Tenía angustia de saber que se marchaba, como si temiera que pasara algo, pero, ¿y si era eso lo que ocurría?

Dejé que el agua me cubriera por completo, me duché y cuando estaba un poco más calmada salí.

Cuando abrí la puerta le vi sentado en la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las

manos cruzadas, cabizbajo.

Me miró al escucharme salir y sonrió.

—No quiero que pienses que todo acaba en esta casa, no es así —me tendió la mano, caminé hacia él y tras cogerla, me sentó sobre sus piernas.

No dije nada, dejé que me abrazara y noté que metía la mano por dentro de la camiseta, acariciándome la espalda. Hundí el rostro en su hombro mientras le rodeaba con los brazos y empezó a besarme el cuello.

Entre besos y caricias me dejé llevar y fui yo quien se lanzó a sus labios, besándolo como en ese momento necesitaba.

Se giró conmigo entre sus brazos, recostándose sobre la cama, se colocó entre mis piernas y empezó a desnudarme, contemplándome con sus ojos cargados de deseo.

Se deshizo de su ropa, empezó a besarme el tobillo, subiendo por la pierna hasta alcanzar mi sexo, ese que notaba palpitar mientras yo esperaba su próximo movimiento.

Cerré los ojos cuando pasó lentamente su lengua por mi clítoris, madre mía, ese hombre tenía una lengua prodigiosa.

Me llevó así al orgasmo para después hacerme ver el firmamento lleno de estrellas, a pesar de ser de día, cuando nos corrimos a la vez.

Se quedó abrazándome mientras me acariciaba el pelo, hasta que me besó en la frente y nos levantamos para preparar la comida.

El resto del día lo pasamos como la tarde anterior, en el sofá, acurrucados bajo la manta y al calor de la chimenea mientras leíamos cada uno el libro que había elegido el otro, hasta que nos lo acabamos.

Me había gustado mucho esa novela, me mantuvo enganchada desde el principio y me prometí que no sería la única que leería de ese género.

—¿Qué tal? —le pregunté cuando me dio la comedia romántica.

—Gratamente sorprendido. Ya te pediré que me elijas otra —guiñó el ojo y le entregué la que yo había leído.

—Lo mismo digo, quiero leer alguna más.

—Eso está hecho.

Ví que empezaba a leerse el libro y yo hice lo mismo, comencé con esa historia a la que le tenía ganas y, tal como me había dicho *Paul*, me aguanté la risa tanto como pude para no reírme a carcajadas y pensara que estaba loca.

Iba por la mitad del libro cuando él dejó el suyo sobre la mesa, me besó en la frente y se levantó para ir a preparar la comida.

Por supuesto lo acompañé, no pensaba quedarme en el sofá leyendo mientras él se encargaba de todo.

Me miró con la ceja arqueada, pero me dio exactamente igual. Corté rebanadas de pan para poner a tostar mientras él, cortaba tomate en rodajitas y un poco de queso mozzarella. Una vez el pan estuvo listo, coloqué el queso, el tomate con una pizquita de sal, orégano, aceite y teníamos unas riquísimas tostas listas para la cena.

Una botella de vino, un poco de fiambre de pavo y a la mesa.

Bueno, a la mesa que había frente a los sofás, que la cena iba a ser en el salón, los dos calentitos junto a la chimenea.

## Capítulo 16



Me desperté al notar que me besaba en los labios. Abrí los ojos y lo tenía delante, sonriendo.  
¿Sabéis ese momento de la película en el que el príncipe besa a Blancanieves, esperando que se despierte? Pues sí, justo así me sentí.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días.

Me incorporé en la cama, apoyándome en el cabecero y él se sentó a mi lado, cogió una bandeja de la mesita de noche, donde había café, zumos, bollos, fruta y una rosa roja.

Casi lloro de la emoción, pero me controlé, porque al final iba a parecer una plañidera, todo el día llorando.

—¿Y esto? —pregunté cuando la dejó sobre mis piernas.

—El desayuno, tontita, ¿qué va a ser?

—Ya lo veo, pero ¿por qué me lo traes a la cama?

—Porque quería que desayunáramos aquí, tranquilamente, sin que te levantes —se sentó a mi lado y cogió una taza de café.

Pues a disfrutar de mi primer desayuno en la cama. Nunca lo había hecho, nadie tuvo alguna vez ese detalle conmigo.

Ni qué decir tenía que ese desayuno me supo mejor que ningún otro.

—Venga, levántate y date una ducha, vístete abrigadita que nos vamos —me dijo cogiendo la bandeja.

—¿A dónde me llevas hoy?

—Sorpresa —me hizo un guiño y salió de la habitación.

Me quedé mirándole el culo y, vaya culo... Qué bien le quedaban los pantalones que llevaba, por favor. Es que se le marcaba de bien...

Suspiré y empecé el día, el que podría haber sido un sábado como otro cualquiera, pero que en esta ocasión no lo fue.

¿Despertarse y que te tengan el desayuno preparado para tomarlo en la cama? Debía saborearlo porque un lujo que no se daba todos los días.

Me di una ducha y me puse unas medias, vaqueros, botas de nieve, camiseta interior y jersey. También un gorro y guantes de los que me compró, un abrigo y lista para salir.

—Cuando quieras, podemos irnos —dije entrando en el salón.

—Pues vámonos.

Me llevó otra vez a la ciudad, dejamos el coche en un *parking* cercano a donde pensaba ir y cuando al fin vi dónde era, no me lo podía creer.

Llevaba unos años viviendo allí y nunca había ido a patinar sobre hielo, increíble, pero cierto.

Así que, cuando vi la pista que abren durante el invierno en el *Rockefeller Center*, y que *Paul*

me llevaba hasta ella de la mano, sonreí y tuve que controlarme para no dar saltitos como una niña pequeña.

—No me lo puedo creer... —dije cuando paramos en la cola para coger las entradas.

—¿Te gusta la sorpresa? —preguntó abrazándome por detrás.

—¿Gustarme? ¡Me encanta!

*Paul*, empezó a reír con la barbilla apoyada en mi hombro, era una risa tan limpia y llena de felicidad, que me acabó contagiando a mí.

Con las entradas en la mano, esperamos el turno para que nos entregaran los patines, nos lo pusimos y entramos en la pista.

Empezamos patinando juntos, de la mano, como muchas otras parejas que había allí, hasta que me solté un poco y me dejé llevar por la música.

No es que hubiera patinado mucho en mi vida, y menos sobre hielo, pero al final eso era como montar en bici, que no se olvidaba.

Me acercaba a él, patinaba a su alrededor, le cogía la mano y le llevaba conmigo, hasta que volvía a dejarlo para irme sola.

Disfruté de esa sesión de patinaje como una niña, desde luego que sí, mientras el viento me golpeaba la cara y la música me acompañaba.

Huno un momento que perdí a *Paul* de vista, hasta que conseguí localizarle, en la otra punta de donde yo estaba, y cogiendo en brazos a un niño de unos cuatro años. Me acerqué rápido a ellos y vi que el pequeño se secaba las lágrimas de las mejillas.

—¿Qué te pasa, tesoro? —pregunté cogiéndole la mano.

—Se ha despistado y no encuentra a su hermana —me dijo *Paul*.

Fuimos hasta la entrada de la pista, salimos y le dijimos a uno de los vigilantes lo ocurrido con el niño, dio aviso por megafonía, pero no venía nadie.

*Paul* sentó al niño en una de las sillas para quitarse los patines, mientras yo me quedé en cuclillas frente a él, cogiéndole las manos y calentándoselas un poco, pues a pesar de que tenía guantes se las notaba algo frías. Le vi que empezaba a llorar y me senté para cogerle en brazos.

—¿Te sabes la canción de la estrellita? —le pregunté.

—No —contestó con una cara de tristeza que hizo que le achuchara y empecé a cantarla.

*“¿Estrellita dónde estás?*

*Me pregunto quién serás.*

*En el cielo o en el mar.*

*Un diamante de verdad...”*

*Paul* me miró, sonreí y seguí cantando, consiguiendo que el pequeño se calmara entre mis brazos.

—¡Tomy! —escuchamos gritar a una chica.

*Paul*, se puso en pie y cuando el niño la oyó, se giró hacia ella.

—¿Qué susto me has dado, enano! —dijo abrazándolo mientras seguía sentado en mis piernas.

—No te veía —lloró él.

—Y yo pensé que te habías ido. No me hagas esto otra vez, ¿vale? No tienes que soltarte de mi mano. Si te pierdo...

—Bueno, pero ya estáis juntos otra vez dije dejando que el niño se levantara.

—Muchas gracias, señora, de verdad.

Sí, tuve que poner una cara de horror terrible cuando escuché ese “señora”, de boca de una chiquilla que no tendría más de veintitrés años.

*Paul* disimulaba para aguantarse la risa, mientras yo estaba hirviendo por dentro.

—No hay de qué, pero procura que este pequeñajo no vuelva a despistarse. Y tú, ten cuidado, ¿vale, Tomy?

—Sí —contestó él, despidiéndose con la manita mientras se alejaba con su hermana.

—¿Vamos, señora? —escuché a *Paul* a mi espalda, me giré, sonreí y sin que lo esperara...— ¡Auch! Ha dolido, ¿eh? —se quejó frotándose el hombro donde le di un leve golpecito.

—Que te ha dolido, ¡tendrás valor! Vas a comparar mi manita con tu hombro, vamos, por favor. Si ha sido un roce de nada. Lo de señora me ha dolido más, que debo ser solo algunos años mayor que esa chica.

—Pues te ha debido ver cara de madre.

Lo miré horrorizada, sí, pero no por lo de ser madre, que algún día, dentro años, muchos, me gustaría serlo, sino porque alguien me viera a mí con esa cara.

Vamos, que como me descuidara un poco acabaría siendo un calco, físicamente, de mi madre.

Fuimos a comer a un local cercano en el que nos permitimos un capricho, que no fue otra cosa que una súper hamburguesa con doble de carne y queso, acompañada de patatas.

—¡Oh, por favor! Esta riquísima —dije tras el primer bocado.

—Sí —corroboró *Paul* riendo.

—¿Por qué te ríes?

—Porque me encanta verte así, disfrutando de la comida. No eres como otras mujeres que se alimentan a base de lechuga.

—Bueno, los fines de semana me permito comer cosas, digamos, poco saludables. Entre semana soy un poco más cuidadosa.

Cuando acabamos de comer regresamos a su casa, nos pusimos los pijamas y pasamos la tarde leyendo, como las anteriores.

Acabamos los libros y quedé encantada con esa romántica y divertida historia, que me había hecho viajar hasta el mismísimo corazón de Italia.

—¿Sabes? —dije girándome para mirarlo—. Me ha gustado la de mi estilo, pero la que has escogido para mí, me ha gustado mucho más.

—Ah, ¿sí? ¡Vaya!

—Ajá, sí. Quiero leer otra, de verdad que sí.

—Me alegra saberlo.

—Y tú, ¿qué? ¿Qué has sentido al leer una historia de amor?

—Me ha gustado, como ya te dije. He visto que los protagonistas viven momentos muy bonitos.

—Sí, eso es cierto. Esa es la magia que hacen los escritores, que nos llevan a meternos en las historias como si fuéramos parte de ellas, viviendo el amor de una manera tan real que piensas, ¿podría pasarme a mí?

Preparamos la cena y por un momento me invadió la tristeza, esa de saber que al día siguiente acababa todo, que se marchaba a un viaje de trabajo que me dejaba una rara sensación.

Aún no se había marchado y ya sentía su ausencia.

Cenamos junto al fuego, él como siempre atento y cariñoso, cogiéndome la mano, besándola, acariciándome la mejilla.

Y yo, disimulando como buenamente podía el dolor que sentía porque había vivido algo tan bonito a su lado esos días, que no quería que se acabara nunca.

Era algo así como un cuento, uno bonito que al fin me tocaba a mí, pero que tenía un final incierto, y estaba a solo unas horas de acabar.

Tras la cena, *Paul* me cogió en brazos, me llevó a la cama y allí me hizo sentir la mujer más especial del mundo. Eso no fue sexo porque sí, fue mucho allá de eso.

Lo vi en sus ojos, lo noté con cada caricia y con cada beso, pero también me pareció una despedida, esa que yo no quería que llegara, esa que, por mucho que intentara ignorar, tendría que afrontar a la mañana siguiente.

Dejé que me abrazara por detrás y mientras él se quedaba dormido, yo tan solo podía llorar en silencio y odiaba hacerlo. Llorar me hacía sentir débil, y en mi vida había llorado tanto como desde que *Paul* entró en mi vida.



## Capítulo 17



Domingo, y ni pizca de ganas tenía de levantarme de la cama.

Me desperté abrazada a él, pero no había abierto los ojos, no quería para que no pasara el tiempo y llegara antes el momento de la despedida.

—Sé que estás despierta —me dijo acariciándome el brazo.

—No, sigo dormida —contesté.

*Paul* empezó a reír y me contagió a mí. Levanté la cabeza que tenía apoyada en su pecho, lo miré y se acercó para darme un beso.

—Buenos días. ¿Desayunamos? —preguntó acariciándome la mejilla.

—Vale.

Fui a darme una ducha mientras él preparaba el desayuno, cuando salí entró él, y yo me vestí.

Llamé a Luka y le dije que regresaba esa noche a casa.

—Tú estás triste —me dijo en cuanto escuchó mi voz.

—No es nada, de verdad. Después nos vemos, ¿vale?

—Claro, porque a mí me tienes que contar todo, todo y todo.

Reí, me despedí de mi amigo y fui a la cocina a esperar a *Paul*. Me senté en el taburete y di un sorbo a mi café.

Mi cabeza le daba mil vueltas a todo, desde el momento en que le había visto aquella primera vez, hasta la noche anterior.

—¿Qué te apetece comer hoy? —preguntó sentándose a mi lado.

—Pues no sé, lo que tú quieras me parece bien, ya lo sabes.

—¿Preparamos algo de pasta?

—Claro, sí.

—Andrea...

*Paul* se levantó, me giró hasta que quedé frente a él, y me agarró por las caderas.

—¿Qué te pasa, preciosa? —preguntó.

—Nada.

—Algo sí, estás triste.

—Que no.

—Y yo digo que sí.

—¿Qué vamos a estar, a ver quién tiene razón?

—No, porque sé que la tengo yo.

—¡Ay, por favor! No me pasa nada, es solo que...

—Yo también te voy a echar de menos —susurró pegando su frente a la mía.

—No será para tanto...

—Claro que sí, he pasado unos días increíbles contigo y ahora tengo que irme, cuando lo que

me gustaría es que te vinieras a mi apartamento y pasaras todo el mes allí. Aunque tuviera que trabajar, al menos estarías esperándome por la noche cuando llegara.

Respiré y aguanté las ganas que tenía de llorar con todas mis fuerzas, de verdad que sí.

Me abrazó, me besó la frente y terminamos de desayunar para después preparar la comida.

Mientras se cocía la pasta, *Paul* puso a freír un poco de carne, me dio unos pimientos para que los troceara y él, rayó queso parmesano que habíamos comprado.

Hizo un sofrito con salsa de tomate, los pimientos y la carne y cuando la pasta estuvo lista fue colocando un poco en la bandeja del horno, poniendo el sofrito encima y cubriendo con pasta, así hasta hacer una especie de lasaña, verter nata para cocinar y poner el queso rallado encima.

Lo metió al horno y dejó que se gratinara.

Fuimos al salón y mientras ponía la chimenea me quedé frente a uno de los ventanales mirando el exterior completamente cubierto de nieve.

Entonces escuché una música que conocía bien, una de esas bachatas que solía bailar alguna que otra vez, esta era bastante antigua, pero sabía que había sido todo un éxito el año que la sacaron.

La voz de Romeo Santos, como siempre, llegaba al corazón.

—*El insomnio es mi castigo, tu amor será mi alivio. Y hasta que no seas mía no viviré en paz*—susurró *Paul*, en mi oído, al tiempo que él cantaba esa parte de la famosa “Obsesión” del grupo Aventura.

*Paul* estaba pegado a mí, con una mano sobre mi vientre y otra en la cadera, moviéndonos al unísono al son de la canción.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y la pegué a su pecho, cerré los ojos y me dejé llevar por la melodía, por la canción, por lo que *Paul* me hacía sentir cada vez que me tocaba y cuando me besaba.

Me dejó un beso en el cuello y siguió con ese baile lento y sensual que tanto me estaba gustando.

No me soltó en ningún momento, no me hizo girar, no me movió a su antojo como había hecho en la cena a la que le acompañé hacía dos semanas.

Ni siquiera me apartó del lugar en el que estaba, nos quedamos ahí frente al ventanal bailando.

—*Ven vive una aventura, hagamos mil locuras. Voy a hacerte caricias que no se han inventao*—tarareó de nuevo.

Y yo solo quería que fuera verdad lo que había dicho. Esas dos estrofas de la canción parecían hechas para nosotros. ¿Realmente me quería con él?

Cogiéndome la mano y entrelazando nuestros dedos, me giró pegándome a su pecho, bailando mientras me miraba a los ojos y entonces, me besó.

—Te amo, Andrea—dijo pegando su frente en la mía—. Mientras esté en Europa te voy a echar de menos, te lo aseguro, pero, sé que cuando regrese, pasarás conmigo los mejores días de tu vida, te prometo que serán las mejores Navidades y las recordarás siempre.

—Yo... también te amo—confesé entre lágrimas— ¿Esto es lo que se llama flechazo?— pregunté mirándolo.

—Pues creo que sí. No me había pasado nunca—contestó con una sonrisa.

—Tendré que preguntarle a Luka, él está más acostumbrado a estas cosas que yo—reí y *Paul*, me dio un beso en los labios.

—Amor a primera vista, preciosa, eso nos pasó a nosotros.

—Sí, ¿eh? Quién lo iba a decir.

*Paul* me abrazó, y lloré como una niña pequeña. Desde luego, no me reconocía a mí misma.

Terminamos de comer, recogimos las cosas, vimos una película, cenamos algo rápido y volvimos a la rutina.

Esa en la que él era el dueño de una reconocida marca de coches, trabajaba y tenía que volar al día siguiente a Europa.

Yo me quedaría en mi apartamento esperando que fuera verdad lo que me había dicho estos días.

Cuando paró el coche frente al edificio sentí que se me caía el mundo encima, bajé del coche y una vez que *Paul* me entregó mis cosas, me cogió las mejillas con ambas manos y me besó.

Fue uno de esos que se ven en las películas y piensas “a mí no me va a pasar eso en la vida”, pero sí, ahí estaba yo, de noche frente a la puerta de mi edificio, recibiendo el beso más bonito que me habían dado en la vida.

Solo me faltaba la música, y en ese momento me vino a la cabeza la del final de *Oficial y Caballero*.

—Nos vemos en unos días, preciosa, de verdad. El veinticuatro no está tan lejos —susurró, mirándome a los ojos.

Lloré de nuevo y dejé que me abrazara, hasta que me aparté y nos despedimos. Tenía que alejarme cuanto antes o cometería una locura. Habría sido capaz de meterme en el coche y pedirle que me llevara a Europa con él.

—¿Ya de vuelta? —preguntó *James* al verme entrar.

—Sí, unos días fuera que me han sentado muy bien —contesté.

—Pues has llorado.

—Solo un poquito —dije juntando el índice y el pulgar para hacer más creíble el gesto, pero no coló—. Buenas noches, *James*.

—Buenas noches, *Andrea*.

Entré en el ascensor, me apoyé a la pared y cerré los ojos controlando las lágrimas.

Ya me veía yo tachando los días en el calendario como quien lo hace para ver los días que quedan para un aniversario o fecha importante.

Por favor, ¡esto iba a ser una tortura!

En cuanto abrí la puerta escuché la de *Luka*.

—Pero, ¡mira quién ha llegado! La reina de *Auxa* —dijo sonriendo.

—Exagerado eres un rato, hijo de verdad. ¿Qué reina ni reina?

—Pasa, pasa, que quiero detalles. Cuanto más morbosos mejor. ¿Cómo calza el moreno? —preguntó.

—Coño, pues como todo el mundo. Le he visto descalzo por la casa, con botas para nieve, en deportivas...

—¿Tú eres tonta de nacimiento o haces cursillos? A ver, chochona. Que cómo calza de paquete, vamos, lo que rellena el pantalón. Hija mía, qué espesa vienes. Oye ¿has llorado? —preguntó, y en qué momento me recordó lo que había estado haciendo los últimos días, porque las lágrimas salieron solas de nuevo.

Le conté todo, lo que ya le había adelantado por teléfono de los regalos y el viaje de *Paul*. Se emocionó al saber que habíamos tenido un bonito día patinando, que habíamos intercambiado el género favorito de lectura unos días y que queríamos volver a hacerlo.

Le dije las veces que había llorado, lo tierno que había sido conmigo, que sí, que habíamos tenido buen sexo, pero que en ocasiones todo fue de lo más romántico, al menos para mí. Y él sonreía feliz de verme ilusionada.

—Chochona, te has pasado los días entre polvos y lágrimas, ¿eh? —dijo cuando acabé de hablar.

Lo miré, arqueé la ceja y empecé y a reír.

—¿La película no era, “Sonrisas y lágrimas”? —pregunté.

—Sí, la versión original y familiar. La nuestra es más para mayores de dieciocho.

Vuelta a reír. Me abrazó y besó la frente, como solía hacer cuando me veía algo flojita y yo acabé llorando otra vez.

Sabía que solo eran unos días, pero se me iban a hacer eternos, de verdad que sí.

Solo esperaba que no me olvidara, que realmente me extrañara, al menos una mínima parte de lo que yo le echaría de menos a él.

Luka se fue después de tomar un té conmigo y ver que estaba más tranquila, me puse el pijama y me metí en la cama, cerrando los ojos y queriendo que, cuando volviera a despertar, fuera el día antes de Navidad.

## Capítulo 18



Miré el móvil nada más levantarme y no tenía ningún mensaje de él, eso me entristeció un poco, luego se me ocurrió abrir *Facebook* y ver si había puesto algo y, ¡bingo!

Montado en el avión, un selfi contra la ventanilla en modo pensativo y un texto...

*«Hay viajes que te separan de lo que deseas en esos momentos»*

Joder, qué intenso estaba el chaval y yo preocupada porque no me había puesto un mensaje. ¡Me lo comía!

Por primera vez en mi vida reaccioné, lo hice con un “me entristece” y hasta me atreví a comentar el post.

*«A veces, puede suponer el comienzo de la cuenta hacia atrás para alcanzar esos deseos»*

Mira yo, hasta me había levantado poeta, romántica o lo que quiera que fuese, pero me sentí hasta bien escribiendo en su muro.

En ese momento aporreaban mi puerta y claro, blanco y en botella.

—¡Luka! —grité enfadada cuando le abrí.

—Chochona, a mí no me chilles que cojo la puerta y me largo —decía entrando con aire chulesco y gestos de cara dirigiéndose a la cafetera.

—Odio que llares con insistencia, sabes que te voy a abrir a la primera —resoplé.

—Tengo un cabreo de mil demonios, te lo juro.

—¿Qué te pasa a ti? —pregunté poniéndome a su lado mientras se disponía a preparar el café.

—*Joy*, que anoche me llamó a las tantas, borracho, por error, iba a llamar a otro y comenzó a decir que estaba loco por hacerle de todo. A un tal *Mark*, le decía que lo amaba. Así que estoy que me subo por las paredes y con un dolor increíble, no lo pienso volver a ver jamás.

—Madre mía, aquí cuando no soy yo, eres tú, pero no tenemos una felicidad conjunta que nos dure dos días —agarré el café y me lo bebí de un trago.

—Yo no lo pienso pasar mal, ahora mismo nos vamos de compras a quemar tarjeta y a comernos el mundo —dijo con chulería tomando el café también de un trago—. Voy a arreglarme que hoy nos vamos de “amiguís” —se fue, levantando con orgullo la cabeza, solo le faltaba el monedero bajo el brazo.

Pues nada, a la puta calle con las ganas que yo tenía de estar ese día en mi apartamento en paz y recordando los días vividos en la casa de *Paul*.

Me puse unos leotardos tupidos de lana fina y encima unos *leggings* vaqueros que por dentro eran de algodón, una camiseta interior, un jersey tipo pirineo, el chaquetón, las botas de pelito por dentro, el gorro de lana blanco y lista para combatir el frío.

—Pareces una muñeca de esas que andan articuladamente —dijo mirándome lo apretada que iba con tantas cosas.

—Calla y entra al ascensor que todavía te dejo tirado.

—No serás capaz... —Hizo su movimiento de cabeza entrando y pulsando el botón cero.

Salimos por la portería y *James* nos miró sonriendo, esperando a que le soltáramos una de las nuestras como siempre, yo lo miré sacando dentadura para que viera que la tenía bien blanca y bonita, por si no se había fijado y dejé hablar a mi amigo.

—Yo una vez probé un mulato y desde entonces lo único blanco que me como es la yuca —dijo con aire de grandeza caminando a paso ligero contoneando las caderas mientras yo lo seguía agarrada a su brazo.

La carcajada de *James* se debió escuchar en toda la manzana y yo, bueno yo aguanté la risa hasta que doblamos la esquina y le di dos tortas en el hombro a Luka mientras carcajeaba.

—¡Qué bruta eres! Me vas a desmontar.

—¿Yo bruta? Después de lo que le has soltado a *James*. Su cara sí que se volvió blanca, perdió “to” el moreno — nos echamos a reír.

—Yo me imagino a ese mulato en pelotas, frente a mí, con esa porra con chocolate entre las piernas y me pongo malísimo.

—Calla que capaz que tenga premio —no quería ni imaginarlo.

—Caballo grande ande o no ande.

—¡Qué te calles! —le di una torta en el hombro del brazo al que iba agarrada.

—Y otra vez, ¿quieres meterte las manos donde te quepan?

—Niño, mira para adelante que aún nos la metemos y no quiero perder piños, tengo que estar divina para el veinticuatro. Por cierto, iré comprando cosas para todos esos días, quiero camisones sexys, pijamas coquetos, no sé, quiero lucir perfecta en cada momento.

—Vamos, como si no lucieras así siempre —negó mientras caminaba recto y erguido.

Entramos a un edificio que era entero comercial y comenzamos a hacer paseillos de probadores mientras uno y otro, íbamos dando el visto bueno o no, nos reímos un montón, puso hasta en el móvil la música de *Pretty Woman*, decía que nuestra historia era parecida.

Pasamos todo el día en la calle acumulando bolsas, comimos en un restaurante mexicano y luego cogimos un taxi para que nos llevara de vuelta cuando comenzó a caer la noche.

—Buenas compras —dijo *James* al vernos entrar cargados.

—Llevamos unos vibradores... ¿Te vienes a probarlos? —Cómo no, Luka directo a la yugular.

—Ya otro día si eso —contesto apretando los dientes y causándonos una carcajada.

Me despedí con un beso en los labios con Luka, como veníamos haciéndolo en infinidad de ocasiones.

Entré a la casa y dejé las bolsas en el pasillo, ahora no tenía ganas de ponerme a sacar nada.

Un mensaje de *Paul*, me llegó al móvil.

***Paul:*** *Mirar una foto tuya y comprender que me muero por besar tus labios de nuevo.*

¡Me lo comía! Eso era lo más bonito que me habían dicho jamás.

***Andrea:*** *Es leerte y saber que mi corazón solo late por ti. Te echo mucho de menos.*

Hala, si él estaba romántico, yo no iba a ser menos, además, él me ponía en ese estado.

***Paul:*** *Nuestro amor durará tanto como lo cuidemos y pienso mimarlo cada día de nuestras vidas.*

**Andrea:** *Vente ya, te echo mucho de menos.*

**Paul:** *Ojalá pudiera, pero tengo mucho trabajo y reuniones, por eso no te dije de venir para que no estuvieras sola todo el tiempo, pero en breve seré para ti las veinticuatro horas. Descansa, princesa.*

**Andrea:** *Está bien, pero no te soltaré en todos esos días que vamos a pasar juntos. Te amo, sí, te amo, como jamás sabía que se podía amar a nadie en esta vida. Te amo para siempre. Descansa...*

Esa noche lo eché tanto de menos que me costó mucho coger el sueño, pero me dije a mi misma que no sufriría, viviría esto como algo bonito y contando las horas para volvernos a encontrar, esas, que, aunque para mí suponían muchas, las iría pasando con cada día, añorando ese momento que estaba por venir.

## Capítulo 19



Me preparé un café y me senté en la cristalera que daba a la terraza, miré el móvil y *Paul* tenía un nuevo post. En una cafetería, se veía la mesa con un café en el que con la espuma le habían dibujado un corazón, su mano sujetándolo con un impresionante reloj de los que usaba y una agenda al lado, lo mejor era su frase.

*«Y pensar que no te gustaban las fiestas navideñas y ahora estás deseando vivirlas...»*

Me entró un ataque de risa, muy buena esa, seguían sin gustarme, pero era verdad que estaba deseando que llegara el día de Nochebuena para estar con él y disfrutar de su compañía, sus abrazos, sus besos, sus caricias...

Esa mañana me puse las pilas e hice un poco de deporte en casa, me había vuelto una vaga y no quería verme lamentándome, así que me di un buen tundo, luego una ducha, pijama y a preparar comida, no me iba a mover en todo el día...

Esos primeros días veía cada mañana el post que me dedicaba *Paul*, yo interactuaba con un “me encanta”, luego por la noche nos mandábamos mensajes diciéndonos lo mucho que nos echábamos de menos.

Llegó el viernes y le había prometido a *Luka* que saldríamos a cenar, hasta *Paul* me animó a ello para que no estuviera todo el día encerrada.

Me puse un pantalón de malla ajustada negra con brillo, un jersey suave que caía hacia un lado del hombro dejándolo al descubierto y viéndose el tirante de ratón blanco de mi sujetar, unas botas altas negras y un abrigo blanco, me encantaba esa combinación y más con los labios en rojo pasión.

—Ole los bombones —dijo *Luka*, al verme salir por la puerta.

—Hazme una foto —le di el móvil y posé sonriendo haciendo de modelo.

—Pedazo de foto que te hice —dijo enseñándomela.

—Trae que la subo al *Facebook* — no tardé en hacerlo.

Bajamos en el ascensor y *James* nos miró sonriendo.

—No sabes lo que te estás perdiendo —le dijo *Luka* mientras yo afirmaba sonriendo y él soltaba una carcajada.

Nos montamos en un taxi y miré el móvil, *Paul* había dado un “me encanta” y había puesto un comentario.

*«La belleza solo lleva tú nombre»*

Se lo enseñe a *Luka* que iba sentado conmigo atrás y se rio tocando mi rodilla con cariño.

Suspiré por cada palabra que me dedicaba aquel hombre que había irrumpido en mi vida poniendo todo mi mundo del revés y haciéndome volver una soñadora, romántica y sentimental.

Llegamos al restaurante donde teníamos reservada una mesa, nos pasaron a ella y pedimos un poco de todo para compartir.



—Me estoy acordando del día que te contrató el cliente, te taparon los ojos y luego descubriste que era *Paul* —dijo agarrando la copa de vino muerto de risa.

—Qué fuerte —reí negando—, qué mal lo pasé te lo juro, ahora me río y lo tengo como un recuerdo bonito y divertido, pero esos días lo pasé muy mal.

—Ya te digo, hasta yo, pero me voy a reír de esto toda la vida.

—Ya veo...—volteé los ojos.

—¿Sabes?

—Dime...

—Creo que ese hombre llegó para quedarse en tu vida.

—Yo no lo sé, pero si se va, me iba a partir en dos, es muy fuerte lo que siento por él.

—¿Y de verdad no vas a coger más citas?

—No, por ahora no.

—Deberías de aceptar su trabajo.

—También lo he pensado, pero quiero que pasen unos meses y ver cómo va esto.

—Te entiendo, ahora debes de disfrutarlo.

—Sí, en eso estoy, no imaginas la de recuerdos que tengo de estos días en su casa de las afueras, fue especial conmigo —miré mi muñeca con la pulsera que me regaló.

Estuvimos charlando toda la cena y nos bebimos una botella de vino, salimos achispados y cogimos otro taxi hacia un *pub*, ahora pegaba una buena copa de ron con cola, como buenos latinos.

Nos pusimos en la barra y no nos podíamos creer quiénes entraban por la puerta, *James* y su mujer...

Nos saludaron al vernos y luego se pusieron al otro lado de la barra.

—Y pensar que esa solita se está follando al bombón —Luka negó mientras daba un trago y yo me echaba a reír.

—Bueno, las hay con suerte, pero yo ahora me siento la más afortunada del mundo, no cambio a mi *Paul* por nada.

—Chocho triste —dijo negando y provocándome una carcajada.

—¡Tonto!

Sonaba la música de Romeo Santos y yo, claro, sentía devoción por esas canciones que no hacían otra cosa que incitarme a bailar y eso hice, Luka no tardó en agarrarme y nos marcamos ahí unos contoneos de caderas mientras él me llevaba, que ya había más de una babeando.

Y es que él, aunque conmigo se pusiera de forma exagerada a sacar su lado más femenino, realmente era un tipo con un físico espectacular y no dejaba entrever siempre ese lado ante el resto del mundo, ese que hacía babear a todo tipo de género.

El alcohol nos fue subiendo y ahí estábamos los dos muertos de risa, mirando de reojo a *James*, que se desvivía en atenciones a su preciosa mujer y es que ese hombre por lo que estaba demostrando la amaba.

Subí varias fotos a *Facebook* y a todas reaccionó *Paul*, incluso dejaba algún comentario que a mí me hacía babear.

Esa noche llegamos como cubas, me fui directa a la cama, pues todo me daba vueltas.

Por la mañana tenía una resaca de esas que te dejan con la boca como una zapatilla. ¡Madre mía!, ni moverme podía.

Me levanté a duras penas después de una hora ahí quieta, maldiciendo cada copa tomada el día anterior y es que nos habíamos pasado tres pueblos, como decía mi querido amigo Luka.

Una ducha y una pastilla con un zumo de naranja, porque si me tomaba un café lo echaba directamente.

Miré las redes y *Paul*, había subido una foto tirando una moneda en la Fontana di Trevi, estaba en esos momentos en Roma.

Su frase...

*«Mientras mi princesa duerme, yo pido un deseo por los dos»*

Sus muelas, a mí se me caía la baba y todo mi mundo con ese hombre que no hacía otra cosa que ganarse mi corazón, y mira que comenzamos mal, pues no veas la vuelta de tortilla que se había dado a nuestra historia, de bruja a su princesa...

Me tiré una foto de mis piernas cruzadas en el sofá con el café que me hice un rato después y mis uñas pintadas de rosa, tenía que poner algo bonito.

*«Me quedaría dormida unos días y despertaría el veinticuatro de diciembre...»*

Puse el móvil a un lado, me encendí un cigarrillo y me lo fumé mientras tomaba aquel café e iba aliviándose esa maldita resaca que me tenía de lo más agotada.

Un rato después estaba Luka aporreando mi puerta.

—Tú la resaca no la conoces, ¿verdad? —protesté abriendo y dirigiéndome de nuevo al sofá para taparme con la manta.

—Ni tú la simpatía —dijo marchando directo a la cafetera a preparar dos cafés.

Ni le contesté, esperé a que me trajera mi segundo café de la mañana y se sentó a mi lado.

—Te cuento... —dijo dándome un toque en la pierna— Resulta que mis padres necesitan unas pastillas urgentes que solo hay aquí y mandárselas tardaría una eternidad. Tengo que ir a Cuba el lunes y ya aprovecharé para estar cuatro días, he pensado que te podrías venir conmigo. Son solo cuatro días.

—¿A Cuba?

—Sí joder, a donde hacen los mejores mojitos del mundo y hay cada mulato que te mojarían las piernas...

—No quiero que nadie me las moje, solo *Paul* —reí.

—¿Eso es un sí?

—No lo sé, déjame pensarlo.

—¿Crees que le sentará mal a *Paul*? —preguntó con gesto irónico.

—No lo creo —reí—, aunque le voy a preguntar.

Se santiguó haciéndose el gracioso y le puse un mensaje a *Paul* comentándole lo de acompañar a Luka, vi que lo leyó al momento.

Me puse a cruzar los dedos ante la negación de Luka, que me quería matar, pero aguantaba la risa, que ya me lo conocía.

No tardó en contestarme.

***Paul:*** *Si me preguntas si me importa te diré que sí, pero eres libre y confío en ti, no quiero que estés encerrada, solo te pido que no te olvides de mí en ningún momento.*

Uf, esa respuesta no era convincente y me hacía sentir mal, pero tampoco tenía nada malo que fuera, yo no iba a hacer nada de lo que me pudiera arrepentir, pero...

—¡Este tío es gilipollas! —dijo Luka, cuando leyó el mensaje.

—Sin insultar —advertí con rostro de tristeza.

—No me digas que es normal esa contestación, eso quita las ganas, pero vamos, o vienes, o no

te miro más a la cara.

—No serías capaz... —le saqué la lengua.

—Ahora mismo saco los billetes, así que ya sabes, hoy y mañana para preparar las cosas, recuerda echar bañadores —se levantó y se fue.

A Cuba. ¡A Cuba! Y, joder, lo de *Paul* me había dejado un poco tocada.

Ese día me puse a preparar las cosas, eso sí, preocupada por lo de *Paul*, aunque yo sabía que no iba a hacer nada de lo que se tuviera que preocupar.

## Capítulo 20



Casi me tira la puerta abajo esa mañana en la que ya estaba lista para partir hacia Cuba.

—¡Niña, aligera, que está el taxi abajo!

—¿Y por no llamar al timbre y aporrear la puerta vamos a llegar antes? —resoplé agobiada.

Miré el móvil y vi que *Paul* había subido una foto de buena mañana de su mano con un café y una frase que ya me iba a comenzar a dar el viajecito.

«*Las horas duelen con más fuerza, días tristes. ¿Habrá que darles color?»*»

Se lo enseñé a mi amigo que volteó los ojos.

—Qué asco le estoy cogiendo —volteó los ojos de nuevo y se los tapó con la mano.

—Eh, no digas eso de *Paul*, por favor —resoplé enfadada.

—Espera, que me río porque puso que se va a buscar a una fulana. ¡Anda que!

—Quizás tampoco quiso decir eso.

—No, quiso decir que se va a robar flores.

—Paso de ti.

—¡Eso! Tú a las nubes, ahí estás mejor —no paraba de llevarse la mano a los ojos negando.

Ahora sí que me quedaba rayada y triste, con la sensación de que estaba enfadado, cosa que me había estado diciendo que no me preocupara, que disfrutara, que no lo olvidara y que viviera la preciosa Habana.

Eso sí, lo único que me pidió es que no me quedara en casa de nadie, que mejor en un hotel bien registrada por si pasaba algo en el país, sería a una de las primeras en sacar.

Me hizo gracia, pero acepté esa petición, además iba a estar más cómoda ahí, por las noches me acompañaría Luka hasta el hotel, aunque él, sí que se quedaría en casa de sus padres a dormir, realmente quería pasar bastante tiempo con ellos.

Nos dejaron en el aeropuerto y facturamos las maletas.

A las diez de la mañana ya estábamos montados en el avión, eso sí, sin hablarnos, el temita de *Paul* y lo que dijo de él, me sentó como una patada en los ovarios. La verdad es que no me gustaba que dijera esas cosas y más, cuando sabía que me hacían daño, pero bueno, era mi amigo y lo quería, pero tenía derecho a enfadarme un poco.

Una hora de vuelo sin hablarnos hasta que soltó otra puya.

—Seguro que cuando te bajes del avión y mires el móvil, ya subió una foto con otra diciendo que se lo está pasando pipa, lo veo.

—No me hables, te juro por mi vida que me voy a pasar los cuatro días en el hotel.

—Te digo yo que no —sonrió con ironía.

—Ya lo verás, en cuanto llegue allí me confino hasta que volvamos, paso de aguantarte.

—Tampoco te pedí que lo hicieras.

—Estás muy cínico y borde, pero ten claro algo, que a mí por esa línea no me tienes —le

advertí enfadada.

—Tú te lo pierdes que has perdido las bragas por un “paga mujeres”.

—No me vuelvas a hablar hasta que no me pidas disculpas —me giré a mirar por la ventanilla y me contuve de no decirle nada bien dicho, parecía otro, pero a mí no me iba a tratar así.

Maldecía el momento que acepté venir, me pasé el vuelo de lo más triste, callada, deprimida y con ganas de no salir del aeropuerto y montarme en uno de vuelta.

Salimos de allí, pasamos el control de inmigración y fuimos a por las maletas, yo lo seguía a todos lados un poco detrás de él, y luego nos fuimos hacia fuera a coger un taxi.

Paró en la puerta del hotel que tenía reservado, me bajé a coger la maleta y Luka se asomó por la ventanilla.

—Hasta el jueves, guapa —dijo con ironía levantando la mano.

Lo miré incrédula y me giré, entré adentro con rabia, lo desconocía como amigo, ni le importaba no verme hasta el jueves, no me lo podía creer, tenía ganas de llorar.

Me registré y me dieron la llave de mi habitación, un chico me acompañó con la maleta hasta la puerta, le di una propina y pasé la tarjeta de entrada a la habitación.

Abrí la puerta y tiré de la maleta, la dejé a un lado y entré quitándome la chaqueta de la cintura, hacía mucho calor en esa isla, ya que era pleno Caribe.

Algo hizo que me sobresaltara y cuando me fijé, me quedé en blanco, incrédula.

—¡¡¡Paul!!! —Ahora sí reaccioné y salí corriendo a sus brazos— ¿¿¿Qué haces aquí??? —Lo besaba mientras iba soltando un montón de lágrimas.

—Nada, me escapé esta semana de mi trabajo, porque me moría por verte ahora y al saber que te venías estos días comencé a volverme loco, menos mal que conseguí hablar con Luka para que me ayudara con esto.

—¿¿¿Luka???

—Sí, él sabía que llegaba esta mañana.

—Lo mato, ahora lo entiendo todo... —Me puse la mano en la frente mientras negaba riendo.

—No lo mates, fue un buen cómplice y así estamos juntos hasta el domingo, luego nos tendremos que separar una semanita más, pues vuelvo para Europa.

—¿Una semana?

—Ajá, no me voy hasta el domingo —me agarraba besuqueándome el cuello—. Si te quieres ir antes y dejarme solo...

—¡Una mierda, pero bien grande! —Lo besé súper emocionada.

Me cambié de ropa y me puse un vestido color safari por la rodilla, era de tirantes un poco ancho y cuadrado al pecho, luego llevaba unos botones de madera grandes hasta la cintura donde llevaba un cinturón de la misma tela de lino del vestido, me puse unas sandalias de cuña atadas al tobillo, en color marrón, eran cruzadas delante como con un nudo, muy bonitas.

No paraba de apretarme el culo en el ascensor mientras me decía lo guapa que estaba y me besaba el cuello.

No me podía creer que estuviera aquí conmigo y que encima fuésemos a pasar una semana juntos. ¡No me lo podía imaginar!

Me cogí de su mano y salimos del hotel para perdernos por La Habana Vieja.

Él conocía muy bien la isla así que sabía cómo moverse, yo solo me tenía que dejar llevar y disfrutar de ese país y de su sorpresiva compañía.

Estaba guapísimo, con una camisa blanca de manga corta guayabera y unos vaqueros desgastados por la rodilla y ajustados, con un dobladillo hacia arriba y unas deportivas blancas,

sabía cómo combinar la ropa dándole su toque especial.

Nos sentamos en una terraza en la Plaza de la Catedral, un grupo amenizaba tocando y cantando mientras la gente paseaba por allí y tomaba o comía algo.

Pidió unas cervezas y unos sándwiches con patatas, me cogió la mano por encima de la mesa y comenzó a acariciarla mientras me miraba sonriente.

—No te imaginas lo que te he echado de menos.

—Y yo, pero eres un celoso. ¿Pensabas que iba a hacer algo en esta Isla? Aunque repito, prefiero esos celos y tenerte aquí.

—Me comían por dentro, fue escuchar que te venías aquí y me entró tristeza y muchos miedos... No lo pude evitar —seguía acariciando mi mano.

—Me alegre, no sabes la falta que me hacías —sonreí.

—Dejé a uno de mis socios allí tomando decisiones solo —sonrió—, menos mal que tiene mucho carisma y alma empresarial, no suele equivocarse, además le dije que cuando yo volviera, él se iría, ya que yo me quedaría a cargo de la última semana y como que se puso contento —me hizo un guiño.

—Entonces genial —le apreté la mano emocionada.

—No sé vivir sin ti, te juro que no sé cómo hacerlo, sobrevivo cada día, pero me faltas tú y todo lo que me haces sentir cuando estoy a tu lado.

—No me digas eso —me tiré hacia su lado para darle un beso en el cuello.

—Has cambiado mi mundo, Andrea —se giró, agarró mi barbilla y me besó.

—Y tú el mío *Paul*, y tú el mío —reí devolviéndole los besos.

Miraba a mi alrededor y veía el ir y venir de los turistas, lo animada que estaba la plaza, la vida que había en ella y yo allí, con *Paul*, comiendo y acariciándonos la mano mientras nos mirábamos sonrientes. ¿Podía ser más feliz?

Terminamos de comer y nos fuimos a pasear por esas calles coloniales donde daba la impresión que en muchos edificios se había parado el tiempo hacía muchos años.

Pasamos por un bar donde había un grupo musical amenizando a la gente que tomaba mojitos y ahí fuimos nosotros, pedimos dos y nos salimos a bailar con toda esa gente que bailaba animadamente.

Me encantaba bailar con *Paul*, era tan sensual y lo hacía tan bien, que conseguía sacar lo mejor de mí.

Apoyamos los mojitos sobre una ventana de la calle, me agarraba, me guiaba, me provocaba, me hacía sentir en esos momentos la mujer más feliz sobre la faz de la tierra.

Me hizo gracia porque había unos cubanos al lado nuestro bailando y nos hicieron un gesto para cambiar de pareja para bailar, pero *Paul* sonrió negando y pegándome contra él, dando a entender que, ni de coña, que yo era suya y no me cambiaba ni por un momento.

De allí nos fuimos a otro bar, íbamos de baile en baile, de mojito en mojito, de beso en beso, de caricias, de miradas... Disfrutando de ese primer día por las calles de aquella ciudad que vio nacer a mi amigo Luka, ese que por cierto me había engañado durante todo el viaje el muy ca...

Pasamos toda la tarde así, pasándolo en grande por esa Habana que tanta personalidad tenía y que te arrastraba a formar parte de ellos.

Por la noche nos fuimos al famoso “Malecón”, allí en ese muro que separa la ciudad del mar, una preciosidad donde nos sentamos a observar cómo se reunían allí tanto turistas, como la propia gente de la ciudad que amenizaban el ambiente cantando, bailando o tomando un trago, estaba lleno de vida.

Pasó una pareja mejicana y *Paul* les pidió que nos hicieran una foto con su móvil y nos hicieron la foto más bonita del mundo, lo mejor de todo es que la subió a su *Facebook* y puso un texto que me enseñó una vez lo publicó.

*«De todos los lugares del mundo, el que sea, pero a tu lado...»*

Y una foto dándonos un beso delante del Malecón, suspiré al verla y él sonrió feliz de que me hubiera gustado.

Nos fuimos andando hacia el hotel, el día había sido largo y precioso.

Llegamos y nos fuimos directos a la ducha donde nos deshicimos en abrazos y besos, volviendo a unirnos para ser uno solo...

## Capítulo 21



Abrí los ojos y por la rejilla de las cortinas vi que *Paul* estaba en la terraza fumando un cigarrillo mientras miraba para el Malecón.

Sonreí, pero lo extrañé al lado en mi cama, así que salí hacia fuera y se giró sonriente, no tardó en abrazarme.

—Buenos días, princesa.

—Buenos días, amor mío —lo abracé fuerte.

—¿Preparada para pasar un día en la playa?

—¡Sí! —exclamé feliz.

Y sí, estaba loca por pasar un día de playa con él y disfrutar de ese sol que solo en pleno diciembre podían regalarnos los lugares del Caribe.

Me cogió en brazos, me llevó hacia dentro y lo hicimos como locos, había una tensión sexual entre nosotros difícil de resolver, de esas que siempre están ahí.

Bajamos a la terraza del restaurante a desayunar, yo estaba flotando en una nube, pues aún no me creía que lo tuviera allí conmigo y es que me había enamorado hasta las trancas de ese hombre que tenía ahí sonriendo y haciéndome emocionar como una niña pequeña.

Un taxi nos llevó a una preciosa playa al este, allí nos pusimos cerca de un restaurante que te llevaba a la arena lo que pidieras.

Me quité el vestido y arqueó la ceja sonriente mirando mi trikini blanco, sabía que le gustaba lo que estaba viendo.

—Te cogería ahora mismo y te haría lo que no imaginas.

—No creo que me pudieras hacer más de lo que ya hicimos —le hice un guiño.

—¿Segura? —Cogió mi mano, me cogió en brazos y corrió hacia el agua mientras yo me moría de la risa.

Entró sin frenos y nos sumergimos en el agua.

—Menos mal que no está muy fría, menos mal —dije riendo.

—¿Por qué dices que no te puedo hacer más de lo que ya hicimos? —preguntó metiendo la mano entre mis piernas, gracias a que solo estábamos los dos en el agua y en la playa solo había dos parejas muy de lejos. Era diciembre y no había apenas nadie.

—Paul...

—Dime, dime —metió la mano por dentro y sus dos dedos fueron hacia mi interior.

—No, aquí no —reí.

—Estamos hablando —movía sus dedos a modo de penetración.

—Sabes que me estás metiendo los dedos hasta el estómago, así que no digas tonterías —reí casi jadeando cuando los noté que se iban a mi clítoris.

—Responde, ¿crees que lo hemos hecho todo en la cama? —carraspeó con ese movimiento de



dedos que me estaban poniendo como una moto.

—Tampoco nos falta mucho —reí jadeando y apoyando la cabeza en él.

—Vale, lo veremos —murmuró cuando ni pude contestar llegando a ese momento de intensidad.

—Yo a ti te mato que lo sepas, te mato directamente —reí negando y metiéndome a darme una zambullida.

Salimos hacia fuera a tomar el sol y pasó un chico vendiendo cocos, cogimos uno bien grande que nos preparó para tomarlo, nos hicimos una foto y esta vez fui yo quien la subió al *Facebook*.

«*En algún rincón del mundo...*»

—¿Eso nada más?

—La foto lo dice todo, mira nuestras sonrisas —reí.

—Me quieres poquísimo —negaba.

—De eso nada, sabes que me muero por ti —reí.

—No te mueras tú tanto, y quiéreme más.

Cogí el móvil y edité la publicación.

«*En algún rincón del mundo, con mi mundo...*»

—Ahora sí —mordisqueó mi cuello.

Me encantaba que se pusiera así de tontito, señal de que le gustaba y mucho, era eso, no podía ser otra cosa y quería ser especial, me gustaba muchísimo y me derretía, esa era la verdad.

Comimos en la playa y pasamos el día ahí, volvimos al hotel a las siete de la tarde para ducharnos y perdernos por la ciudad.

—Mañana te tengo una sorpresa —dijo mientras cogía mi mano para salir del hotel.

—¿Qué tipo de sorpresa?

—Ya lo descubrirás —me pegó a él y me besó la mejilla.

—¡Ah no!, a mí no me dejas con la intriga que me como las uñas, me pongo nerviosa y puedo entrar en *shock*.

—Mira, por nada del mundo quiero que entres de nuevo en *shock*, que ese susto no se me va a quitar del cuerpo en la vida —recordó riendo.

—Pues dime la sorpresa.

—Solo te diré que nos vamos a un lugar de Cuba hasta el sábado, sé que te encantará.

—Vale —aplaudí emocionada.

Llegamos a un restaurante y a la vez de nosotros llegó Luka, me reí mirando a *Paul*, sabía que todo lo estaban planeando entre ellos y era una sorpresa.

Lo puse verde mientras reía por lo que me hizo pasar en el viaje y él lloraba de la risa señalando a *Paul*, que lo miraba indignado, nos reímos un buen rato y pasamos una velada de lo más divertida.

Luka se volvía el jueves porque el viernes tenía que acudir a un evento al que había sido invitado, nos despedimos de él y ya quedamos en vernos el lunes en casa.

Volvimos al hotel y preparamos todo para irnos al día siguiente.

## Capítulo 22



Besuqueaba mi entrepierna mientras yo me estiraba despertándome.

—Luka...

—Dime —se asomó sonriente entre mis piernas.

—Nada —reí, fue bajando mi braguita y me abrió bien las piernas.

Sus manos abrieron mis labios y su boca comenzó a mordisquear y lamer toda mi zona sensible y su interior.

Me agarré a las sabanas y me retorcí hacia atrás, no podía soportar aquella excitación que me estaba llevando a lo más alto, sus dedos intervinieron de manera salvaje y me corrí de tal forma, que debieron de enterarse todos los huéspedes de esa planta.

Luego me penetró agarrando mis pechos y fue otro momento brutal, como todos los vivía con él.

Nos duchamos, vestimos y bajamos con las maletas que dejamos en la recepción y tras desayunar, un taxi nos esperaba para llevarnos al aeropuerto. Nos íbamos a Cayo Coco, el más bonito de toda Cuba, me emocioné al verlo en el letrero, Luka me había hablado mucho de él.

Durante el vuelo nos reíamos mucho, yo iba tan nerviosa que le estaba poniendo la cabeza como un bombo, pero a él, le encantaba escucharme.

Llegamos y nos trasladaron a nuestro hotel, un *resort* pequeño y precioso, con bungalós mirando al mar, piscina privada y barra de bar acuática para nosotros solos, aquello me dejó alucinando.

Colocamos las cosas y me puse un bikini de hilo fino en blanco, precioso, me gustaba ese color. Salimos a la piscina frente al mar, todo privado para nosotros. *Paul*, se metió dentro de la barra y yo me senté por fuera de la piscina, con el agua hasta la cintura, puse mi neceser con el móvil y el tabaco que saqué para fumarme uno.

Sirvió dos copas de vino y brindamos dándonos un beso por encima de esa barra, dejó la botella en una cubitera y salió a sentarse conmigo mientras escuchábamos música cubana desde mi móvil, a los Orishas.

—Me encanta, mira el mar —señalé hacia el—. Es un plato de un turquesa infinito, y nosotros aquí, esto es un sueño —suspíre emocionada ante toda esa belleza que teníamos ante nosotros.

—Me alegra que te guste —besó mis labios.

Me agarró y me puso entre sus piernas agarrándome por la cintura.

—Esto te sobra estos días, nadie te verá —se deshizo de la parte de arriba de mi bikini mientras yo reía negando—. Ahora estamos en igualdad —dijo tocándome los pechos y mirándome de forma penetrante.

—Mejor para mí, así me las pongo morenitas —me encogí de hombros mientras él, seguía acariciándolas.

Agarramos la copa y brindamos de nuevo, me tenía tan pegada que comenzaba a notar su miembro hinchado.

Mordisqueé su labio al sentir cómo movía mis caderas para que notara más su miembro, ya comenzaba a ponerme de nuevo con esa excitación tan fuerte que me entraba con solo rozarlo.

Me separé riendo, viendo que de nuevo me iba a venir arriba y ni la copa iba a tomar tranquila. Me puse dos taburetes más alejada mientras *Paul* arqueaba la ceja y me hacía el gesto con la mano de que fuera a él, con la otra agarró la copa y dio un trago sin dejar de mirarme.

—No voy a ir, me quiero tomar la copa tranquila.

—Te la puedes tomar aquí conmigo...

—¡No! —mis carcajadas nerviosas se intensificaban.

—Cuento hasta tres o será peor —carraspeó y dio un trago.

—No, no, a mí no me amenes que te parto la copa en la cabeza, te lo advierto... —Le señalaba a carcajadas.

—Atrévete a hacerlo, te voy a contar hasta tres, en cuanto acabe la copa.

—Mira *Paul*, te voy a decir una cosita alta y clara —me miraba consiguiendo que carcajeara, era desafiante e irónico—. Como me pongas un dedo encima...

—Tres, dos...

—¡Qué te calles! —chillé nerviosa llorando de la risa y viendo cómo se levantaba y lo único que se me ocurrió fue subir las dos escaleritas que había a un lado y correr.

Corrí sin mirar atrás y sabiendo que me iba a coger, no sabía si venía detrás, pero coger me cogería en cualquier momento, corrí hasta la orilla y me giré, lo vi andar tranquilamente y mirándome fijamente.

—¡*Paul*, retrocede! —grité doblándome de la risa.

Ni caso, venía flechado así que corrí hacia la derecha y luego subí de nuevo al bungalow y me encerré en él. Lo vi llegar tras los cristales y se metió en la piscina, se echó una copa y se encendió un cigarrillo mirando hacia mí y haciendo un guiño de ojo el muy capullo.

Abrí la puerta y me puse por fuera.

—*Paul*, prométeme que no me vas a hacer nada —me reía y me ponía nerviosa su tranquilidad.

—Nada, después del paseíllo que me has hecho pasar, nada, no te haré nada que no te merezcas —soltó con doblez causándome más risa.

—Te juro que me encierro y me acuesto a dormir.

—Ya te asustarás cuando necesites salir y te veas a tres mulatos esperándote —sonrió.

—Pues mira, lo mismo me lo paso de muerte —le saqué la lengua, haciéndole una burla.

—O sea, el problema soy yo, conmigo no te lo puedes pasar de muerte, con ellos sí —estiró la mano e hizo un gesto de cara—. Puedes venir tranquila, no seré yo quien te ponga una mano encima.

—¡Si hombre!, ahora dime que te has enfadado.

—Para nada, cuando te tires a los tres mulatos, entonces me dices qué te compensa más —dijo con el rostro serio y sin mirarme.

—Joder, no te vayas a enfadar por esa tontería, por Dios, era una broma —dije acercándome y viendo cómo ni me miraba, ni sonreía. Joder, eso sí que me cagaba—. *Paul* —me acerqué a él para que me miraba y ya...

—¿Ahora qué? —Me agarró riendo.

—¡Imbécil! —reí intentando deshacerme de sus brazos y que me tenía entre sus piernas.

—Ahora vas a pagar todo lo que has hecho —carraspeó mordisqueando mi cuello.

—No, no, me niego —reía nerviosa—. Vale, pero déjame tomar una copa que me muero del calor, que me recorrí toda la playa.

—Vale —enrolló sus piernas en mis caderas y me sirvió una copa—. Toma —la puso en mis manos.

—¿Puedo sentirme libre? —Miré a sus piernas.

—¿Quieres libertad?

—Ya empezamos... —Volteé los ojos provocándole una sonrisa.

Deslió sus piernas sonriendo.

—Puedes quitarte si quieres —murmuró mirándome mientras sujetaba su copa con el brazo sobre la barra.

—Pues ahora no me quito —me encogí de hombros y di un trago a mi copa.

—¿Qué hago contigo?

—Disfrutar de este maravilloso lugar, las copas, el sol, la música que te tengo puesta tan bonita —hice un intento de piedad.

—¿Y? —Soltó la copa con calma y puso sus manos en mis glúteos y me pegó a él.

—Un poquito de sexo —hice el gesto con los dedos y me besó riendo.

—¿Un poquito nada más?

—Vas a hacer lo que te dé la gana —reí—. Así que, todo lo que quieras.

—Pero me has rehuído.

—Hombre, me amenazaste —reí echándome en su hombro.

Puso su mano a cada lado de mi parte baja del bikini y deshizo los nudos, me lo quito y lo puso al otro lado junto a la parte de arriba.

—En esta isla está prohibido andar con ropa —mordió mi labio.

—¿Y tú?

—Ahora tengo que entrar cuando suene el timbre para abrir por detrás y que dejen el carro de la comida.

—¿No vamos a salir hasta el sábado?

—Ya veremos —volvió a mordisquear mi labio y sonó el timbre.

Se levantó haciéndome un gesto de que me esperara aquí y fue hasta el interior para abrir por el otro lado, me quedé con la sonrisa floja y es que me gustaba demasiado ese hombre, me imponía mucho y sentía que le pertenecía en cuerpo y alma.

Volvió con una bandeja gigante entre las manos, se metió con ella en la piscina y la puso en la barra, era toda de marisco, con dos langostas que hacían babear.

—Me muero, qué buena pinta tiene todo —dije mientras él rellenaba las copas de vino blanco.

—A disfrutar, princesa —me apretó el culo.

Joder todo tenía una pinta para morirse, comencé a comerme la langosta como si no hubiera un mañana. *Paul* me miraba sonriendo con esa sonrisa pícaro que sabía provocar ese nerviosismo en mí.

Devoramos los langostinos que venían a la brasa, la langosta, un choco a la plancha, además de las verduras que pusieron alrededor, sentía que iba a explotar.

Terminamos de comer y llevó la bandeja a la entrada del otro lado para dejarla sobre el carrito.

Me encendí un cigarrillo viendo cómo volvía sin su bañador, como Dios lo trajo al mundo, con ese cuerpo que era todo un espectáculo para mi vista.

Se metió en la piscina y me pegó a él de espaldas mirando hacia la barra y se sentó, luego me apoyó sobre el huequito que sobraba entre sus piernas mientras me abrazaba y me mordisqueaba el cuello.

—Ahora nos vamos a ir a las camas balinesas de la playa —murmuró en mi oído.

Vamos que estaban a unos metros en esa zona privada que teníamos para nosotros en aquella esquina de la isla.

—Me vas a dejar dormir la siesta...

—Claro, te relajaré dándote un masaje.

—Acepto, acepto.

—Traje de París unos aceites y alguna que otra cosa —murmuró en mi oído.

—Especifica eso de alguna que otra cosa... —reí.

—Luego lo descubrirás, curiosa —me apartó después de darme un bocado en el lóbulo de la oreja—. Vete hacia allí, te tiras relajada bocabajo y ahora voy.

—Relajada dice, y ya estoy nerviosa —resoplé riendo, viendo cómo entraba en la habitación.

Me fui hacia la hamaca y me tiré como él me había dicho, ¿quién se iba a privar de un masaje en pleno entorno caribeño?

Estaba sombreada por una especie de carpa que rodeaba esa cama con colchón de exterior en blanco, el techo de madera, aquello era una estampa preciosa en la que todo estaba cuidado al milímetro.

Lo vi venir con una cubitera, dos copas dentro y una botella, en la otra mano traía una especie de neceser grande, que no se lo había visto antes.

Se puso a un lado de la cama que estaba en alto sobre su cintura, colocó todo cerca suya donde había una tabla, llenó las dos copas de vino y me ofreció una, dejándola ante mí que había otra tablita, así que levanté la mano y le di un trago.

La música latina seguía sonando desde mi móvil, apoyé la cabeza entre mis manos mirando hacia el lado contrario a donde estaba él, cerré los ojos y me relajé notando ese aceite que comenzaba a echar desde mi cuello hasta mis muslos.

Sus manos comenzaron a extenderlo con masajes pronunciados, pero a modo de caricias, estaba tocando mi espalda con una habilidad que comenzaba a adormilarme.

Se fue hacia mis nalgas, las masajeaba metiendo los dedos pulgares entre las cachas, casi lo podía notar jugar con la entrada de mi ano, pero yo estaba tan relajada y a tan gusto, que podía hacer conmigo lo que quisiera.

Abrió los cachetes con sus dedos y disparó con un *spray* hacia él, noté una sensación extraña pero placentera.

Siguió masajeando las nalgas y con los pulgares iba presionando de vez en cuando un poco en la entrada, me estaba excitando en aquel relax que era de lo más sensual.

Paró un momento y escuché cómo sacaba algo de un plástico, yo no pensaba ni preguntar, solo me iba a dejar llevar por aquel hombre del que me fiaba por completo.

Me abrió bastante las piernas.

—No te muevas, por favor, no te va a doler, pero intenta relajarte.

—Lo estoy —murmuré casi dormida.

Con una mano abrió bien mis cachas del culo y puso algo como a presión en la entrada y note que de en medio, salía como una especie de tubito como de silicona que entró un poco adentro.

—¿Bien?

—Sí.

—Aguanta un poco más —presionó para que entrara otro poco y no sentí en ningún momento dolor, solo algo de incomodidad—. Bien, muy bien.

Noté cómo empezó a disparar hacia dentro un gel por ese tubo, solté el aire despacio sin moverme, estaba súper excitada.

Sacó el tubo con cuidado, pero dejó en la entrada eso que separaba los cachetes, podía notarlo todo a la perfección.

—Andrea—dijo poniendo una crema a la entrada

—Dime.

—Si te duele un poco en algún momento me lo dices, quiero que disfrutes...

—Vale.

Note que cogió un látex, luego puso uno de sus dedos con ello puesto en mi culo.

—Relaja, relaja —decía en voz tranquila y suave mientras iba metiendo su dedo hacia dentro.

Fui soltando el aire y fue entrando, poco a poco, pensé que no iba a entrar, pero lo hizo, lo movió un poco y lo sacó con cuidado, luego quitó lo del culo.

—Date la vuelta —dijo dándome dos toques en la cadera y me giré adormilada, pero sonriendo.

Me puse boca arriba y me tapó los ojos con un antifaz, me reclinó las piernas y las abrió.

Noté ese aceite en mis pechos derramarse y luego a lo largo de mi estómago hasta mi Monte de Venus.

Me abrió los labios con sus dedos y echó el *spray* dentro de mi vagina, dos disparos, me hicieron moverme un poco por el placer que sentí con ese contacto.

Me masajeaba los pechos y pellizcaba mis pezones causándome un placer mezclado con dolor que era increíble, pensé que no lo aguantaría, pero lo hice, estuvo un buen rato así, pensé que iba a reventarlos.

Sus manos bajaron a cada lado de mi estómago masajeándolo con intensidad, yo me estaba poniendo como una moto a punto de salir disparada, aquello me estaba causando una excitación de lo más fuerte y lo peor es que mi cuerpo quería más, mucho más.

Metió los dedos en mi interior, hasta el fondo, tiró un poco hacia fuera mientras yo dejaba escapar algún que otro jadeo y con su otra mano me apretaba en la cadera para que no me moviera.

Cogió uno de los cojines que había a un lado de la cama y lo colocó bajo mis caderas para que estuviera más alta.

—Relájate y no me cierres las piernas hasta que yo te diga.

—Vale —murmuré a ciegas.

Noté como iba metiendo un miembro grande por delante, y conforme iba entrando, otro se iba pegando a mi culo. No me lo podía creer, dos entrando no lo iba a aguantar.

Y fue entrando por detrás también mientras yo resoplaba con excitación y me quejaba a la vez que disfrutaba.

Pensé que reventaba, que no lo aguantaría, pero metió las dos cosas y yo parecía una bolsa a presión, no me podía mover.

—¿Bien?

—Sí.

—Me encantas —apretaba mis mulos masajeándolos y de repente esos dos aparatos que parecían unidos comenzaron a vibrar lentamente.

—Me muero, te juro que me muero —grité entre risas, excitación, presión y placer.

—No —noté en mis pezones y entre sus dedos un hielo que fue deslizándose—. No te mueres, disfruta, no hay prisa.

Los fue poniendo en uno y en otro, aquello me iba a hacer explotar, cuando de repente puso en mi clítoris un aparato que supe que era un succionador y más, cuando le fue metiendo velocidad y comencé a chillar loca de placer. Se debieron escuchar mis gemidos en “to” la isla, pero es que

no podía con aquello, era demasiado.

Me corrí a gritos, literal, luego respiré con dificultad mientras él paraba todo y me quise hasta dormir del cansancio que tenía.

Noté cómo iba sacando las dos cosas y sentí un alivio brutal al notar que ya no había esa presión en mi interior.

Lo sentí ponerse en la cama entre mis piernas y comenzar a penetrarme mientras las coloca por encima de su hombro, yo me agarré a una de las almohadas con fuerza, iba a reventar de placer, este hombre me causaba todo aquello que jamás pensé que se pudiera llegar a sentir.

Bajó mis piernas y me dijo que no me quitara el antifaz, me hacía algo más y ya me moría.

Se bajó de la cama hizo alto y luego tiró de mis manos y me ayudó a bajar.

—¿Y ahora nos vamos a dar una vuelta a ciegas? —pregunté agarrada de la mano y siguiéndolo por la arena.

—Así es, usted está privada de la visión hasta que yo lo diga —decía en tono serio, pero gracioso.

—¿Qué habré hecho yo para merecer tanto placer? —pregunté haciendo como la que lloraba y noté que nos metíamos en el agua, menos mal que estaba como un plato y ni olas había.

—Esto no hizo más que empezar —me pegó a él, cuando el agua estaba por la cintura y me mordisqueó el labio.

Noté que se encendía un cigarrillo y acto seguido lo puso en mi mano.

—Disfrútalo, te lo has ganado —dijo causándome una carcajada.

Me aparté un poco y comencé a fumar el cigarro mientras me agachaba un poco, aquel silencio donde podía escuchar ese mar en calma era un pedazo de sensación para mis oídos, estaba relajada bajo aquel antifaz que me tapaba los ojos.

Me quitó el cigarrillo de las manos cuando me lo terminé, y me zambullí. Luego agarró mi mano y me llevó hasta la cama de nuevo donde nos tumbamos, me eché sobre su pecho y nos quedamos dormidos un rato.

Desperté con sus besos en mi frente y su mano ahuecada sobre mi cuello.

—¿Con ganas de merendar? —preguntó quitándome el antifaz.

—Sí, la verdad es que tengo hambre.

—Vamos hacia dentro, hay pan y cosas que dejaron en la habitación, y preparo dos cafés de capsulas.

—No puedo con mi cuerpo.

—Sin problemas —me cogió en brazos, el neceser y la cubitera los dejó ahí.

Me dejó sobre un sofá de exterior que había en el porche del bungalow y apareció al poco tiempo con unos sándwiches y café.

Cuando terminamos de merendar nos fuimos a la piscina a tomar un ron con cola, allí el cuerpo pedía de todo, el calor invitaba a estar todo el día bebiendo.

Estuvimos charlando entre besos y hasta bailamos desnudos en la piscina, me encantaban esos momentos a su lado, cómo me trataba y cómo me ponía como una moto.

Esa noche nos trajeron la cena y luego nos fuimos a la cama balinesa de la playa a tomar algo, seguíamos desnudos.

Nos sentamos mirando hacia el mar, yo entre sus piernas y como Dios nos trajo al mundo, las copas en una tabla al lado donde también puso el neceser.

—Pedazo de estampa —dije mirando al mar.

—Un pedazo de estampa como bien dices —estiró la mano y cogió el neceser que puso a su

lado—. Y lo vas a pasar genial —me enseñó un miembro grande que tenía lo que parecía un succionador paralelo.

—Eso no me entra a mí —reí nerviosa.

—Claro que sí —abrió mis piernas con su otra mano y lo puso en la entrada de mi sexo.

—*Paul*, eso no entra —reí nerviosa al sentirlo al principio y cómo iba empujando hacia dentro. Empujó con fuerza y colocó bien la otra parte que estaba apretando con fuerza mi clítoris.

—Voy a estallar —reí sin fuerzas.

—¿Preparada? —preguntó antes de ponerlo a funcionar.

—No lo sé —dijo y eso comenzó a succionar mientras el de la vagina, se movía como con unos pinchos de silicona y comencé a gritar gimiendo como loca.

Él me sujetaba con las manos sobre los pechos y me los pellizcaba, yo gritaba con intensidad sobre gemidos y casi sin fuerza, aquello me estaba causando una excitación demasiado fuerte.

Lo paró de repente y con las manos me echó hacia adelante dejándome caer sobre mis codos y mis rodillas, de modo que quedé completamente expuesta ante él.

—No me metas nada más, por Dios —advertí cogiendo aire y nerviosa, pero excitada, estaba muy excitada.

Su dedo se posó en mi ano poniendo un gel y luego puso un aparato a la entrada, luego volvió a meterle caña al succionador y vibrador mientras iba metiendo eso por detrás y yo chillaba bocabajo, pensando que no aguantaría ese dolor entremezclado con el placer.

Ni chillidos ni nada, lo metió hasta el fondo y luego cuando me estaba corriendo fue sacando a la vez lo de atrás, me quedé tumbada sobre mis codos y rodillas, *Paul* sacó todo.

Lo escuché ponerse un preservativo, levantó mis caderas y me penetró. Comenzó a hacerlo rápido y con fuerza, de forma sincronizada, yo miraba al horizonte pensando que de esta no sobrevivía, pero sí, claro que sobreviví, cuando terminó cerré los ojos y no tenía ni fuerzas para moverme.

Agarró mi cuerpo y volvió a ponerme de espaldas a él, yo me eché hacia atrás rendida sin poder coger ni la copa, él seguía jugueteando con mis pezones.

Nos tomamos dos copas un rato después y nos fuimos a dormir, el día había sido excitante y largo, la verdad que había disfrutado muchísimo.

Desperté y no estaba en mi cama, sabía que estaba fuera y salí hacia allí, ya estaba con su café en la mano y se levantó a abrazarme, me dijo que me sentara que llamaría para que nos trajeran el desayuno y me preparaba mientras un café, me encantaba lo atento que era conmigo.

Volvió con mi café mientras yo me escribía algunos mensajes con Luka, ese día volvía para *New York*.

Tras el desayuno nos fuimos a perdernos fuera del *resort* por ese Cayo que era una preciosidad cubana y *Paul* había alquilado una moto pequeña para recorrer la isla.

Nos fuimos a una playa donde había un chiringuito de lo más animado, nos pedimos unas cervezas y nos sentamos en unos columpios que había en la orilla del mar, aquello era una pasada.

Estuvimos toda la mañana allí tirándonos infinidad de fotos y a la hora de la comida nos fuimos a otra playa, a un restaurante de especialidad en mariscos.

El chico era súper atento y guapo, vi la cara de *Paul* volverse celosa y es que no me lo podía creer, mi chico se ponía celoso cuando el camarero se acercaba y se dirigía a mí.

—Estás celoso —dije negando cuando el mulato nos dejó la bandeja con las cosas.

—No, pero le faltó que se le cayera la baba encima de la comida.



—¿En serio? —reí negando.

—¿Te hace gracia?

—Me haces gracia tú, no entiendo esos celos por nada.

—¿Quieres que ponga a babear a alguna cubana?

—¡Atrévete!

—¿Me estás poniendo a prueba?

—No, pero de verdad no deberías sentir celos por alguien insignificante, mi mundo eres tú — dije cuando apareció de nuevo el chico con una cestita con el pan.

—Para los señores —me hizo un guiño y...

—A ese lo reviento como te vuelva a hacer otro guiño.

—De verdad, me estás quitando las ganas de comer.

—¿Yo, o él? —preguntó con doblez.

—A mí no me trates como si yo fuera la que provocara que me hagan un guiño.

—No estoy diciendo eso, pero te estuvo haciendo gracia.

—¿Quieres que lllore?

—Da igual, debe ser que te gusta entrar en el juego.

—¡Vete a tomar por culo, *Paul*, vete! —Me levanté y me fui hacia fuera a fumar un cigarro pasaba de comer, a mí este no me iba a achacar que yo provocaba nada. ¡Hasta ahí podríamos llegar!

Diez minutos y salió, arrancó la moto, se montó, esperó a que yo lo hiciera y volvimos para el *resort*.

Me fui directa a la piscina, entré a la nevera de la barra, cogí una cerveza y salí afuera para tomarla relajadamente.

*Paul* vino, cogió otra y se sentó al lado, pero en el borde de la piscina no en los taburetes de material que había dentro.

Me puse mirando hacia la playa escuchando a Romeo Santos en mi móvil, me daba rabia que se hubiera puesto con esa cara como si yo tuviera la culpa de que el mulato me mirase, vamos que, si llega a ver las que le monto a *James*, le da un soponcio.

Un rato después me salí y fui a tirarme en la cama balinesa frente al mar, pasaba de estar ahí incómoda sin hablarnos y sin él bajarse del burro, vamos que pasaba, es que pasaba.

Me quedé frita y cuando me levanté lo tenía a mi lado apoyado sobre la madera de la cabecera y sentado mirando al mar.

—¿Mejor?

—¿A mí me lo preguntas? —Me senté con la mano en el pecho y una indignación increíble.

—Tú abandonaste la mesa —dijo en tono enfadado.

—¿Te han dado alguna vez por saco? —pregunté levantándome y marchando hacia el agua. Corrió hacia mí y me agarró del brazo.

—¿No crees que te estás pasando?

—No, el que te estás pasando eres tú —me solté y continué andando. Se volvió a poner a mi altura y delante de mí cogiéndome por los hombros.

—¡No puedo ver que nadie te mire como lo hago yo!

—¿Y crees que alguien es capaz de hacerlo? ¡Tú eres tonto!

—Joder, tengo miedo a perderte —dijo con dolor y rabia.

—¿Y por eso lo tienes que pagar conmigo? ¿A mí, que dejaría todo por ti? ¿A mí que estoy al cien por cien por ti? ¿A mí, *Paul*? —preguntaba con rabia.

—Lo siento, de verdad —me abrazó.

—Joder, *Paul*, no puedes permitirte decir que yo provoqué una situación.

—Me muero de celos, y no supe qué decía.

—Pues la próxima vez te muerdes la lengua, no puedes actuar de esa manera, me hace daño, yo no te digo a ti a quién miras o no, yo no soy así.

—Lo sé —decía abrazándome.

Lo amaba y lo abracé con fuerza, pasamos el resto del día de una forma muy bonita, con miradas, risas, abrazos, al igual que al día siguiente que lo pasamos entre la playa, la piscina, comiendo, bebiendo, haciendo lo que tanto nos gustaba y viviendo aquello a sabiendas que el domingo volvíamos a separarnos. Aún nos quedaba por vivir el último día en La Habana y lo quería hacer a tope.

## Capítulo 23



Después de recoger todo y un buen desayuno, nos llevaron al aeropuerto para salir hacia La Habana, era muy temprano, así que a las once ya estábamos en el hotel y listos para irnos a callejear por la ciudad.

*Paul* habló con un taxista de moto llamada Coco Taxi y se iba a encargar de llevarnos dentro de aquel medio casco en forma de coco, en el asiento de atrás a descubrir la ciudad.

Nos llevó por el Vedado, Miramar y de ahí a la Plaza de la Revolución donde se encontraban las imágenes sobre edificios del Che Guevara y Camilo Cien fuegos al lado de la estatua de José Martí.

Nos tiramos unas fotos y luego nos fuimos a El Capitolio, una réplica al de *Washington*, de allí de cabeza al Parque Central donde me quedé alucinada no solo por edificios emblemáticos de La Habana, sino porque era donde había más coches juntos de los años cincuenta en muchos colores diferentes, me tiré unas preciosas fotos.

Luego nos llevó a la Plaza de Armas, llena de libros, banderas y un montón de cosas para comprar, además de muchos artistas callejeros.

Estuvimos moviéndonos toda la mañana por la ciudad, esa que conocía *Paul*, pero yo no, así que disfruté de ese recorrido en Coco Taxi y él, me prometió que volveríamos a vivirla más relajadamente.

Nos dejaron en La Bodeguita del medio, obligada parada para todos los turistas y donde tomarte un mojito era toda una obligación. La verdad es que me encantó el sitio, un grupo amenizaba con su música, como en todos los rincones de aquella ciudad.

Nos pusimos a charlar fuera de la bodeguita y unas chicas que pasaban me dijeron que se me había caído el paquete de tabaco, les di las gracias y les pregunté por algún lugar para comer.

—Por cierto, me llamo Andrea y él es *Paul*.

—Nosotras somos Claudia y Zulema.

—Sois de aquí, ¿verdad?

—Yo sí, pero ella es de Santiago, vino unos días a verme y pasarlo en La Habana, nos conocimos por la literatura.

—A mí me encanta leer —dije emocionada y *Paul* entró y salió con una ronda de mojitos para todos.

—Gracias —dijeron sonriendo, agarrando las copas.

Comenzaron a contarnos que leían a unos autores de romántica que tenían un grupo, en el que ellas estaban, llamado “Las chicas de la tribu”, les prometí que los buscaría y leería algo de ellos.

Al final terminamos quedándonos con ellas, *Paul* les dijo que se vinieran con nosotros a comer y eso hicieron, me parecían súper buenas personas y divertidas. Nos llevaron a un sitio muy cubano, nada de turismo, probamos la comida que nos recomendaron y nos reímos tela, luego de

allí nos fuimos a la Plaza Vieja, donde nos tomamos unas cervezas.

Claudia era muy divertida, Zulema era una enamoradiza, todo lo veía con mucha dulzura y decían que formábamos una pareja espectacular.

Las convencimos para cenar unas pizzas con nosotros y luego compramos bebida y nos fuimos los cuatro al Malecón, total, Claudia le estaba enseñando la ciudad a Zulema que vivía en la otra parte de Cuba.

Comenzamos a beber y *Paul* se meaba de la risa con las conversaciones nuestras. Claudia tenía tremenda boca y una gracia digna de una cubana, Zulema también, pero era más prudente y se sonrojaba con las cosas que soltaba su amiga.

—Y eso del grupo de *Facebook*, ¿cómo va? —pregunté, porque el nombre me había llamado la atención.

—Pues es un grupo en el que todas decimos que tenemos a los tres jefes, tres escritores que tienen cada cosa, que te ríes con ellos. También hay escritoras que tienen lo suyo, unos puntos y una locura sana increíble —me contestó Zulema.

—El grupo es más que un punto de encuentro —dijo Claudia—, somos como una familia virtual, donde si no es uno es otra quien suelta alguna locura. Hablamos de todo, ¿eh? Que ahí empiezas en un post a comentar las muñecas horribles que te ha puesto una de las chicas, y acabas hablando de comida o de cositas de sexo. A ver, que los escritores en sus novelas tienen algunas escenas que... ¡Uf! —Claudia empezó a abanicarse y a mí me dio la risa.

—La verdad es que lo pasamos allí muy bien. Tienes que unirte, ya verás que enseguida eres una más y los jefes, son un amor —intervino Zulema.

—Y tan bellos, por dentro y por fuera, grandes personas. Las niñas, esos ángeles del infierno que nos llama una de las escritoras, que nos manda a su Luci para vigilarnos —me contaba Claudia riendo.

—Esto... ¿Cómo de bellos, chicas? —preguntó *Paul*, lo miré y estaba con el ceño fruncido.

—Mucho, todos súper cariñosos, y siempre con buenas palabras —contestó Zulema, mientras Claudia miraba su móvil.

—Mira, acá están los tres. Dylan, Hugo y Manu.

Paul cogió el móvil de Claudia y al ver la foto de los tres jefes como que le cambió la cara, pero más aún cuando cotilleó en un post en el que se hablaba de todo un poco, desde risas por vibradores hasta alguna que otra cosa que no me dio tiempo a ver.

—Tú ahí no entras, ¿eh? —me dijo.

—Ay, pero, ¿cómo que no, *mi amor!* —le gritó Claudia— El lunes la estoy invitando, ya verás. Que somos gente muy sana, algo alocadas, pero entramos ahí para olvidarnos del día a día, reír, y, sobre todo, estar al tanto de las nuevas novelas que sacan. Son muchas y todas las semanas nos sorprende alguno de ellos, o varios, con una nueva historia. Todas de las que te gustan, Andrea, divertidas, románticas y con ese punto de sensualidad que les gusta a ellos poner.

Sonreí, y la verdad es que estaba deseando entrar, al menos podría reírme un poco de vez en cuando que eso siempre iba bien.

Cantamos, bailamos, tomamos, pasamos una noche espectacular y luego las acompañamos a su casa que estaba muy cerca de nuestro hotel y nos despedimos dándonos los teléfonos, los *Facebook* y prometiendo que volveríamos con más calma en otra ocasión. La verdad es que nos habían hecho vivir un día de lo más divertido.

Esa noche nos acostamos y lo hicimos como locos, sabíamos que quedaban pocas horas para despedirnos por unos días y eso a los dos nos dolía mucho.

Por la mañana temprano recogimos las cosas y las dejamos en la recepción para desayunar, luego un taxi nos llevó al aeropuerto, yo salía una hora antes que él para *New York*, luego él, rumbo a Europa.

Lloré abrazándome con fuerza antes de separarnos en mi puerta de embarque, me intentó animar un montón, pero también se le notaba desolado.

El vuelo fue tremendo, parecía que se me había muerto alguien, hasta la azafata vino un par de veces para preguntarme si necesitaba algo, se preocupaba al verme con esa llorera.

En la terminal me esperaba Luka, que me abrazó al verme así.

—No, hija no, ahora deberías de estar riendo, que has estado inesperadamente una semana con él y en Cuba, nada menos, así que ni de coña, a mí me alegras la cara que la semana que viene ya tienes al “pollatrón” aquí.

—No eres más bruto porque no te entrenas —resoplé.

—Anda vamos —tiró de mi maleta para salir al aparcamiento donde tenía el coche.

El camino lo pasó echándome una bronca por mi cara, pero es la que tenía y no podía hacer otra cosa, tenía una pena increíble, parecía que me habían arrebatado la vida.

Comimos en mi casa, del chino que es lo que compramos por el camino, así que le conté cómo me lo había pasado toda esa semana, pero claro, llorando a mares, al final saqué de quicio a Luka y me dijo que no le siguiera contando.

Tras la comida se fue y yo me quedé lavando ropa y pensando, encima *Paul* esa semana la iba a tener muy complicada y solo me iba a saludar por las noches, En fin, aquello más que una pena, era una penitencia, qué dolor me causaba esos putos miles de kilómetros que nos separaban.

Por la noche por fin recibí su mensaje diciendo que me echaba mucho de menos y que quedaba un día menos.

Esa semana me dediqué a salir con Luka cada mañana a desayunar y de tiendas, eso de quemar tarjeta era un deporte que ayudaba a superar las penas.

Por la tarde me dedicaba a leer un libro de los autores de “Las chicas de la tribu”, ese grupo que fue entrar y morir de la risa con los posts que ponían tanto los autores como las chicas. Aquello era un desfase y sacaba más de una carcajada. Entraba un rato cada noche.

Algún día me hacía la tabla de ejercicios y en muchos momentos me ponía a cocinar platos que iba aprendiendo para ir ampliando mis conocimientos en cocina.

Siempre deseaba ese momento en la noche, donde me ponía unos mensajes muy bonitos.

El día anterior al veinticuatro lo pasé de lo más nerviosa, me fui toda la mañana sola de compras porque Luka, tenía que ir a una reunión, así que me las piré como alma que lleva el diablo y me recorrí gran parte de la Quinta Avenida comprando cosillas como un pato mareado. Quería estar distraída y no quería pensar, ya que los nervios me podían.

Por la tarde me quedé en casa para colocar todo lo que había comprado y a preparar la maleta para el día siguiente, sí, por fin venía mi *Paul*, nos íbamos a esa casa que tanto me gustaba e iba a pasar esas fiestas que tanto odiaba con él. Ahora sí que deseaba que llegara el veinticuatro, no había añorado tanto ese día como este año en el que veía solo ese número.

Esa noche me puso un mensaje precioso.

***Paul:*** *Te amo mucho, demasiado, todo...*

Joder, que bonito, estaba en plan poeta, me encantaba, en el fondo yo era toda una romántica escondida en alguien que realmente solo era fachada, pero era sensible, enamoradiza y entregada.

**Andrea:** *Gracias mi vida, estoy deseando dormir y despertar para que todo pase deprisa.*

**Paul:** *Ya, en pocas horas salgo para allá. Descansa, mi amor.*

Es verdad que el pobre me escribía bien temprano por la mañana que la diferencia era brutal, allí ya estaba amaneciendo.

Cogí el sueño enseguida, no tuve ni que contar ovejas, eran tan grande las ganas, que mi mente cayó en un sueño, tal y como puse el móvil en la mesita de noche.

## Capítulo 24



Apenas había dormido en toda la noche de lo nerviosa que estaba, y eso que cogí el sueño enseguida, pero me desvelé y empecé a dar vueltas en la cama. Que sí, que había pasado unos días con *Paul* en Cuba, pues se presentó allí por sorpresa, compinchado con el loco de mi amigo, ese al que casi estrangulo en el avión durante el viaje, pero es que tenía tantas ganas de que llegara este día.

Veinticuatro de diciembre, Nochebuena, el día que *Paul* regresaba de Europa.

Me iba a pasar estos días navideños con él, en su casa de las afueras, así que ya tenía preparada una maleta con lo necesario. Me había mandado un mensaje diciendo que estaría en mi casa a eso de las once y media, por lo que comeríamos allí en la casa y nos arreglaríamos para la cena.

Como me había levantado temprano, me tomé el café y fui a la peluquería de Tina para que me arreglara un poco la melena, tan solo había que sanear un poquito las puntas y listo, así que eso hicimos.

De vuelta a casa pasé por la bodega, que sí, que yo seguía sabiendo de vinos lo mismo que de costura, pero el chico era muy amable y como no sabía qué pondría la madre de *Paul* para cenar, pues me dio un vino que iba bien con todo tipo de platos.

—Tú eres el que entiende —contesté encogiéndome de hombros y él me sonrió.

Entré al edificio y ahí estaba *James*, ese hombre hacía las delicias de las vecinas, y no exagero.

No sería la primera vez que *Susy*, la divorciada de cincuenta años que vivía en la quinta planta desde hacía más de diez años, avisaba de alguna rotura a ver si *James*, podía arreglarle el desaguado.

A ver, que el muchacho es portero no Manny Manitas, ese chiquillo de los dibujos para niños que te arregla todo.

Para esos menesteres el edificio contaba con *Sam*, un señor de unos cincuenta y cinco años, que al lado de *James* era como ver a *Laurel y Hardy*, el dúo cómico en el que el primero era delgado y el segundo más gordito.

*Susy* se ponía que trinaba cuando mi mulato del alma le decía que mandaba a *Sam*, pero es que él solo era el portero. Recibía a los inquilinos, a las visitas, recogía el correo y lo metía en los buzones, y, si te veía muy cargada con la compra, te ayudaba a llevarla desde la puerta y dejarla en el ascensor. El puesto nunca podía quedar vacío y eso *James*, lo llevaba a rajatabla.

Pero *Susy* no era la única que suspiraba por ese bombón, tanto Luka como yo lo hacíamos, claro estaba, pero había alguna que otra vecina más que, seguro, fantaseaba con él por las noches. O por el día, que ese bombón de chocolate con leche estaba...

—¿Ya de vuelta, Andrea? —preguntó sacándome de esos pensamientos que me llevaban a desvariar, pero solo un poquito, ¿eh?

—Sí, ya me he puesto guapa —contesté sacándole la lengua.

—La que es guapa, es guapa y poco tiene que hacer para estarlo. ¿Cena con Luka esta noche?

—¿Lo dices por la botella? —pregunté y él asintió— Pues no, voy a cenar con un amigo y pasaré unos días con él.

—Tú, Andrea anti Navidad total, ¿vas a pasar los días navideños fuera? ¿Celebrándolos? ¿En serio?

—Pues... ¿Sí?

—¡Tú estás enferma! —dijo abriendo mucho los ojos.

—¡No! —contesté riendo— Es solo que, bueno, me propuso pasar estas fechas de manera diferente a como lo hago siempre y acepté.

—Y ese amigo, ¿es el que te trajo aquella noche después de que pasaras unos días fuera?

—Así es.

—Bueno, solo le vi de lejos, pero lo que estos dos ojos marrones contemplaron, fue un hombre al que no solo le interesas por ese cuerpo que Dios te dio, sino por algo más.

Me quedé mirando a *James* y no supe qué decirle, así que sonreí y me despedí para subir a casa y ultimar detalles antes de que llegara *Paul* a recogerme.

—¡Y ahí está mi chochona puertorriqueña favorita! —gritó Luka, saliendo de su casa.

—Y por ahí viene mi pichilla loca cubano.

—¿Ya te vas? —preguntó entrando detrás de mí en el apartamento.

—Aún no, cuando venga a recogerme.

—Que me dejes solo en estas fechas por un hombre... ¡Qué valor el tuyo!

—¡Anda! Como que, si te hubiera invitado *Joy* a ti a que lo pasaras con él, me ibas a escoger a mí.

—No me nombres a ese que, le odio y no sabes de qué manera.

—Hombre, es que lo que te hizo...

—Sí, sí, pero es que no te conté, que bastante tenías tú con la espera dichosa hasta que llegara este día.

—¿Qué pasa? —pregunté sirviendo dos cafés.

—Que me llamó una noche. Bueno, se presentó en el edificio. *James* me avisó y le dije que, por favor, le hiciera saber a ese saco de pulgas que tenía compañía en casa y no podía atenderle. Me quedé escuchando y tenías que haber oído a *James*, me dio un ataque de risa.

—¿Qué le dijo?

—Literalmente lo que le dije.

—¡No fastidies! —Casi me ahogo con el trago de café.

—Sí, hija —Luka carraspeó y, tras poner más o menos el tono varonil de *James*, volvió a hablar —. A ver, saco de pulgas, el señor Duarte está ocupado esta noche, y por lo que me dice no quiere que vuelvas a molestarle.

Me reí, pero a carcajadas, porque desde luego que *James* no sería nuestro confesor, pero nos notaba raros y no había que ser muy listo para saber cuándo era por culpa de un hombre.

—Me quedé alucinando. En cuanto se fue *Joy*, *James* me dijo que si volvía ya sabría qué decirle, pero volver no ha vuelto, solo me llamó.

—Y, ¿qué quería? ¿Volver? ¿Qué le perdonaras? Mira, que eso de “no es lo que parece” está ya muy usado, ¿eh?

—Pues eso mismo, que le perdonara, pero no quería volver, solo decirme que sentía haberme hecho eso. Si es que... A ver por qué tuve que fijarme yo en un hombre como él.

—¿Y cómo es? ¿Guapo, divertido, cariñoso? Luka... —Me acerqué a él y lo abracé por la



espalda—. No podemos saber si una persona nos va a engañar, ojalá fuera tan fácil verlo al principio.

—Ya lo sé, amor, pero me duele tanto. Que yo lo quería, ¿eh?

Le abracé aún más fuerte y nos acabamos el café justo cuando me llegaba un mensaje de *Paul*.

Me puse tan nerviosa que Luka empezó a reírse mientras me veía ir a la habitación, dejar la maleta y volver porque se me había olvidado coger el neceser.

—Hija, que te vas para unos días, no el mes entero. Anda, pásalo bien, ¿vale? Sobre todo, eso.

—Sí, y tú no te quedes aquí encerrado en casa, que te conozco. Sal con tus amigos, ¿sí?

—Sí, tranquila. Te quiero, chochona —dijo abrazándome.

—Y yo a ti, pichilla loca.

Me despedí de *James* con una sonrisa y agitando la mano y él reía y negaba. Joder, ¿qué me pasaba? Parecía una adolescente a la que dejan sus padres irse de viaje.

En cuanto salí a la calle vi a *Paul*, apoyado en su deportivo, con vaqueros, jersey, chaqueta y barbita de unos días, me quedé sorprendida, pero encantada.

Vamos, que solté la maleta y me lancé a sus brazos. Él no dudó en cogerme y me recibió con un beso de los que tanto había echado de menos.

—Hola, preciosa. ¿Lista para las mejores Navidades que vivirás nunca? —preguntó.

—Lista.

Me besó una última vez, guardó mi maleta y subimos al coche.

Durante el camino a la casa me cogía la mano, la besaba, me apretaba la rodilla, me hacía alguna que otra caricia en la mejilla, y yo tan solo podía sonreír.

Cuando llegamos, dejamos las cosas en la habitación y yo saqué el vestido que iba a llevar esa noche para la cena.

Era bastante sencillito, entallado, hasta las rodillas, cuello barco y manga larga, en color azul marino.

Lo iba a acompañar de un cinturón de pedrería que me encantaba, zapatos y bolso blanco.

Fuimos a la cocina y preparamos la comida, le dije que guardara el vino en la nevera para llevarlo fresquito a casa de sus padres y soltó una risilla.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunté.

—El vino, es de los buenos.

—¿Sí? Pues mira qué bien, el que me ha dado el chico —dije encogiéndome de hombros.

—No era necesario, ya sabes que mis padres son gente humilde.

—Bueno, pero a mí no me gusta ir de visita con las manos vacías.

—Está bien, no he dicho nada.

—Eso está mejor. Venga, ¿qué cocinamos hoy? —Me froté las manos, como si fuera yo una *chef* experta en cocina.

Que me defendía, ¿eh? Solo faltaba que no supiera, pero vamos, aquí el cocinillas era él, y no se le daba mal al señor.

Me puso a pelar patatas y después cortarlas y colocarlas en una bandeja para horno. Puso unas pechugas de pollo encima, sal, pimienta, algunas especias, aceite y limón y lo metió en el horno.

—Comida rápida y ligera. Mi madre esta noche pondrá de todo —dijo cogiéndome por la cintura y sentándome en la isla—. Te echaba de menos.

Me dio un beso y después me abrazó. Yo me dejé hacer y disfruté de ese pequeño momento, uno que había deseado que llegara durante tantos días.

Sirvió vino y nos lo tomamos en el salón, mientras se hacía la comida y él encendía la

chimenea.

En la casa se estaba bien porque la calefacción cogía temperatura enseguida, pero no estaba de más tener ese fuego que caldeaba la estancia y donde me gustaba estar.

—Hay algo que quiero preguntarte, y necesito que seas sincero conmigo —dije cuando se sentó en el sofá y me pasó el brazo por los hombros para llevarme a su costado.

—A ver, pregunta.

—¿De qué conoces a *Matthew*?

Eso me rondaba la cabeza desde aquella noche que encontré a *Paul* en el local cuando me quité la venda de los ojos, en vez de al cliente que había pedido mis servicios.

—Es un buen amigo mío, le conozco de hace años, me habló de ti una vez, te busqué, me gustaste y quise saber más de ti. Por eso te dije que hacía tiempo que te seguía.

—Pero, ¿por qué accedió a dejarte entrar en esa sala? Además, hacía mucho que no sabía nada de él, me sorprendió que me escribiera y más, entre semana.

—Digamos que se ha apartado de ese mundo, conoció a una chica, madre soltera, y se está dedicando de lleno a las dos. Dice que son las mujeres de su vida.

—¿*Matthew* con pareja? Imposible, Pero si eso para él era un sacrilegio.

—Pues ya ves, lo llamé, le dije lo que nos pasaba y le pedí el favor. Me dijo que lo hacía porque soy su amigo y porque a ti te apreciaba, pero que no quería volver a su vida anterior. Creo que hasta es capaz de acabar casado.

—Bueno, si el amor ha llamado a su puerta...

—Igual que a la mía —dijo pegándose más a él y besándose la frente.

Nos quedamos ahí sentados hasta que escuchamos el horno que acababa de hacer la comida.

Puse la mesa en la terraza del porche y poco después vino él, con la bandeja para servirnos.

Tomamos café, nos fuimos junto al fuego y allí, entre besos y caricias, nos dejamos llevar por el momento de pasión.

## Capítulo 25



—Estás preciosa —me dijo *Paul* cuando entré en el salón.

Me recibió con un beso, cogimos la botella de vino y salimos para ir a casa de sus padres.

Cuando llegamos al barrio en el que se había criado *Paul*, comprobé que era todo lo contrario a los lugares en los que tenía ahora sus casas.

Había varios niños jugando en la entrada del edificio y de las casas salía una mezcla de olores de comida que me hizo sonreír.

Me recordaba al barrio de mis padres en Puerto Rico.

—No estés nerviosa, que no te van a comer —sonreí al escucharlo saliendo del ascensor.

—No lo estoy, tranquilo.

Mentira, que si en ese momento me dieran un manojito de llaves se enteraría todo el edificio de que estábamos allí.

*Paul* llamó al timbre y en apenas unos minutos nos abrió la puerta un hombre igual de alto que él, con el mismo color de ojos y de cabello canoso.

—Hijo, qué alegría verte.

—Hola, papá —con una sonrisa, *Paul* se abrazó a su padre y vi el amor que sentía por ellos.

—Vamos, pasad, que tu madre está deseando verte.

*Paul* me cogió la mano y la sonrisa que vi en los labios de su padre me llegó al alma. Si es que no sabía cómo me iba a presentar ante ellos y eso me ponía mucho más nerviosa.

Era un piso pequeño, pero muy coqueto. En la entrada tenían un mueble a modo de recibidor en el que había un par de fotos, una antigua donde se veía a *Paul* con sus padres y una niña, y otra un poco más actual.

No pude detenerme bien a verla porque *Paul* tiró de mi mano para que me moviera y fuimos por un pasillo hasta la cocina, donde encontré una mujer de mi estatura y pelo, de espaldas a la puerta, cocinando.

—Hola, guapísima —le dijo *Paul* abrazándola por detrás, lo que ocasionó que la pobre mujer diera un grito por el susto.

—Pero, ¿qué te he dicho de hacer eso? Mira que eres, ¿eh? Cualquiera día me quedo en el sitio.

*Paul* empezó a reír ante la regañina que le estaba dando la madre, hasta que ella lo abrazó con fuerza.

—Pero qué guapo estás, cariño. Lo bien que te sientan esos trajes tan elegantes. ¿Ves cómo yo siempre tenía razón? Sabía que serías un hombre de éxito.

—Sí, pero no me dejas que os compre una casa mejor, mamá.

—Ya sabes que esta casa fue la que escogimos tu padre y yo, antes de que nos casáramos, y de aquí no nos mueven.

—Lo sé, tan terca como siempre.

—No le digas a eso a tu madre, *Paul* —protesté—. Mis padres son iguales, no dejan Puerto Rico por más que se lo pido.

—¿Y esta chica tan guapa? ¿Es la que dijiste que ibas a invitar? —preguntó su madre que me miró con un amor en los ojos, que hasta sentí vergüenza.

El cabello de *Paul* sin duda lo había heredado de la madre, pero los ojos eran del padre, igual que la constitución y el parecido en la cara. Y eso que, como me había contado, sus padres tenían setenta él, y sesenta y cinco ella.

—Mamá, ella es Andrea, mi novia —¡Toma ya! De chica de compañía una noche había pasado a ser su novia. Qué cabrito cómo se lo había callado—. Andrea, te presento a *Mary* y *Paul*, mis padres.

—Encantada —asentí y fui a estrecharles la mano, cuando la madre me dio un abrazo como al de su hijo.

—¡Ay, Santa María! Qué alegría, hija. ¡Qué alegría! Que ya pensaba yo que mi hijo se quedaba soltero, y me moría sin conocerle mujer e hijos.

—Mamá, pero mira que eres exagerada —protestó *Paul*.

—¿Exagerada? Cuarenta años y más solo que una. Hijo, que se te pasa el arroz... Mira, tu padre tenía treinta años cuando naciste.

—Sí, sí, y tu veinticinco, y llegué por sorpresa y os casasteis a la carrera y blablablá. Me sé la historia —se quejó.

—Pero yo no —cuando me miraron los tres, me encogí de hombros y al ver que *Mary* empezaba a reír, hice lo mismo.

—Hijo, te deseo suerte —le dijo su padre dándole una palmada en la espalda.

—¿Por qué?

—Porque tu novia es igual que tu madre —contestó—. Bienvenida a nuestro humilde hogar, hija.

El padre de *Paul* me dio un par de besos y le entregué la botella de vino que no tardó en abrir para que se aireara un poco antes de servirlo.

—¿Ya ha llegado el hijo pródigo? —escuché que preguntaba una chica y al mirarla me quedé atontada.

Era la misma que salía en la foto que subió *Paul* a su *Facebook* el día que yo puse la mía con Luka.

—Enana, ¿cuándo dejarás de llamarme así? —se quejó *Paul* cogiéndola por la cintura para besarle la frente.

—¿Y cómo quieres que te llame? No vienes tanto como nos gustaría.

—Lo sé, por eso te invito a comer siempre que puedo.

—Y menos mal porque si no es que no te vería más que en las fotos de *Internet*.

—*Nicole*, ella es mi novia, Andrea —*Paul* me tendió la mano, la cogí y me llevó hasta él, dándome un beso en la sien.

—¡Hombre, al fin te conozco! Así que tú eres la causante de aquella foto que nos hicimos para su *Facebook*. Bueno, de esa y del resto que estuvo subiendo durante días. Encantada, cuñada.

*Nicole* me dio un abrazo y un beso, y después me cogió de la mano para llevarme fuera de la cocina.

—Enana, a ver qué haces que nos conocemos... —Escuché que decía *Paul* desde la puerta de la cocina.

—¡Calla, anda! Si ya sabes dónde la llevo.

Y que dijera eso, me hacía que pensar... ¿Habría traído a alguna otra mujer a casa de sus padres?

—Tranquila, que eres la primera novia que trae, pero es que me gusta hacerle rabiar. De todos modos, sí que sabe dónde te llevo. Vas a ver el cuarto de juventud de ese hombre, que igual después de eso te arrepientes de ser su novia —lo dijo en tono de broma y guiñando un ojo.

Al final del pasillo abrió una puerta y al entrar me parecía estar en un museo.

Había varias maquetas de coches a pequeña y media escala, en una vitrina y bien organizados.

Posters de diferentes modelos de coches y algunos dibujos hechos a mano.

—Este es el museo Auxa, tienes el maravilloso privilegio de conocerlo, cuñada.

*Nicole* era rubia y de ojos marrones, supuse que el cabello era heredado de su padre, y además era una chica de lo más simpática.

—Mi madre lo conserva tal y como él lo tenía. Dice que le gusta ver dónde empezó a forjarse el hombre que su hijo es ahora.

—Es una maravilla.

—Los bocetos son de algunos de los primeros modelos que sacó de su marca. Es un poco capullo, pero un genio —dijo *Nicole*.

—Te he oído —la voz de *Paul* hizo que ambas miráramos hacia la puerta y ahí estaba el hombre que me había conquistado.

Con un traje gris marengo, camisa blanca y sin corbata. Se había quitado la barba que traía del viaje y volvía a ser ese hombre que me moría por besar. Aunque reconozco que la barba le quedaba de lo más sexy.

Regresamos los tres a la cocina y ayudé a *Nicole* a terminar de preparar la mesa mientras *Paul* y su padre iban llevando bandejas al salón.

La verdad es que ver todo lo que había preparado *Mary*, era volver a mi niñez, a esa época en la que celebraba estas fechas con mis padres en Puerto Rico.

Durante la cena estuve de lo más cómoda, *Paul* no paraba de cogerme la mano, besarla, apretarla o hacerme alguna caricia en la mejilla, todo ante la atenta mirada de su familia.

Tanto sus padres como su hermana fueron encantadores conmigo, y eso me hizo sentir una más en esa casa.

Cuando acabamos la cena, *Paul* fue a su abrigo y sacó tres cajas de regalo de los bolsillos. No sabía que les había comprado algo a sus padres y ahora haber llevado el vino me parecía muy poca cosa.

—Hijo no era necesario que nos regalaras nada, ya lo sabes.

—Sí, mamá, pero mañana es Navidad y todos los años os he regalado. Así que, solo abridlos y disfrutadlos.

Le había comprado un precioso reloj a cada uno, *Nicole* se lo comió a besos y sus padres... Bueno, ellos se lo agradecieron con alguna que otra lágrima en los ojos.

—Es de parte de los dos —les dijo cogiéndome por la cintura y pegándome a él.

Le miré sorprendida y él tan solo me guiñó un ojo.

Tomamos una copa de champán con ellos y nos despedimos, asegurándoles que volveríamos para comer con ellos algún fin de semana.

De regreso a la casa *Paul* no me soltó la mano en ningún momento, y me contó que sus padres, cuando estaban a solas con él, en la cocina antes de que nos marcháramos, les dijeron que yo les

había gustado mucho.

Al llegar nos pusimos el pijama y fuimos a la cama, él estaba agotado por el viaje y yo por los días que había pasado casi sin dormir esperando que regresara, así que nos quedamos dormidos casi al instante.

La mañana de Navidad me desperté recibiendo besos en la barriga. Abrí los ojos y ahí estaba *Paul*, colocado entre mis piernas que él había abierto a su antojo, con ambas manos en mi cintura.

—Buenos días —dije llamando su atención, porque no me estaba ni mirando.

—Buenos días. Ya es Navidad. Hora de abrir de los regalos.

Sonrió como un niño travieso, se levantó y tras cogerme en abrazos haciéndome gritar un poquito, me llevó así hasta el salón donde encontré varias cajas de regalo junto a la chimenea, donde además había colgado dos calcetines propios de estas fechas con nuestros nombres.

Y a pesar de que no me gustaban nada, esa niña que una vez las disfrutó tanto hizo que me sentara en el suelo y empezara a romper papel de regalo.

Un reloj, una cadena fina de oro con la inicial de mi nombre, unos pendientes con forma estrella, unas botas para la nieve, un par de gorros con guantes a juego, otro par de botas, pero de caña alta y tacón que era una auténtica pasada. Ya me veía con ellas y mis vaqueros pitillo.

—*Paul*, no hacía falta, esto es demasiado. Yo solo... —suspiré, me levanté y fui a la habitación. Saqué de la maleta lo que le había comprado y regresé para entregárselo—. Solo te compré esto.

Él, cogió la caja, la abrió y al verla esa sonrisa me llegó al alma. Me miró, me cogió por la cintura y me sentó en el suelo entre sus piernas.

—Me encantan, *Andrea*, de verdad que sí.

Le había comprado unos gemelos de oro blanco y obsidiana negra con la P en color plateado. Los vi en una joyería casi por casualidad y me gustaron. Eran elegantes y discretos, perfectos para él.

—¿De verdad?

—Claro que sí, preciosa. De todas formas, con tenerte estos días conmigo, me doy por más que regalado. Te quiero, mi puertorriqueña —susurró dándome un beso en el cuello—, pero aún te falta abrir otro regalo.

—¿Otro? —pregunté girándome para mirarlo.

—Sí, pero este digamos que es más para los dos.

—¿Qué es?

—Toma, ábrelo —contestó entregándome una caja que había dejado a un lado de la chimenea, donde yo no pudiera verlo.

Lo abrí y juro que me quedé sin aliento. Ahí había de todo tipo de juguetes, y no precisamente aptos para niños.

Un vibrador de silicona rosa, un pequeño huevo vibrador con control remoto, un succionador de clítoris discretito, unas bolas chinas y un conjunto de lencería comestible.

Me quedé loca.

—¿Y esto?

—Para que juguemos de vez en cuando —contestó guiñándome un ojo.

—Ya podías haber comprado un *Scattergories* de esos, hijo.

*Paul* empezó a reírse a carcajadas y cuando se calmó, se levantó cogiéndome en brazos, no solté la caja porque solo faltaba que se me hubiera caído todo eso al suelo y la que podríamos haber formado.

Me llevó a la habitación, entró en el cuarto de baño y tras dejarme de pie en el suelo abrió el

agua de la ducha para después desnudarme y luego hacerlo él.

Entre caricias, besos, tonteos e insinuaciones nos duchamos juntos. Cuando acabamos y tras secarnos me entregó la lencería comestible. Yo es que lo mataba.

—No pienso ponerme esto, *Paul* —dije intentando no reírme.

—Anda, por favor, que es de chocolate, mi sabor favorito.

Salió del baño con la caja de juguetitos en la mano y ahí me dejó a mí, con ese mini tanga y el sujetador a juego. Madre mía, cuando se lo contara a Luka...

Salí del baño con el chocolate puesto y en la cama estaba él, sentado pegado al respaldo.

—No me has dado ni de desayunar, me tienes famélica —protesté quedándome de pie, con los brazos en jarra.

—Luego te preparo un buen desayuno. Ahora, ven aquí, que tengo hambre.

¿Y por qué me estremecí al escucharlo decir eso con la voz ronca y sexy que tenía? Pues porque ese hombre sabía cómo encenderme sin haberme tocado casi.

Me fui a los pies de la cama, evitando cogerle la mano que me ofrecía, me apoyé con las manos y empecé a gatear hasta él, que abrió las piernas para que me quedara en medio de ellas.

—¿Ahora eres una gatita? —preguntó.

—Miaaaaauuu —contesté y empecé a reír, pero a carcajadas, lo que hizo que yo también estallara en una.

Acabó cogiéndome por la cintura y sentándose en su regazo, bueno, en su regazo no, en toda su erección porque el condenado estaba tal y como su madre le trajo al mundo.

Me dio un beso, le acaricié la mejilla y fui bajando la mano por su pecho. Me colocó a horcajadas encima de él y apretó mis nalgas, moviéndome despacio sobre esa erección que empezaba a crecer aún más y a palpar bajo mi sexo.

Dejó de besarme y fue directo a uno de mis pezones, cubierto por ese sujetador comestible, dio un leve mordisquito y después abrió la boca cubriéndome todo el pecho mientras con la punta de la lengua jugueteaba en el pezón.

Me arrancó el sujetador con los dientes y comió un poco, desde luego que sí que era comestible, aunque parecía plástico.

Yo aproveché para jugar también, así que llevé la mano entre nuestros cuerpos, me moví un poquito hacia atrás y empecé a subir y bajar la mano por su erección. Le escuché gemir y eso me hizo seguir con mi juego.

Nos besamos y noté que una de sus manos bajaba a mi entrepierna y se colaba por la tanguita, cubriendo mi sexo con la palma y penetrándome con un dedo, de tal modo que, al hacerlo, acariciaba el clítoris con el borde de la mano y eso me encendía cada vez más.

Me corrí así, dejé de besarlo y mirándome mientras me mordisqueaba el labio fui bajando hasta tener su erección a la altura de mis labios. Saqué la lengua, la pasé despacio de abajo arriba por toda su longitud y *Paul* cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás.

Abrí los labios y la acogí en mi boca, lamiendo y succionando despacio hasta que *Paul* me cogió del cabello con la mano y me guiaba.

—Para, preciosa, para... —me pidió apartándose— Mi turno de jugar.

Me cogió por la cintura y me recostó en la cama. Empezó a besarme despacio, bajando por el pecho y la barriga hasta que se detuvo al llegar al borde de la tanguita, que no dudó en morder y tirar de él quitándomela por completo con los dientes. Lo vi masticarla y saborearla y sentí que me sonrojaba.

Me abrió de piernas y hundió el rostro en mi humedad, lamiendo, mordiendo, penetrándome con

el dedo y consiguiendo que me corriera de nuevo.

—Me encanta verte disfrutar —confesó mientras cogía el vibrador rosa y lo metía, poco a poco en mi interior, haciéndome gritar.

Lo dejó ahí dentro y fue directo a por el succionador, que me colocó en el clítoris, y una vez estaban ambas cosas tal como él quería, las puso en marcha y grité con más intensidad.

Vi que cogía el huevo vibrador, lo encendía con el control remoto y mientras me penetraba con el vibrador me pasaba el huevo por los pezones y sentí que me moría, pero de placer.

Madre mía, de esa me quedaba afónica y sin voz.

Me agarré a las sábanas y eso le indicó a *Paul* que estaba a punto de correrme de nuevo así que dio más velocidad al huevo que me pasaba por los pezones, al vibrador con el que me penetraba y alcancé un tercer orgasmo, increíble.

Jadeante, buscando el aire, así me quedé en la cama mientras *Paul* retiraba todo. Me besó, colocándose entre mis piernas, y me penetró de una certera estocada.

Me flexionó las rodillas y cada vez que entraba lo notaba mucho más, lo que consiguió que me llegara un nuevo orgasmo mucho antes de lo esperado.

*Paul* empezó a ir más y más rápido, me agarré a sus hombros clavándole las uñas y ambos acabamos a la vez.

Salió de mí, se tumbó a mi lado y me abrazó, pegándose a su cuerpo mientras me besaba el cuello.

Nos quedamos así un rato hasta que decidimos levantarnos para tomar un café rápido y preparar la comida.

Desde luego que ese había sido un comienzo, pero que muy diferente a los que estaba acostumbrada el día de Navidad.



## Capítulo 26



Y llegó el día de Fin de Año.

*Paul* me llevó en brazos y entre risas a la ducha donde hubo algo más que besos, pero es que con él había sido así cada día desde la mañana de Navidad.

Desde luego que tenía una energía y un aguante increíbles, no me había dejado descansar más que para comer.

El día después de Navidad salimos para pasarlo en la ciudad. Paseamos, comimos, pasamos por la librería y volvimos a comprar libros para intercambiar.

Esos que leíamos los días siguientes como la otra vez, sentados en el sofá al calor de la chimenea.

No volvimos a salir, nos quedamos en casa disfrutando el uno del otro, cocinando, charlando y teniendo sexo, mucho de hecho, porque, como he dicho, ese hombre siempre me deseaba.

—Vamos a salir a comprar lo necesario para la cena —me dijo cuando sirvió los cafés.

—Me parece bien. Si quieres comemos fuera.

—Perfecto.

Acabamos el desayuno y salimos para ir a la ciudad, lo primero que hicimos fue comprar el vino y algunos patés en una tienda *delicatessen*, que a él le encantaba.

Fuimos a comernos una ensalada y tras tomar el café pasamos a por el resto de lo necesario para la cena de esa noche y la comida del día de Año Nuevo.

*Paul* quería hacer pato para esa noche y me pareció bien, para el día siguiente se decantó por pescado.

Cogimos lo necesario y volvimos a casa, más que listos para meternos en la cocina y trastear entre fogones.

Las horas se nos pasaron volando y una vez estaban los entrantes y el plato principal listos, fuimos a prepararnos nosotros.

No íbamos a salir, pero habíamos decidido despedir el año elegantes, así que, tras una ducha rápida, *Paul* se puso uno de sus trajes con camisa, pero sin corbata y yo un bonito vestido negro entallado y de tirantes ancho.

—Por muchas más Navidades como esta —dijo *Paul*, con su copa de vino frente a la mía, una vez nos sentamos a cenar.

—Muchas más —sonreí y di un trago esperando que eso pasara en realidad.

Cenamos hablando de lo que esperábamos que ocurriera en el nuevo año, yo fui sincera y le aseguré que me conformaba con seguir bien, y que mis padres permanecieran conmigo y perfectos de salud.

Él dijo lo mismo.

Llegó el momento crucial de la noche, ese en el que todo el mundo está pendiente de la

televisión mientras se ve el famoso *Times Square* y esperamos que el reloj acabe de dar las doce campanadas para despedir el viejo año y recibir el nuevo.

Y en esas estábamos nosotros, viendo la gran cantidad de gente que, como cada año, se agrupaba allí.

Empezamos a tomarnos las uvas, una a una, entre alguna que otra risa porque casi nos ahogamos, hasta que al fin...

—¡Feliz Año Nuevo! —gritamos los dos a la vez y reímos aún más.

*Paul* me abrazó y nos besamos, cogió las dos copas de champán que había preparado, ofreciéndome una, y brindamos.

—Deseo que tengas el mejor año de tu vida, preciosa, que seas muy feliz y si es a mi lado, mejor todavía —dijo mirándome a los ojos.

—Yo sé que el tuyo será estupendo, lo intuyo, y si estoy en él, ya seré feliz.

Me abrazó de nuevo, apagó la televisión y tras acabarnos el champán, me cogió en brazos y me llevó hasta la cama mientras me besaba.

Allí nos perdimos en uno de esos juegos que ya disfrutaba tanto como él.

Nos besamos y compartimos caricias, miradas y el amor que sentíamos el uno hacia el otro, no hacían falta palabras, porque con cada gesto nos decíamos lo que necesitábamos saber.

Y como ya pasó aquella primera vez que estuvimos durante una semana en la casa de *Paul*, llegó el día en que nos decíamos adiós.

—Andrea, no es un adiós, preciosa —me dijo mientras tomábamos café.

—Lo sé, pero no puedes evitar que me sienta triste cuando sé que tengo que despedirme de ti. Aunque vaya a verte otro día.

—Bueno, siempre puedes mudarte conmigo.

—No, no. Yo estoy muy bien en mi apartamento por el momento.

Empezó a reírse, me abrazó por detrás pegándose a mi espalda y me besó en la mejilla.

Recogimos las cosas y preparamos la comida, unas tostas de tomate y mozzarella y unos filetes de pollo a la plancha. La verdad es que durante esos días navideños nos habíamos hartado de comer cualquier cosa.

Tras tomarnos el café nos sentamos a ver una película en el salón al calor de la chimenea, pero yo me quedé dormida.

*Paul* me despertó poco antes de que nos fuéramos, así que tras guardar todo en el coche y comprobar que en la casa quedaba todo cerrado, volvimos a la ciudad.

—Puedes quedarte en mi apartamento esta noche —me dijo antes de que llegáramos a mi edificio.

—No, prefiero irme al mío, de verdad —y lo prefería porque, si me quedaba una sola noche más con él, estaba convencida de que no querría marcharme de allí jamás.

Cuando llegamos paró el coche, sacó mi maleta y me acompañó a la puerta, donde nos despedimos con un beso y la promesa de volver a vernos.

—Bienvenida de nuevo, Andrea —me dijo *James*— ¿Lo has pasado bien?

—Sí, la verdad es que han sido unas Navidades diferentes y... me han gustado.

—Me alegro. Buenas noches.

—Buenas noches, *James*.

Cuando salí del ascensor en mi rellano llamé al timbre de Luka, pero no abrió y además no escuchaba ruido dentro, así que entré en mi apartamento, guardé la ropa, me preparé un sándwich rápido para cenar porque no había otra cosa en la nevera y me senté a ver a la televisión.

Antes de acostarme, recibí un mensaje, sonreír al ver de quién era.

*Paul: Me cuesta dormir, no estás en mi cama y necesito sentirte entre mis brazos para conciliar el sueño. ¿Por qué no haces magia y apareces a mi lado? No pido tanto, ¿verdad? Buenas noches, preciosa. Descansa. Te quiero»*

Se me saltaron las lágrimas, quería contestarle, pero no sabía qué decirle, así que me limité a un simple “buenas noches, yo también te quiero” y me fui a la cama.

Aquello me superaba, había pasado tantos días con él, que ahora hasta a mí me costaba coger el sueño.

Di vueltas en la cama como nunca antes, hasta que finalmente, bien por el cansancio o por aburrimiento, me quedé dormida.

Ese lunes me levanté triste y no tenía ningún mensaje de *Paul*, estaba loca por volver a verlo, pero algo me decía que entre su trabajo y los días que había pasado conmigo, al menos hasta el viernes no nos veríamos.

Me tomé un café y salí a comprar el pan, *James* me saludó de lo más sonriente y yo le hice un guiño que le provocó una carcajada.

Subí de nuevo y llamé al timbre de Luka, le di una barra calentita y me metí en mi casa. Me preparé otro café, encendí la televisión y estaba en el canal donde emitían el programa del corazón más conocido del país, yo nunca solía verlo, pero lo dejé de fondo.

Estaban hablando de una modelo parisina e internacional muy reconocida, al parecer estaba embarazada de cinco meses y llevaba su vida privada muy en secreto, no quería exponerla, era muy recelosa. Todos los periodistas del mundo estaban muy interesados en descubrir quién era el padre del hijo que estaba esperando y por lo visto habían dado en el clavo.

Pusieron las imágenes y yo... Yo no me lo podía creer...

Se veía en diciembre con ella de la mano por París, entraban y salían de la casa de ella los dos juntos.

El periodista hablaba de *Paul*, ese empresario de éxito que vivía dividido por el trabajo entre *New York* y París. No me lo podía creer, estaba entrando en *shock* mientras las lágrimas comenzaban a caer por mis mejillas.

Cogí el teléfono a sabiendas que no podía ni reaccionar, pulsé sobre su nombre y llamé. Cuando él descolgó, un silencio se hizo entre nosotros.

—Andrea, lo siento —dijo con una voz que simulaba tristeza, pero que lo reconocía, él también estaba viendo la televisión.

—Eres un hijo de puta, no quiero verte nunca más —murmuré en voz baja, aparentemente tranquila, casi entrando en *shock* y dejé caer el teléfono al suelo después de colgar, yo caí hundida al sofá.

Mi mundo se había parado, todo se había esfumado.

En la vida iba a perdonar que hubiera estado conmigo y con otra a la vez, esa que estaba esperando un hijo suyo...